

Coordinadores

Sylvia Marcos Tueme

Armando Villegas Contreras

Alberto Eñás González Gómez

Más allá de los sistemas

El pensamiento de Jean Robert
con la obra de Iván Illich

El Illich joven,
teólogo.

Idea de Agamben: Continuidad.

3 conceptos:

- el ser no
- ... (la pobreza) ...

Continuidad con los conceptos teológicos
del joven teólogo.

En esta forma, el Illich maduro nunca
ha renunciado a su vocación de "alter
Christus".

Los conceptos teológicos y
los conceptos ... que,

ce qu'il ne faut pas dire.

Hörsack: H₂O ... ceux du baptême

Más allá de los sistemas

El pensamiento de Jean Robert
con la obra de Iván Illich

Sylvia Marcos Tueme
Armando Villegas Contreras
Alberto Elías González Gómez
(coordinadores)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS



HUMANIDADES
CENTRO INTERDISCIPLINARIO
DE INVESTIGACIÓN
CIIHu

Más allá de los sistemas : el pensamiento de Jean Robert con la obra de Iván Illich / Sylvia Marcos Tueme, Armando Villegas Contreras, Alberto Elías González Gómez, coordinadores. - - México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2023.

108 páginas

ISBN 978-607-8951-16-1

1. Robert, Jean, 1937-2020 – Crítica e interpretación 2. Illich, Iván, 1926-2002 – Crítica e interpretación 3. Civilización moderna

LCC B4651.R634

DC 199.494

Más allá de los sistemas. El pensamiento de Jean Robert con la obra de Iván Illich

Primera edición, noviembre de 2023

D.R. © 2023, Sylvia Marcos Tueme, Armando Villegas Contreras, Alberto Elías González Gómez (coords.)

D.R. © 2023, Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Av. Universidad 1001
Col. Chamilpa, cp 62209
Cuernavaca, Morelos, México
publicaciones@uaem.mx
libros.uaem.mx

Corrección de estilo: David Valdés de la Campa
Diseño e imagen de portada: Ernesto Alonso Navarro
Diseño de interiores y formación: Ernesto Alonso Navarro
Cuidado editorial: Esmeralda Sitlale Clemente Catonga

ISBN: 978-607-8951-16-1
DOI: 10.30973/2023/mas-alla



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

Hecho en México.

Contenido

| | |
|--|----|
| Agradecimientos | 7 |
| Prólogo Javier Sicilia | 9 |
| Presentación. La edad de los sistemas en el pensamiento de Jean Robert-Iván Illich Sylvia Marcos Tueme | 13 |
| La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío-Jean Robert. Viñetas a propósito del Prólogo de Javier Sicilia Servando Gajá | 19 |
| A nuestros ojos. Leer a Jean Robert e Iván Illich, desde el tejido de una mirada en común Ramón Vera-Herrera | 27 |
| Jean Robert y la crítica de los sistemas Humberto Beck | 39 |
| Vivir la crítica a la Modernidad: leyendo a Iván Illich a través de Jean Robert Márgara Millán | 45 |
| La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío-Jean Robert. Una celebración de la amistad René Santoveña Arredondo | 53 |
| De la ética y otros atributos de Jean Robert Alicia Dorantes | 63 |
| Para Jean Robert. Prolífico intérprete de palabras Armando Villegas Contreras | 75 |
| El Illich de Jean Robert. Un sendero posible hacia la historia cultural del alfabeto Rosa Margarita Sánchez Pacheco | 87 |
| Suspender la certeza: apuntes sobre el pensamiento de Jean Robert Mariana Favela | 95 |
| La cesura y la continuidad en la obra de Iván Illich según Jean Robert Elías González Gómez | 99 |

Agradecimientos

La idea de este libro nació a partir de la presentación de *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío* de Jean Robert, llevada a cabo el 3 de septiembre del 2022 en el Jardín Borda, Cuernavaca, Morelos. En la presentación se dieron cita distintos rostros de amigos y amigas de Jean. Participaron voces intelectuales y de movimientos sociales, así como cineastas reconocidos, luchadores sociales, escritores, pensadores críticos, profesores universitarios, arquitectos vernáculos, estudiosos del pensamiento de Illich y varios rostros pertenecientes a la constelación Illich/Robert, también llamada por algunos *Escuela de Cuernavaca*, que de alguna manera son los herederos y herederas de lo vivido en el Centro Intercultural de Documentación (CIDOC). El ambiente se caracterizó por un diálogo abierto y fraterno en torno a la obra del autor, así como un constante rememorar de la vida de un intelectual que logró encarnar sus ideas, las cuales surgían de la experiencia real de caminar junto con los pueblos en distintos territorios, desde zapatistas y Atenco hasta Turquía, Ámsterdam y Francia.

Una vez terminado el encuentro en el Jardín Borda, las conversaciones continuaron en distintas comidas compartidas, llamadas telefónicas, círculos de lectura y reuniones virtuales. Poco a poco se fue gestando la intuición de recopilar las presentaciones de aquel 3 de septiembre en un libro colectivo. Las participaciones fueron en su mayoría orales, apoyándose quienes presentaban en algunas notas. Se dio el tiempo para que cada quien desarrollara su argumento en un escrito que pasaría a formar parte de esta compilación.

En el camino se sumaron las voces de amigas y amigos de Jean que participaron en otros conversatorios y que cuya perspectiva nos pareció fundamental incluir. Agradecemos a cada una y a cada uno de los ponentes/escritores y escritoras que hicieron posible completar esta colección. De igual manera agradecemos el trabajo del Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM) —particularmente a Armando Villegas— que hizo posible la edición de este libro, a Elías González Gómez por la compilación de los textos y, sobre todo, a Sylvia Marcos por su inspiradora trayectoria, por convocarnos y animarnos a escribir, y por sus esfuerzos por mantener vivo el legado del querido Jean Robert.

Esperamos que este libro aporte a la difusión y comprensión del pensamiento de Jean, quizás siendo la actualidad donde más se le requiere.

Prólogo

Javier Sicilia

La Loma, Santa Fe, Xochitepec, Adviento de 2022.

Cuatro años antes de su muerte, acaecida el 1 de octubre de 2020, Jean Robert se dio a la tarea de escribir lo que sería su último libro, *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*. Lo hizo en su lengua natal, el francés, con la intención de que se publicara en Francia. No sucedió así. Al igual que los intelectuales franceses nunca se interesaron por entender al Iván Illich que surgió después del cierre del Centro Intercultural de Documentación (CIDOC) en 1976 (consideraban que, al revelar la fuente teológica de sus escritos, Illich había caído en el irracionalismo) tampoco se interesaron en el libro de Jean.

Quien lo publicó en 2019 fue la editorial Hermatena en la versión italiana que Maria Adele Cozzi realizó y en la que trabajó estrechamente con el propio Jean. Recuerdo que a final de ese año, Jean me regaló uno de sus ejemplares. Pese al cáncer que lo flagelaba estaba feliz, no solo por la publicación, sino porque ella, me dijo, era superior en muchos sentidos a la versión francesa. La salida del libro en italiano coincidió con la declaración de la pandemia en México y el llamado al confinamiento. Pensando en el *Decamerón* de Boccaccio, cuyo contenido es fruto de las historias que un grupo de diez personas, recluidas en una villa a las afueras de Florencia, se cuentan durante la peste que azotó a aquella ciudad en 1348, propuse a Jean que, como ellos, nos confináramos y nos pusiéramos a traducir su

libro al español. Le idea le gustó y a partir de enero de 2020 nos metimos en la tarea. Encerrados cada uno en nuestras respectivas casas, Jean —con excepción del capítulo central, “Sistemas... en la cabeza”, que durante la elaboración de la versión italiana traduje al español— rehacía su libro a partir de la versión italiana y me enviaba por correo electrónico sus páginas. Yo, a partir de la versión en francés, las corregía. Las versiones fueron y vinieron durante varios meses hasta que en julio la concluimos. Jean estaba al límite de su enfermedad.

Tenía, sin embargo, un pendiente: la traducción de los ensayos que Illich escribió en alemán a raíz de la conferencia inaugural que el 16 de julio de 1984 impartió en Baviera con motivo de la apertura del Museo de la Escuela, una filial del Museo Nacional de la misma ciudad. Los ensayos —una historia de la escuela que complementa el último capítulo del libro de Jean, “Historia cultural del alfabeto”— no habían sido hasta ese momento traducidos al español ni, hasta donde sé, a ninguna a otra lengua. La única edición que existe de ellos es la de Julius Klinkhardt: *Bad Heilbrunn* bajo el nombre en alemán de *La escuela en el museo. Fedro y las consecuencias*. Nos metimos en esa nueva tarea introduciendo una variante a la forma en que trabajamos *La edad de los sistemas...*: Jean traducía capítulo por capítulo sin alterar la estructura alemana y yo hacía una reelaboración en español. Se los reenviaba y él me los devolvía con precisiones y sugerencias.

Veinte días antes de su muerte, después de enviarle los agregados que me pedía al último capítulo, me llamó por teléfono. Se escuchaba extenuado: “Terminamos, Javierrr”, me dijo con su ere extremadamente francesa que él atribuía a un “frenillo”. No volvió a escribir una línea más. Hombre de una fe tan profunda como apofática (siempre se negó a hablar de ella: “De lo que no se puede hablar es mejor callar”, solía decirme, recordándome a Wittgenstein, cada vez que yo intentaba internarme en nuestras conversaciones por esos territorios), se dedicó a preparar su tránsito al misterio.

Sin quejarse, reduciendo los analgésicos al mínimo, ajeno a los cuidados médicos, tendido en su cama, que su esposa, la antropóloga y psicóloga Sylvia Marcos hizo bajar a la sala, atendido por ella y escuchando poemas de su boca —Celan, Cavafis y Juan de la Cruz—, su muerte fue ejemplar: un testimonio de su crítica a la sociedad tecnológica que nos desposee no solo de nuestra libertad, sino, en el caso del sistema médico, de nuestra propia experiencia de la muerte, y una afirmación de su amor por el lugar y el suelo al que se pertenece. Junto con mi esposa Isolda Osorio y Valentina Borremans, la depositaria del legado de Iván Illich, lo visité

varias veces. Como solía hacerlo en nuestros desayunos, Jean no hablaba de su enfermedad ni de su muerte. Se concentraba, como siempre, en el mundo de aquí y ahora. De vez en cuando, afirmando otra de sus grandes pasiones, la autonomía, se levantaba trabajosamente de la cama y apoyándose en un bastón iba al baño y volvía para retomar la conversación donde la había dejado. Murió sin ver la edición en español de su libro que dos años después de su muerte apareció en la editorial Itaca.

A raíz de su aparición y con motivo de conmemorar los dos años de su muerte, varias amigas y amigos nos reunimos el 3 de septiembre de 2022 en la sala Manuel M. Ponce del Jardín Borda, en Cuernavaca, Morelos, en un pequeño coloquio a reflexionar sobre el pensamiento de Jean a partir del libro que acababa de publicarse. No solo la aparición de la versión en español y el aniversario de su muerte lo ameritaban. La obra misma permitía y obligaba a esa reflexión. En ella, Jean, al abordar cuatro temas fundamentales de lo que llama “el pensamiento del Illich *tardío*” (la historia de la herramienta y el surgimiento de los sistemas, la historia del género y su mutilación, de la instrumentalización de la mirada, y del alfabeto y la escuela) no solo explica histórica y filosóficamente la intuición teológica que desde el comienzo estuvo en la base del pensamiento Illich y que comenzó a develar después del cierre del Centro Intercultural de Documentación (CIDOC) en 1976: la historia del Occidente cristiano no es otra cosa que la corrupción de ese género de amor que llegó al mundo con la Encarnación. Su rostro más acabado es el sistema que, al desencarnarnos de la experiencia del mundo y amputarnos de nuestras relaciones somáticas y libres con los otros, coincide con el apocalipsis en su doble sentido de destrucción y revelación.

La era de los sistemas no solo es una ruptura epistémica con respecto a la era instrumental que la antecedió, es también el fin de una época que nació con el Evangelio y cuyo género de mal es tan inédito en la historia humana como el amor del que provino. El libro de Jean tiene asimismo otra virtud: al recapitular también en él su encuentro con Illich, los debates en el CIDOC, las líneas de investigación que se abrieron y en las que el pensamiento de Jean se empeñó —como los conceptos de “*contraproduktividad*”, de “*proporción*”, de “*espacio, tiempo y lugar*”— Jean recapitula su propio itinerario intelectual y los múltiples caminos por los que transitó al lado de Illich y de otros.

La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío es así un diamante de múltiples facetas sobre el que quienes participamos en el coloquio nos

inclinamos aquel 3 de septiembre de 2022 para visitar el pensamiento de Jean a través de Illich y viceversa.

Los trabajos aquí reunidos no solo son su fruto. Son también un atisbo de lo que Humberto Beck y Roberto Ochoa han llamado la *Escuela de Cuernavaca*, que Iván Illich inició de alguna forma con la fundación del CIDOC en 1966, pero que después de su cierre Jean Robert se encargó de preservar y acrecentar.

Presentación. La edad de los sistemas en el pensamiento de Jean Robert-Iván Illich

Sylvia Marcos Tueme

Jean trabajó varios años preparando este libro. Es el último, al que dedicó lo mejor de sus años de sabiduría. Es la biografía intelectual de Jean y de Iván en sus conversaciones sostenidas por 30 años, durante las cuales compartieron caminos tanto en México como en Francia, Italia, Alemania y otros países a donde Illich se desplazaba como peregrino itinerante.

Retomo aquí un escrito de Jean presentándose a sí mismo:

Ya que el lector de este libro se hará inevitablemente preguntas sobre el hombre de tez mal curtida que lo prologa, tengo que presentarme: Nací lejos de las montañas del sureste, en otras montañas en las que, más de medio siglo antes, Mijaíl Bakunin había convocado la Internacional Obrera Antiautoritaria (en Saint-Imier en 1872). Piotr Kropotkin, después de su rocambolesca escapada de una prisión rusa, también permaneció una temporada, entre campesinos y relojeros, en lo que llamara después con ternura, ya desde su cárcel londinense, “mis montañas”. Esos campesinos y relojeros, o más exactamente campesinos durante el verano y pequeños artesanos independientes del reloj durante el largo invierno, fueron mis antepasados. Kropotkin, promotor de las ideas de ayuda mutua y de asociación libre entre comunidades, *veía en ellos, no seguidores, sino descubridores simultáneos de sus ideas.*

El terruño debe tener algo que los nativos absorben con el aire que respiran o con los jugos del suelo que llenan sus zapatos cuando llueve. Pero si, hace medio siglo, me hubieran preguntado lo que pensaba de las ideas de asociación libre y del codo a codo de la solidaridad horizontal, hubiera contestado con arrogancia que yo sabía mejor. Quería armonizar el mundo mediante la arquitectura y el urbanismo. No me daba cuenta de que era una “armonización” desde arriba: aún no se había desprofesionalizado mi imaginación. Pero en la práctica pasaron dos cosas que minaron las bases de mis ideales elitistas. Primero, *me di cuenta, demasiado lentamente, de que los que querían arreglar las cosas desde el restirador o la oficina de planeación, solo lograban realizar el orden vertical que emana del poder centralizado, y este poder no me interesaba*. Segundo, en mis tercas veleidades de mantener mis espejismos profesionales me topaba en la calle, sin buscarlo, con gente que defendía ideas de libertad y de solidaridad horizontal. En los años sesenta, fueron los Provos de Ámsterdam que querían salvar de la invasión vehicular su ciudad, último *mokum* o refugio urbano de los peatones en Europa.

Diez años después, fue el maestro Iván Illich en Cuernavaca, cuando escribía un “panfleto” contra la vehicularización general del espacio urbano.

“...y conversamos muchos años”, sintetizó Jean en su homenaje en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM) en 2018, después de su encuentro inicial con Iván en el Centro Intercultural de Documentación (CIDOC), y al darse cuenta que, lo cito: “aquí está uno que habla como yo cuando soy loco”.

Así empezó nuestro caminar a dos con el CIDOC.

Al respecto, Jean recordaba:

En la biblioteca del mismo, encontré los libros de Jane Jacobs (*Muerte y vida de las grandes ciudades*) que me enseñaron la superioridad de las relaciones de soporte mutuo implícitas entre los habitantes de un barrio y la contra-productividad de los grandes esquemas explícitamente ordenados. El mismo maestro Iván me presentó a John Turner, defensor de la libertad popular de construir. Y, *con el relámpago del primero de enero de 1994, hubo los insurgentes no separatistas —porque no quieren conquistar ningún*

poder— de Chiapas que quieren cambiar, no unas relaciones de poder por otras, sino la geometría de la política.

Jean se preguntaba: “¿Cómo fomentar este cambio? Unos proponen acciones. Creí por mi parte en acciones limitadas en el tiempo y el espacio, a sabiendas de que degeneran demasiado fácilmente en activismo”.

Desde los inicios el CIDOC

Por otra parte, cuando Iván Illich, era un profesor y teólogo eminente residente de la Universidad Católica Fordham en Nueva York, solicitó al cardenal Spellman, obispo de la ciudad, su traslado a la parroquia que atendía a los puertorriqueños, y empezó inmediatamente su cruzada intercultural. Su enorme éxito [sic] lo llevó pronto a la Universidad Católica de Ponce en Puerto Rico como vicerrector. Poco después, le encomendaron hacerse cargo de la preparación de los 40 mil sacerdotes y monjas que irían a América Latina, según un acuerdo entre el Papa y el presidente Kennedy.

Para cumplir esa encomienda, Illich fundó el Center for Intercultural Formation (CIF) en Estados Unidos, y más tarde en Cuernavaca (situado en el afamado Hotel Chula Vista); y posteriormente iniciaría su proyecto del mundialmente famoso *Centro Intercultural de Documentación* (CIDOC) (Bastide 1973).

Quienes llegaron para prepararse a su instalación como catequistas y evangelizadores en América Latina, recibieron adiestramiento en español, pero también advertencias muy claras sobre el daño que causarían en la medida en que su trabajo misionero estaría en realidad al servicio de una empresa colonizadora. Illich, quien fue nombrado como monseñor por el Vaticano; un erudito, historiador teólogo, filósofo, sociólogo, antropólogo, resumía sus evaluaciones al trabajo de la Iglesia católica en América Latina como: “To hell with good intentions”.

A partir de la creación del CIDOC, la crítica de Illich se fue deslindando del trabajo previo con el CIF, y transformándose intensamente en una propuesta radical, social y política a las instituciones de la Iglesia católica que fungieron como modelo para las instituciones de la sociedad moderna industrial. Fue en esos momentos, en 1972, que Jean Robert encontró a Illich y “conversaron muchos años”.

“Una mente insaciablemente curiosa”, es cómo definiría Jean a Iván en una entrevista reciente, cuando el editor Juan Manuel Escamilla le preguntó si consideraba a Iván como visionario o profeta. Esta respuesta retrata la intimidad intelectual de ambos con un compañerismo horizontal extendido durante los 30 años de diálogos ininterrumpidos.

Del CIDOC recuerdo haber escuchado repetir a Iván: “To hell with good intentions” gritando a las misioneras instaladas en Perú, que habían hecho el viaje para consultarlo. Sacudiendo así sus ingenuas certezas de buenas intenciones (Rose Dominic Trapasso). En mi seminario sobre las mujeres en México, sucedía lo mismo cuando escuchaban mis críticas los jóvenes misioneros financiados por AID, Peace Corps. Una tarde, al finalizar una de mis sesiones, tuve el honor de la visita de Iván: “¿Y usted qué hace?”, preguntó, y así empezamos una larga conversación. Su sobrina Yvonne Illich había elegido mi seminario e Iván apenas me conocía. Fue un trabajo monumental archivístico y de publicaciones, produciendo volúmenes semanales, que Valentina Borremans hizo (con mimeógrafo, de acuerdo a la posibilidad en esos años). Estas fueron parte de las actividades de auto-financiamiento del CIDOC para mantenerse independiente. Se distribuían a toda América Latina.

Sobre el libro *la Edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*

Este libro es la última obra de Jean. Estuvo trabajando en el consistentemente cuatro o cinco años; durante los cuales, compartía sus reflexiones con Aldo Zanchetta, en Lucca, Italia del Norte; con Thierry Paquot, en París; con Barbara Duden, en Bremen; con Sajay Samuel en Penn State University. Con Javier Sicilia inició el largo proceso de colaborar para traducir este libro de su manuscrito inicial publicado en italiano por Hermatena en 2019. El libro, como lo irán describiendo y analizando las diversas presentaciones contenidas en este volumen, es en realidad una biografía intelectual y crítica de Iván Illich en diálogo con Jean Robert durante los años posteriores al cierre del CIDOC en Cuernavaca.

Habiendo vivido dicho proceso de cierre del CIDOC, recuerdo cómo fue una decisión tomada tajantemente desde la coherencia anti-institucional de ese pensamiento illichiano. El CIDOC se volvió extremada y mundialmente

famoso, atraía grandes personalidades y se volvía inevitablemente un lugar de prestigio y privilegio institucionalizado. Todo lo contrario de las propuestas en sus orígenes. Así fue como se dispersaron y donaron las bibliotecas y las colecciones de publicaciones semanales producidas en el CIDOC. “Se impuso la coherencia”, recuerdo a Valentina Borremans enfatizando esto repetidamente. Algunos de nosotros recuperamos todo lo que nos apeteciera para nuestros archivos y bibliotecas personales. Iván desapareció de ese mundo que lo aclamaba y que se abalanzaba sobre sus libros publicados en esos años.

Adiós CIDOC

A partir de esos años, Iván empezó a ser un crítico feroz, brillante e itinerante alrededor del mundo. Nos encontrábamos, a veces Jean y yo, entre vuelos en algunos de los aeropuertos, en las estaciones de trenes, en los cafés o restaurantes en ciudades donde coincidíamos. El libro en capítulos como “Encuentros” y “Peregrinaciones y nuevas visiones”, narra en profundidad varios de estos caminos transitados.

Desde la muerte de Iván, Jean participó en seminarios y vivencias colectivas al lado de los zapatistas, del CIDECI en SCLC, con el Congreso Nacional Indígena (CNI). Trabajó en conservar y revitalizar las enseñanzas, las críticas a los axiomas de la modernidad industrial, que son característicos de su diálogo con Iván Illich; creando los Círculos de lectores de Iván Illich que han sesionado por más de 20 años. Inspiró colectivos illichianos defensores del Casino de la Selva, y organizó varios seminarios y coloquios *Iván Illich* con la UAEM, donde siguieron reconociendo y revitalizando el método crítico de aprendizaje colectivo propuesto y sostenido por Illich. Jean retomaba su trayectoria al lado de Illich, sus inspiraciones críticas autonómicas, “anarquizantes” (como él las denominaba). Lo hacía con renovado entusiasmo para apoyar y profundizar en ese trayecto que él mismo había recorrido tantos años al lado de Iván, en amistad, conversación y vivencias compartidas.

Jean continuó, hasta su partida en octubre de 2020, la trayectoria que había iniciado con el legado de sus ancestros, en Saint-Imier, ¡la Suiza de los artesanos relojeros autónomos y los campesinos independientes que le dejaron huella para transformarse, a través de su inmersión con la autonomía zapatista del sureste mexicano en el “filósofo mexicano nacido en Suiza!”

La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío-Jean Robert. Viñetas a propósito del prólogo de Javier Sicilia

Servando Gajá

La era industrial y la de los sistemas eran la consecuencia de la corrupción de lo mejor que vino al mundo: El Evangelio, consecuencia que Illich solía ilustrar con una frase de San Jerónimo (siglo IV): Corruptio optimi pessima
La corrupción de lo mejor es lo peor.

Jean Robert

Difícil tarea la de proponerse inter-dialogar en la relación profunda de pensamiento y amistad entre Javier Sicilia y Jean Robert, referida por el primero en el prólogo de este último libro de un pensador profundamente crítico y con gran intuición filosófica; empecemos por el encuentro de los dos personajes.

En el texto “Pensar con los pies” publicado en la revista Unidiversidad #36 del primer trimestre de 2020, Javier relata su sorprendente encuentro a mediados de los años noventa con Jean Robert. Cuando el primero, en el cineclub del museo Brady de Cuernavaca [en un ambiente propicio, como fomentaba el propio Iván Illich, en relajada reunión con *queso, uvas y vino* que liberaran

una creativa conversación], exponía su análisis y reflexiones sobre la película *Rojo* de Krzysztof Kieslowski, y esto nos narra:

[...] Al fondo de la sala una mano se levantó y junto con ella un hombre muy alto de cabello cano me increpó con una voz sonora y una “r” extremadamente francesa: “No estoy de acuerdo con Javier Sicilia”. Confieso que me intimidé, no solo por la manera tan directa con la que se dirigía a mí, sino por la lucidez con la que rebatía cada uno de mis puntos. Yo había llevado mi análisis por un derrotero espiritual, descubriendo en el drama de *Rojo* los puntos en los que el alma de la protagonista se abría lentamente, a través de la fraternidad, al misterio de la caridad. El hombre que tenía enfrente lo llevaba en cambio por un derrotero contrario. No veía por ningún lado la caridad —ese gozo en la negación de sí que es el más alto grado del amor—; veía, por el contrario, en el movimiento de los automóviles y las llamadas telefónicas, que no cesan de aparecer en la película, el signo ominoso de la desencarnación moderna, el signo de una desgarradura por la que manaba el sufrimiento de la protagonista, que es el nuestro, y que hacía imposible cualquier caridad verdadera, cualquier posibilidad incluso de una fraternidad real, porque mantenía a los seres alejados de sí, ajenos a su carne y al suelo que habían dejado de pisar. Si había allí cualquier vestigio de amor era solo un deseo, un chispazo de luz, que se consumía en la inhumanidad de un mundo hecho de aparatos. (Sicilia 2020)

Continúa en su relato: “No supe qué hacer...ni siquiera qué responder” ante la impostura de un hombre que pronunciaba con la erre francesa, respondiendo “me llamo Juan Roberto y soy de Chamilpa”, cuando Javier se animó a preguntar por su nombre, y tuvo esta reflexión que ha venido trabajando desde hace largo tiempo: “Ese hombre es verdaderamente desconcertante, piensa con los pies”. “Un arte que se desprecia”, reflexiona, y sigue en su relato describiendo esta forma de pensar:

[...] el caminante, que se desplaza sobre sus pies, siente el suelo, sus sentidos perciben cada parte del mundo que recorre: huele, mira, escucha, siente el peso y la densidad del territorio que recorre en una relación de proporción, es decir, entre lo que el mundo y lo que sus sentidos le permiten percibir de él, y posee, por lo mismo, una gran capacidad de sorpresa y una profunda experiencia de su libertad y de su autonomía. Quien piensa con los pies ejerce así

una crítica tan radical, compleja, desconcertante e incapturable como los meandros que sus pies recorren. (Sicilia 2020)

En este texto, Javier recuerda y acude al lugar del pensamiento de Iván Illich, quien los convoca y camina con ambos, pensando y descubriendo en Jean la vocación por formar parte de las luchas en defensa de lo común, como la del Casino de la Selva, en la construcción de espacios vernáculos como arquitecto desprofesionalizado, creando a partir de simple tierra su propia casa de Chamilpa, que habitó por largos años junto a su compañera de vida, Sylvia Marcos.

Aquí dejo esta primera viñeta, en la que Javier concluye en una deriva hacia la mística cristiana y la teología en el pensamiento de Illich, en el que Jean también contribuyó desde su conocimiento erudito con reflexiones sobre arquitectura y espiritualidad encontradas en la primera iglesia gótica, la basílica de Saint-Denis, cerca de París.

Entrando en lo hoy nos convoca, sobre el prólogo a este libro, Javier Sicilia da seguimiento al relato que acabo de comentar. Refiere el reencuentro, sin haber existido distancia de por medio, con el pensamiento de Iván Illich que Jean llama “tardío”, leído como una continuidad crítica. En la que se rompen paradigmas y certidumbres a lo largo de medio siglo de convivencia creativa, en la que narra el tránsito del tiempo de las herramientas a la edad de los sistemas. Es en el CIDOC, durante las discusiones con Illich, que Jean se interesa por el concepto de *contraproductividad*, cuando las instituciones de la modernidad se vuelven contrarias a sus cometidos iniciales, como en los transportes motorizados que roban tiempo de vida de los transportados. Esta crítica al modo de producción capitalista, la refiere así:

En cuanto a la “contraproductividad estructural”, Jean la muestra en la fragmentación de los espacios, que se vuelven lejanos: la escuela, la casa, la oficina, el taller, las tiendas y los sitios de esparcimiento. Estos espacios, que ahora debemos entrelazar mediante transportes y carreteras asfaltadas, a la vez que despojan a las gentes de sus espacios simbólicos sacrifican la vida de los más pobres en favor de los más ricos, cuyo tiempo, en el orden de la productividad y el consumo, es más valioso y requiere de nuevas y cada vez más veloces carreteras. (Robert 2022)

La vida de Jean transcurre en México, en el pueblo de Chamilpa, vecino del de Ocoatepec, donde había escogido habitar el propio Illich y, como

relata Javier en el texto anterior, construye su propia casa con sus manos, y participa de la defensa del territorio, al que considera su terruño, junto con los pobladores de Cuernavaca en la defensa del Casino de la Selva, los de Atenco, resistiendo contra un aeropuerto; así como también junto a la lucha zapatista en Chiapas. Pero no se despega del pensamiento de Iván, seguirá una larga relación que Javier relata de esta forma:

Mientras Illich analizó la era moderna desde la óptica de la herramienta vio siempre la posibilidad de que al devolverle a ésta la proporcionalidad que tiene en los ámbitos de comunidad, las sociedades podrían todavía recuperar esa experiencia carnal que el Evangelio había revelado y que, como Jean Robert no dejó de insistir, se expresaba de diferente forma en cada cultura y cada lugar, una experiencia que el propio Illich llamó, para quitarle su tufo religioso “convivencial”. Pero cuando vio que lo que había descrito era en realidad un encabalgamiento entre el mundo de la herramienta y el del sistema que según él había nacido en los años treinta del siglo xx, con la máquina de Turing,¹ se dio cuenta de que ese retorno a nivel macro era imposible. No había manera de volver a un mundo convivencial, es decir encarnado, cuando la corrupción del Evangelio había desembocado en “la encarnación de entidades sin carne”. (Robert 2022)

Más adelante encontramos...

De todos los amigos de Illich, Jean fue el que casi inmediatamente comprendió el giro dado por él; ese giro estaba, al igual que en Illich, en su fe, pero también, como en las primeras obras de Illich, en su análisis sobre los transportes y en sus innumerables escritos críticos sobre la modernidad. Sin embargo, a diferencia de Illich, a Jean no le gustaba hablar ni de encarnación ni, en consecuencia, de “desencarnación” ni del tiempo del fin. Como hombre de fe comprendía esos términos, pero como filósofo le parecía que, pese a su profundidad espiritual y teológica, estaban demasiado cargados de ideología cristiana y, por lo mismo, lejos de aclarar los profundos análisis de Illich le arrebatában el sentido común que poseían los escritos que lo hicieron famoso y que contenían de manera apofática, es decir, no explícita sino de manera oculta, su visión de la Encarnación. Interpretarlos bajo la clave teológica era, para Jean, no solo quitarle a

¹ *La máquina* de Turing anticipa al autómatá, se trata de un dispositivo lógico matemático que antecede al *ordenador* o computadora -la nota es mía.

sus penetrantes análisis su sentido común, sino hacer que los lectores no cristianos de Illich, lejos de leerlo, se apartaran de él, como sucedió con algunos que tachan, de manera prejuiciosa, por no llamarla ideológica, al Illich tardío de irracionalismo. Para Jean, la fe pertenece de manera absoluta al mundo de lo apofático. (Robert 2022)

Destaca este tema que Javier toma como propio pues le pertenece como nos lo deja ver, desde el alma y el pensamiento:

Recuerdo que cuando me empeñaba en hablar de Illich bajo esas claves teológicas, que para mí son fundamentales para entender la hondura mística y el carácter de revelación que anima la profundidad de toda su obra y de toda su vida, Jean solía decirme, rememorando a Wittgenstein: “De lo que pertenece a lo inefable no hay que hablar; simplemente hay que vivirlo y dejarlo resonar secretamente en la escritura”. (Robert 2022)

Y en el párrafo siguiente, Javier nos descubre esta fase del pensamiento de Jean:

Sea lo que sea, al abordar en este libro el pensamiento tardío de Illich, Jean hace un proceso inverso al que Illich realizó después del cierre del CIDOC: leer la desencarnación no a la luz del argumento teológico, sino a la luz de lo que Illich descubrió en su historia de la herramienta como “sistema”. En esa historia a la que Jean dedica el capítulo central del libro, “Sistemas... en las cabezas” [esplendor y ocaso de la era instrumental], Jean encontró no solo la clave apofática para hablar de aquello que Illich llama la “desencarnación” y “el tiempo del fin”, sino también para hacer entendibles a mentalidades ajenas a la comprensión del Evangelio algunos de los temas en los que Illich se dedicó a rastrearla [...] la historia del género...; de la mirada y el cuerpo, y la del alfabeto... Con ese descubrimiento Jean encontró también una clave para entender las graves consecuencias de lo que él mismo había descrito no solo en los libros y artículos que dedicó al transporte motorizado, sino también en lo que, como meandros que recorrieron sus pies, consagró a pensar lo que la sociedad moderna hizo al espacio, al lugar, al tiempo, a la economía, al agua, a la arquitectura, a los ámbitos de comunidad, a las herramientas convivenciales... (Robert 2022)

[...]

Con este libro, Jean, que al igual que Illich nunca quiso ser un catastrofista ni vivir “bajo la sombra del futuro”, no solo buscó hacer accesible el pensamiento tardío de Illich a quienes, hijos de la desencarnación, han perdido las coordenadas teológicas para interpretar las profundas relaciones que hay entre el mundo desarrollado por Occidente y la corrupción del Evangelio. Buscó también sintetizar su propio pensamiento poniéndonos delante del sistema como delante de un enigma para que siguiéramos pensando, para que no claudiquemos frente a una sociedad que quiere transformarnos en seres “ahumanos”, desencarnados, ajenos al mundo y la vida de los sentidos. De allí su ejemplo como resistente, de allí también las grandes preguntas que nos deja a lo largo de este libro y con las cuales concluye el capítulo central: (Robert 2022)

—para leerse en el original—

No recurro a la cita en este texto, esperando a que el lector encuentre la forma de hacerlo por cuenta propia.

Finalmente, Javier nos relata cómo a inicios del 2020, cuando la pandemia obligó a la humanidad al encierro, le propuso a Jean traducir este libro al español, pero a la forma inversa, el traductor sería Jean, quien entusiasmado aceptó la propuesta y se dieron a la tarea.

En mayo de 2011, durante tres días de caminata Jean acompañó a Javier desde Cuernavaca a la Ciudad de México en la 1ª marcha del Movimiento por la Justicia y Dignidad. A su vez, once años después, Javier acompañó a su amigo Jean en sus últimos días, juntos prosiguieron la traducción de este texto, que animaba a un Jean con una enfermedad terminal a conservar su aliento vital con la finalidad de arribar a buen puerto con la obra terminada. Jean traducía y Javier corregía el estilo para su mejor comprensión en nuestra lengua, lo trabajaron a partir de la versión en italiano que él mismo había traducido para su publicación del original en francés; versión que constituyó el manuscrito final de su obra. Navegaron juntos, a dos voces entre distintas lenguas construyendo un nuevo discurso, un navío que llevó a Jean por mares atávicos, las olas le hicieron llegar poemas errantes que navegaban también en su memoria; Juan de la Cruz, Paul Celan y Konstantin Kavafis acompañaron a este pensador caminando como Iván hacia el norte del futuro.

Lomas de Jiutepec, noviembre del 2022.

Bibliografía:

Robert, Jean. *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*. Itaca, 2022.

Sicilia, Javier. “Pensar con los pies”. *Universidad Revista de Pensamiento y Cultura de la BUAP*, num. 36, 2020, p. 85.

Semblanza

Servando Gajá Rodríguez. Cineasta originario de la CDMX (1951), egresado del Centro de Capacitación Cinematográfica, entre sus obras como cinefotógrafo están *La Línea Paterna* de José Buil y *Perfume de Violetas* de Marysse Sistach. Actualmente reside en Jiutepec, Morelos. Se asume como defensor del territorio y del agua, los montes y el aire.

A nuestros ojos: Leer a Jean Robert e Iván Illich, desde el tejido de una mirada en común

Ramón Vera-Herrera

La enormidad en su laberinto

Hablamos de nuevo de Iván Illich y de toda la obra colectiva que tendemos a identificar como solo suya. Tras muchos años de investigación concienzuda y “hecha consciente”, por surgir de conversaciones con diversas personas, colectivos, comunidades y grupos campesinos, barriales, obreros, de mujeres, eclesiales, monacales, intelectuales y sobre todo de amistades cercanísimas que han acompañado su quehacer de reflexión profunda, hoy esa gente que siguió su “hilo” (y lo sigue) conversa mucho sobre el sentido de su obra última (que por supuesto incluye la profunda investigación documental que abarcó la vida entera de Iván Illich).

Pero la gran pregunta que asalta a muchos de estos círculos de amistades, seguidores y seguidoras, es si esos últimos años de trabajo profundo, la búsqueda en las entretelas de la Edad Media los gérmenes del mundo actual, contradicen su periodo más abiertamente contestatario o crítico, “x” el de los años 60 y 70 donde abiertamente cuestionaba los axiomas de la modernidad y se oponía con lucidez radical a las instituciones más establecidas de entonces.

Como afirma Jean Robert en un maravilloso libro de aparición reciente *La edad de los sistemas*:

Si algo ha cambiado, Illich mismo parece pensar que se trata de la legibilidad, a sus propios ojos, de sus primeros libros. Cuando los escribió estaba implicado en luchas específicas de la América Latina de esos años lejanos. Dicho esto, la autocrítica de Illich no debe ser una invitación a hacer prevalecer sobre aquellos escritos lo que la interpretación pueda encontrar en ellos: lo que Illich dijo y escribió sigue prevaleciendo, *a mis ojos*, sobre lo que puedan decir los comentaristas modernos o posmodernos. (Robert 2022)

En ese panorama de largo aliento, resaltan hoy hilos tendidos desde la aparición de sus primeros libros hasta el momento de su muerte que incluyen a la crítica a los axiomas de la modernidad; la crítica a la supuesta civilización “capitalista”; la historiografía y arqueología de los saberes y valores de uso; del ámbito de la subsistencia (tan diferente del ámbito de la economía) y de sus valores “vernáculos”, aquellos implícitos en la cotidianidad de las relaciones directas, que no buscan mediaciones para ejercerse, sino que se responden en mutualidad.

También continuó siendo parte de su obra, con más detalle, su investigación sobre la enormidad, sobre la contraproductividad o contrafinalidad, el desenraizamiento del mundo, siguiendo a Polanyi, y los usos perversos de la ciencia y la tecnología (Polanyi 2007). Siempre en el centro está la idea de la autonomía como ejercicio de la plenitud humana y de sus capacidades y medios propios para resolver lo que más les importa a ellas, a ellos, y se le contrapone la “forma urbana industrial”, omnipresente y avasalladora que, en el afán loco de la reproducción infinita del capital, provoca la producción excesiva de un bien, la proliferación y encadenamiento, la complejización de procesos ligados a otros procesos y mediaciones en aras siempre de una “razón instrumental”, como ya lo han señalado Rosa Margarita Sánchez Pacheco y Mágina Millán, en sus intervenciones en el espacio virtual de comentarios a “Los ríos al norte del futuro”, que da cuenta de las últimas conversaciones entre Iván Illich y David Cayley² y Humberto Beck, en su libro *Otra modernidad es posible* (Beck 2016), donde el autor “propone entender la modernidad en términos de una tensión entre autonomía e instrumentalidad” (Robert 2022).

Desde los años 60, en su obra de gran crítica a la era moderna, *La convivencialidad*, Illich estaba consciente de que la producción desmedida de un bien

² Un espacio virtual donde quienes leímos el libro comentamos por turnos capítulos de ese libro. El espacio fue creado por Elías González, Juan Manuel Escamilla y Héctor Peña.

o servicio, en esa lógica industrial, tiene efectos catastróficos y destructores, que provocan una contra-productividad, es decir una pérdida en la eficacia del “conjunto” pero sobre todo una contra-finalidad: el surgimiento de una serie de condiciones que contradicen los fines expresos para los que se emprenden acciones, proyectos, políticas públicas, convenios, leyes.

Mucha de la obra del Centro Intercultural de Documentación (CIDOC), de Cuernavaca, espacio central de creación en colectivo impulsada por Iván Illich, se volcó a documentar lo que ocurría en el caso de la educación, la atención a la salud y la medicina, la justicia, el transporte, la energía, para dar cuenta de que los procesos implicados creaban una némesis de lo que decían crear. La educación producía sometimiento, negación de tus propias capacidades y la entrega de la legitimidad de tu existencia a una superioridad difusa aceptando obedecer y ser juzgados por otros que ya sufrieron esos mismos ritos de paso; la atención a la salud y la medicina administraban tu enfermedad y le roban a la gente la posibilidad y la creatividad de atender a su propio cuerpo y ejercer su propio re-equilibrio, dificultan que la comunidad participe: o te someten a una mirada ajena a ti que te impide entender lo que te ocurre. Los transportes en su velocidad crearon el entorpecimiento del tránsito y el aglomeramiento de las ciudades y así sucesivamente podríamos invocar ejemplos de otros tantos derroteros.

A partir de ahí, Illich abrió la caja de Pandora de la era industrial y profundizó en lo que llamó *el monopolio radical* implícito en el razonamiento industrial, que impide que nos imaginemos soluciones alternas que no impliquen falsas soluciones que resultan en némesis, a tal punto normalizadas que es casi imposible ejercer la crítica.

Como Marx, Hannah Arendt y el propio Polanyi antes que él, Illich entendió que esta contrafinalidad ocurría cuando se transgredían ciertos umbrales en esa enormidad que se iba produciendo mediación tras mediación. En su crítica de la era de esta “razón instrumental” que lo dispone todo para que algo o alguien medie tu condición individual o colectiva, Illich decía:

El monopolio del modo de producción industrial convierte a los humanos en materia prima elaboradora de herramienta. Y esto ya es insoportable. Poco importa que se trate de un monopolio privado o público, la degradación de la naturaleza, la destrucción de los lazos sociales y la desintegración de lo humano nunca podrán servir al pueblo. (Illich 1978)

En ese momento Illich comenzaba a interesarse por entender la configuración de ese edificio de procesos, esa institucionalización de las relaciones. Por eso decía: “al aplicar los descubrimientos a la especialización de labores, a la institucionalización de los valores, a la centralización del poder, los humanos se convierten en accesorios de la megamáquina y en engranaje del poder. Pasado un cierto umbral”, decía Illich, “la sociedad se convierte en escuela, hospital o prisión” (Illich 1978).

En las voces que hoy buscan discernir qué cambió o qué prevaleció de lo dicho entonces, hay quien olvida lo que Illich dijo y que Jean Robert en su recuento último reitera y reivindica: que al hablar de “herramientas”, de “instrumentos”, la referencia es a entramados de relaciones, a procesos, a “medios usados para un fin”, no a cosas. Dice Illich:

Claramente yo empleo el término herramienta en el sentido más amplio posible, como instrumento o como medio, independientemente de ser producto de la actividad fabricadora, organizadora o racionalizante: todo lo puesto al servicio de una intencionalidad [...] Entre la persona y el mundo la herramienta es un conductor de sentido, un traductor de intencionalidad. (Illich 1978)

Es la entronización de los objetos, y la cosificación de los sujetos utilizados, mediatizados, lo que termina estableciendo la edad de los sistemas que hoy nos envuelve en algo mucho más intrincado que una tecnósfera. (Robert 2022).

Para esta era donde la mirada es instrumental, donde todo es tomado como objeto para un fin, cosificando tramados de relaciones complejas, no había la posibilidad de que esto tuviera un final, sí fines, pero no finales. Es decir, en su reproducción infinita el capital se desboca produciendo mediación tras mediación en ese proceso que Polanyi entendió como “la gran transformación” y que fue el inicio de la gran dislocación, la distalidad creciente, donde lo desbocado se va diluyendo hasta hacer irreconocible los sentidos originales.

Iván Illich fue muy claro entonces en señalar la importancia crucial de la lógica de las herramientas a las que hacía referencia: para él solo si la herramienta te regresaba al cuerpo social, podía ser una herramienta que nos permitiera mantenernos al cuidado de nuestros entornos de subsistencia, y de nuestra autonomía. A estas herramientas él las caracterizó como “convivenciales”, más allá o más acá de su historia, que siempre hay que emprender.

Si la herramienta no tenía este carácter, en realidad, como toda mediación y dislocación, se volvía vehículo del torbellino de la enormidad resultante.

Sin embargo, el capitalismo es ciego a estas críticas. Como Jean señala en el epílogo de “Los cronófagos” (Robert 2021), el capitalismo necesita del derruimiento continuo de los núcleos precapitalistas o que se han mantenido cual cursos alternos al capitalista. La reproducción infinita, al hincharse de “pasos” y complejizar sus entreveros, acaba por hacer surgir lo contrario de sus supuestas intenciones originales.

Esta destrucción de los ámbitos de comunidad y la instauración paulatina o súbita de una enajenación de tu propia condición, como individuo, pero sobre todo como comunidad, abre procesos mediante los cuales se desfiguran los aspectos cruciales de la comunidad y de los saberes y prácticas pertinentes para la subsistencia, entendida ésta como todo aquello que subyace a la existencia y contribuye a cuidarla expandiendo sus habilidades autónomas.

Esta destrucción y este despojo, una “incapacitación progresiva de los pueblos”, operan en tres vertientes principales. La más fundamental es arrancar a la gente de su entorno de subsistencia, escindir el vínculo que las comunidades mantienen y cultivan con la naturaleza, con su tierra, con la significación mutua que permite que la gente resuelva por sus propios medios lo que más le importa: el caso más concreto es el acaparamiento de la tierra, de los territorios, el confinamiento de ámbitos que antes eran comunes, la “expulsión del paraíso” [los millones de migrantes atestiguan este arrancamiento].

Igualmente, grave es la erosión, menosprecio, marginación, prohibición o escisión de habilidades, saberes y estrategias que le permitían a la gente resolver con labores creativas su propia producción de alimentos, su salud, su educación, su justicia, su sentido de lo sagrado, sus vínculos de amor y erotismo, su lenguaje y su sentido de ser en el mundo.

Un tercer modo es la intermediación (la institucionalización) que termina siendo imparabile, porque a la par de que merma la posibilidad de solución propia de nuestras necesidades y pertinencias, nos entrega a la clase “profesional”, nos impone nuevas dependencias, y provoca el edificio interminable de mediaciones y enormidades que nos hacen piezas en este sistema entronizado como estructura inescapable (o supuestamente inescapable).

La obra emprendida por Iván Illich desde los 80, se centra en entender dónde surge y cómo se desenvuelve este edificio de procesos en la historia de los saberes, en la materialidad de las relaciones. A partir de sus indagaciones con la Edad Media, ideas desarrolladas en *El trabajo fantasma* y en *El viñedo del texto*, entre otros, Iván logra develarnos la enajenación, la homologación que se produjo cuando se corrompió el sentido original del cristianismo. Para él, el advenimiento de la Iglesia católica es el paso fundacional del Estado moderno.

Así, el cristianismo, con su subversiva insistencia en relacionarnos de tú a tú con el otro, cualquier otro, aunque sea un enemigo, como en la tan invocada parábola del buen samaritano, es traicionado en su naturalidad y su generosidad por el empeño del poder que comienza a exigir que las personas atravesemos un rito de paso normado y ritualizado por otros, para tener pruebas de nuestra autenticidad y ser aceptados como personas. (O seres puros, sin pecado.) La Iglesia comenzó esto mediante el catecismo y las escuelas secularizaron las nuevas reglas: el catecismo y la instrucción son claramente la “certificación originaria”. Se homologan los lenguajes de la casa (con las disposiciones de Carlo Magno), y regla a regla se construye la institución (y la idea de las instituciones). Se comienzan a proponer certificaciones sucesivas y normativas, previsiones: la gestión continua y jerarquizada mediante burocracias de diverso tipo. Ese edificio, que configuró la Iglesia y traicionó el sentido original del cristianismo, hizo surgir lo que para Illich es el sentido de la modernidad. La mediación imparable que desemboca en eso que hoy es la edad de los sistemas.

En la oleada intensa de largo plazo, la Iglesia católica (como institución), es fundacional del Estado moderno al construir ese tramado de procesos de “gobernanza” normados (un tejido de sumisiones, justificaciones, disposiciones, homologaciones, deshabilitaciones, corrupciones y legitimaciones permanentes) que van adquiriendo su lógica de monopolio radical del industrialismo y a la vez ayudan a configurar este monopolio.

Junto con su ramificación en las denominaciones cristianas, y en paralelo con el judaísmo estatal y ciertos islamismos, este tejido va construyendo y justificando la llegada de los expertos, que nos alejan más y más de lo que más nos importa, rompiendo miradas intersubjetivas y estableciendo incluso modos positivistas de ejercer la ciencia. Y el mundo se llenó de instituciones. Y de lógica institucional. En su tecnologización extrema, que refuerza los términos de la acumulación capitalista, arribamos a una compleja maraña de sistemas que expresan un sistema último que busca

ejercerse sobre todo desde el ámbito digital, en donde, para Illich, y por supuesto para Jean Robert, ya no tenemos los hilos de la intencionalidad, sino que, como temía Iván desde los años 70, nos hemos tornado parte, somos piezas en el engranaje de la miriada de procesos. Esto no es un crecimiento hacia una megamáquina que nos engloba a todos, sino el aparente triunfo de la “mirada instrumental”, que media hasta lo que mira, como dijera Rosa Margarita Sánchez Pacheco, en el seminario de lectura de *Los ríos al norte del futuro*. En esa sumisión de lo humano, en esa subsunción total provocada por el capitalismo —como ha documentado en numerosos escritos Jorge Veraza—(2008) todos estos procesos van arribando a sus umbrales críticos y han llegado a un punto en que con diferentes ritmos y en contrapunto, van cayendo en sus respectivas némesis.

Esto nos hace resaltar una reflexión que luego se pierde: el decrecimiento que luego se pregona como solución a los males de la modernidad nunca será suficiente. No se trata de limitar los “excesos” de la industria, sino de transformar la mirada instrumental hacia relaciones diferentes entre los humanos y con el entorno, con la imaginación, la producción, la organización y la proporcionalidad y el sentido de lo mutuo.

Cuando decimos que la cauda de procesos que trasponen un umbral provoca la contrafinalidad de ese racimo o constelación de mediaciones, esta contrafinalidad no puede resolverse. En esa su enormidad que se reproduce imparable, ocurren mutaciones que definen que no hay retorno.

Es la autonomía la que debe proponer otros términos y emprender la cancelación de esos racimos. Los instrumentos industriales tienen una tendencia automatizadora que propugna que tú ya no solo seas un objeto deshabilitado para cumplir los fines del capital sino una parte integral del sistema de sistemas. Ese sistema con su intrincadísimo tramado de relaciones te incorpora a su mecanicidad, a su electronicidad, su digitalidad, y este umbral que se traspone parece inentendible y oscuro, como han comentado muchas personas hablando del tránsito de la era de las herramientas a la era de los sistemas, porque es un umbral multidimensional. No es solo una frontera. La normalización de ese paso por la imposibilidad de percibir lo que ocurre es esto que se reporta como ser parte, pieza del sistema funcionando sin ti pero contigo. Y esa supuesta automatización extrema requiere siempre de trabajo humano precario para existir. Y hasta busca seducirte diciendo que vas a tener todo el tiempo libre del mundo o que accederás a tu propio sueño de vida en el metaverso (Vera-Herrera 2021). En todos estos años, Illich, dice Jean Robert:

Tuvo el valor de mantener su racionalidad crítica [que constata que más allá de cierto umbral hay una inversión que transforma fines en medios que se volvieron manifiestamente destructores], a contracorriente de la actitud de los contemporáneos fascinados por las proezas de la herramienta moderna... la herramienta fuera de escala deteriora la naturaleza, degrada las relaciones sociales e instaura una tiranía de los expertos. (Robert 2022)

Entonces, esta detonación multidimensional que ocurre cuando se van transgrediendo los umbrales soportables, este advenimiento de la conjunción creciente de cada una de las némesis que no vimos venir, configura una crisis de crisis: eso también es la era de los sistemas de la que habla Illich.

No obstante, aunque la globalidad dice ser total, si así fuera no podríamos ni imaginarla. Ni imaginar posibilidades de resistencia ni tener ese anhelo de autonomía que hoy cunde en el planeta. Como dijera Márgara Millán y Rosa Margarita Sánchez Pacheco, la edad llamada “instrumental” y la edad de los sistemas “conviven en nosotros”. Y en cierto sentido seguirán conviviendo siempre, alcanzándose y entreverándose mientras los sistemas no nos traguen. Pero no nos tragarán, porque los valores vernáculos, los entornos de subsistencia, los conglomerados humanos, comenzando por los pueblos campesinos que en su relación con la tierra siguen manteniendo una contención para su lógica instrumental, están proponiendo no que todos nos vayamos al campo a mantener ese mismo tipo de relaciones, sino poder ejercer nuestras relaciones en nuestros propios términos, acercarnos y encontrarnos sin que nos medien o mediaticen, sin construir dependencias que nos heteronormen y nos impongan la voluntad ajena y nos sometan o nos subsuman a sus propios términos.

Dejar de juzgarnos con los criterios de quienes nos oprimen (como dijo Frantz Fanon) siempre será un antídoto contra la cancelación o normalización: totales que nos borrarían y nos niegan. Infinidad de comunidades en todo el mundo demuestran que es posible abrir espacios de diálogo y resistencia para entender el horizonte y seguir discutiendo o reivindicando las verdaderas relaciones que nos hagan humanos. Para eso debemos atender, también, a nuestra mirada.

La mirada-tu mirada-nuestra mirada

Decía Antonio Machado que “un ojo no es un ojo porque lo veas sino porque te mira” (Machado 1912). La reciprocidad, la mutualidad, comienza por el reconocimiento de la otra persona en su plenitud. Como sujeto, dicen. Nos encontramos en mitad del puente, diría Cortázar.

Y el cruce de caminos es nuestra primera zona de contacto con cualquiera otros, otras. Para ese encuentro, en condiciones de respeto mutuo —que nunca son realmente “igualdad de circunstancias” como se dice ritualmente, sino el reconocimiento de la diferencia entre uno y la otra persona, cada quien con nuestra circunstancia y nuestra historia—, hace falta el reconocimiento del contacto, de nuestra corporeidad en contacto. Reconocer que somos una frontera ambulante, y lo pertinente de reconocernos con cada quien de igual manera.

Cuando se dice que los héroes de Homero veían en los ojos, la frontera adquiere importancia si asumimos la corporeidad de la mirada (Bruno 1973). Y su infinitud, como ya lo deja ver Giordano Bruno en sus disquisiciones. Y nuestro inescapable compromiso de inmediatez con lo que miramos. Nuestra mirada es nuestro encuentro (y este puede ser infinito). Siguiendo a Maurice Merleau-Ponty, filósofo francés contemporáneo de Sartre, nuestro tacto visual llega hasta allá, y lo que vemos está aquí mismo, nunca vemos desde la distancia (Merleau-Ponty 2020).³

Plantear una mirada alejada como empezó a enfatizarse desde la propuesta de la perspectiva, como si nuestro ojo fuera un dispositivo ajeno a nosotros que capta la luz es muy positivista: busca ubicarnos como el ente que juzga, fuera de la situación, de lo que ocurre. El punto focal lo recibe tu ojo como dispositivo/mediación que recibe de todas partes, pero aquí ya no miras en los ojos como una frontera, como una piel. Dice John Berger en *Modos de ver*:

³ Merleau-Ponty, Maurice. *El mundo de la percepción. Siete conferencias*, México DF: Fondo de Cultura Económica, 2020; *El ojo y el espíritu*, Madrid: Minima Trotta, 2017. Cita John Berger a Merleau Ponty en Berger, John y Mohr Jean. *Another way of telling*, Nueva York: Pantheon Books, 1982: “Debemos tomar literalmente lo que nos enseña la visión, a saber que estamos en todas partes a la vez, y que aun nuestro poder de imaginarnos en otra parte... pide prestado de la visión y emplea medios que le debemos. La visión nos hace aprender que los seres son diferentes, ‘exteriores’, ajenos unos a otros, y no obstante, absolutamente *juntos*, son ‘simultaneidad’; esto es un misterio que los psicólogos manejan del modo en que un niño maneja explosivos”... (ver *The Primacy of Perception*, Evanston: Northwestern University Press, 1964, p. 187.)

La convención de la perspectiva, única en el arte europeo de principios del Renacimiento, centra todo en el ojo de quien detenta la mirada. Es como un rayo de un faro, pero en vez de que el faro viaje hacia afuera las apariencias del mundo viajan hacia dentro. Las convenciones llamaron a estas apariencias, *la realidad*. La perspectiva hace de cada ojo individual el centro del mundo visible. Todo converge en el ojo como el punto de desvanecimiento del infinito. El mundo visible es ‘arreglado’ para el espectador como alguna vez se pensó que el universo se arregló para un Dios. Según la convención de la perspectiva no hay una reciprocidad visual. No hay necesidad de que Dios se sitúe en relación con otros: él mismo es la situación. La contradicción inherente de la perspectiva es que estructura todas las imágenes de la realidad para que respondan a un solo espectador que, a diferencia de Dios, solo puede estar en un solo lugar en un tiempo dado. (Berger 1972)

Con el advenimiento de la cámara fotográfica, que buscaba registrar la exactitud del mundo como ninguna pintura, dibujo o grabado pudieron hacerlo, en realidad la convención de la perspectiva tuvo que soltarse, porque la cámara resaltaba que podías cambiar de punto de mira, y que podías situarte y resituarte. Lo que siguió sin cambio fue la idea cartesiana de que uno está fuera de la situación que juzga y uno es el poder (la inteligencia) que dilucida, describe, explica y concluye.

En cambio, el aquí y ahora del ojo como frontera, como en la antigüedad, siempre plantea una mutualidad inmediata, y como tal una ética inescapable. Cómo nos responsabilizamos con ese o esa o eso con que nos encontramos. El aquí que es allá que es aquí desde allá y el más allá de los tiempos dispares agolpados en nuestra imaginación, nos gritan que al espacio lo miremos como punto de encuentro, y no como distancia (como nos recalcará Rafael Mondragón, hablando de Jean Robert, en otro de nuestros encuentros de lectura por Zoom).

Si la razón instrumental está en el origen de invocar mediación tras mediación, un medio para un fin que se vuelve un medio para un fin interminablemente, también entonces nos niega la mutualidad y es el origen del poder, del utilizar seres y “cosas”. En cambio, recuperar la corporeidad (y la flexibilidad) de nuestra relación es recuperar nuestro lugar *relativo* frente al resto de seres con quienes nos relacionamos. Porque iniciadas las mediaciones no hay fin en el laberinto de la enormidad que se desata y entonces se nos normaliza nuestra percepción de ser utilizados por otros, cosificados

por otros hasta que parece que siempre hemos sido esos seres deshabilitados que solo así somos “útiles” para los procesos de quienes se plantean “dioses”. Esa entelequia que es “la superioridad”. Si buscamos otros espejos para estas reflexiones, basta asomarnos a la obra Merleau-Ponty, que dice en *El mundo de la percepción*: “la física de la relatividad confirma que la objetividad absoluta y última es un sueño, mostrándonos cada observación estrictamente ligada a la posición del observador, inseparable de su situación y rechazando la idea de un observador absoluto” (Merleau-Ponty 2020).

¿Cuál es nuestra reacción ante esta idea de la perspectiva, que aleja y entroniza al observador como entidad divina que juzga y discrimina, y que le confiere poder, que le define como poder ante el cual todo lo visto y percibido es objeto, es utilizable, domesticable, sometible y explotable?

Cuando la gente asume su disposición a ser sometida, o cuando no le queda otra que aceptar la condición que se le impone, acaba creyendo el juicio del “observador absoluto”, la mirada del poder que cosifica todo, que lo convierte todo en mercancía, y a su vez comienza a aplicar el juicio de este “observador absoluto”, que siempre es homogeneizante, que siempre borrona las diferencias o extrema las diferencias hasta hacerlas irreconciliables, por no asumir que la otra o el otro son sujetos, son personas en plenitud. O se les rechaza y se les busca destruir o se les desdibuja, se les achata, se les destruye o borrona con las pulsiones propias de la posesión y el poder.

Asumir la objetividad absoluta, la única realidad como la dicta la ciencia de los poderosos y no una ciencia ética y experimental —cuyo rasgo fundamental es la crítica y el cuestionamiento perpetuo—, es también aceptar la lógica inescapable del poder, del racismo, de la clase, que nos juzga con sus criterios, sin reciprocidad o siquiera sin relación alguna. Porque los poderosos, las poderosas, piensan que están por encima de las contingencias de lo existente.

Borrar el pasado es entonces importante para ese poder que nos busca someter, porque reconocer las transformaciones y los hechos históricos, nos hace percibir los procesos, las mutaciones, los flujos, las relaciones. Con la industrialización de todo, incluida la mirada, el carácter de cada suceso, de cada objeto, de cada “imagen” (que también es una relación) pierde su carácter de único, para ser un ejemplar más (una copia más), de la interminable serie, y curiosamente eso nos difumina la historia de todo lo imaginable, nos borra los procesos, los flujos de todo: cada suceso se vuelve algo que no es sino cosa, mediación para nuestros fines, o consumo

final, desaparición, como la de nuestros desaparecidos y desaparecidas por el caos político que padecemos.

Podemos salvar la mirada si buscamos aproximarnos relacionando todas nuestras experiencias, si utilizamos esas imágenes de un modo que se complementen con nuestro lenguaje pero sobre todo si reconstruimos los procesos de los cuales surgieron esas cosificaciones, para devolverles su carácter de flujo. Reconstruir la historia de una mirada, de un proceso de creación, la historia de los encuentros, la historia de los pueblos es volver a poner delante de nosotros el quiénes somos ante los otros, ante las otras.

Pero la evanescencia actual de las imágenes digitales y la obsolescencia programada de nuestras “aplicaciones”, pueden tal vez ser demasiado veloces para estas disquisiciones del siglo xx. No terminamos de entender lo que nos han robado y ya nos impusieron más normalizaciones deshabilitadoras más totales. Entonces, más que nunca, es cierto lo dicho por John Berger:

Hoy estamos ante el lenguaje de las imágenes [evanescentes, instantáneas, efímeras]. Lo que importa ahora es quién hace uso de ese lenguaje y para qué propósitos [...] un pueblo o una clase a quien se le cercena de su pasado es bastante menos libre de elegir y actuar que quienes pueden situarse en su historia. (Berger 1972)

Recuperar el pasado, es siempre recuperar nuestras relaciones, y ahí, para que nuestra mirada no sea secuestrada, tenemos que volver a buscar las mutualidades, las correspondencias. Hablando de la obra de Iván Illich, Jean Robert dijo en “El género vernáculo: un concepto heurístico”: “tenemos que volver al género vernáculo, a ese entramado social y cultural de correspondencias en el que todo ser era lo que era por su correspondencia con otro, de la misma manera que la orilla derecha de un río solo es orilla porque existe la orilla izquierda.” (Robert 2018)

No son parejas, ambas orillas, son casi iguales y a la vez totalmente diferentes. Pero en ese encuentro indisoluble, está la vida por hacer, en una mirada que es mía, pero tuya, pero nuestra y diferentes las tres y a la vez no. Todo lo demás son secuestros, robos de sentido, destrucción de los ámbitos de lo social y lo político. Y tenemos que recuperar lo inmediato y lo permanente de nuestro quehacer político.⁴

⁴ Una versión preliminar de ambas partes de “A nuestros ojos”, se publicó en *desinformemonos.org*, en la columna *Desde los fuegos del tiempo*, el 15 de agosto y el 19 de septiembre de 2022.

Jean Robert y la crítica de los sistemas

Humberto Beck

La *edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*, obra del pensador social mexicano de origen suizo Jean Robert, es, como su título lo indica, una reflexión sobre la última etapa del pensamiento de Iván Illich. Pero es también en más de un sentido una obra que cristaliza los últimos años del pensamiento del propio Robert. En primer lugar, porque toda obra de crítica, si llega realmente a tocar el corazón del objeto de su atención, es mucho más que un mero comentario: es una continuación y una suerte de cumplimiento del objeto criticado y, por lo tanto, una obra original con derecho propio.

En segundo lugar, porque la obra intelectual de Illich tiene dos planos de elaboración autoral: un plano individual y un plano colectivo. Como el propio Illich lo señaló en más de una ocasión, la mayor parte de sus libros son el resultado de conversaciones y debates con amigos y colegas. Entre estos amigos, Jean Robert ocupa un lugar especial, y *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío* es un testimonio de ese diálogo fructífero.

La aportación central del libro de Robert es su contribución a entender el sentido global pensamiento de Iván Illich, desde sus primeros escritos de amplia circulación a finales de los años sesenta hasta sus últimas reflexiones previas a su fallecimiento en 2002. En concreto, la obra de Robert aporta los elementos para discernir una *filosofía* o *teoría de la historia* implícita en el pensamiento de Illich, es decir, una cierta lógica o esquema conceptual para comprender el devenir de los acontecimientos.

El sentido de esta filosofía de la historia implícita no comenzó a vislumbrarse sino hasta las últimas etapas, las menos conocidas, de la obra illichiana, es decir, los años de lo que Robert llama el “Illich tardío” de la década de los ochenta y noventa en contraste con el “Illich clásico” de los años sesenta y setenta. La época del “Illich tardío” comprende los años dedicados a realizar una historia crítica de las certezas modernas. Si, para poner dos ejemplos ilustrativos, en su época “clásica” el pensamiento de Illich se había dedicado a cuestionar la idea de escolarización universal obligatoria o la práctica de la medicina institucionalizada, en su época tardía Illich se ocupará de cuestionar las certezas modernas detrás de cada uno de estos proyectos: las ideas mismas de “educación” o “salud”.

Otro aspecto de esta teoría de la historia implícita en el pensamiento de Illich que Robert dilucida es el énfasis en las rupturas históricas en vez de en las continuidades, o de las “pérdidas” en vez de los “desarrollos”. Illich, nos recuerda Robert, oponía a las “historias de los desarrollos” (aquellas que buscan los elementos de una continuidad del pasado en el presente) las “historias de las pérdidas”. Un ejemplo de estas historias de las pérdidas es la historia de los modos en el que los seres humanos se han relacionado con su entorno a través de los sentidos. Robert señala “las pérdidas de agudeza de las percepciones que acompañan los progresos de la descripción cartesiana del mundo” (Robert 2022), como lo ha sido, por ejemplo, la pérdida de intensidad de las percepciones olfativas. Otra pérdida análoga, que ha tenido enormes consecuencias en el rumbo que ha tomado la evolución social y económica de las sociedades modernas, es la pérdida de modos vernáculos para la producción de valores de uso. Contra el discurso más convencional, estas pérdidas culturales no se pueden considerar como el “precio” de los desarrollos, porque estas pérdidas representan la desaparición irreparable de realidades incuantificables.

Jean Robert esclarece el proceso dentro de la evolución del pensamiento illichiano por el cual el Illich tardío se dio cuenta de que su obra previa había dado por sentadas todas estas certezas culturales de la modernidad. De entre todas estas certezas, hay una que destaca, pues se conecta de diversas maneras con todas las demás: esta certeza es la relacionada con el concepto mismo de *instrumentalidad*. Si algo define la obra del Illich tardío es el descubrimiento de que la idea de herramienta no es ahistórica: tiene una historia y por lo tanto un principio identificable históricamente. Dada la importancia del concepto de herramienta en la primera etapa del pensamiento illichiano, dedicada a la crítica de la contraproductividad de

las herramientas modernas, el hallazgo de la historicidad de los instrumentos técnicos representa un parteaguas fundamental.

Si la idea de herramienta tiene una historia, entonces tiene también un principio identificable. Robert nos recuerda que el mundo de la antigüedad clásica no conocía las herramientas, sino los “órganos”. Un órgano, en el sentido aristotélico, es según Marianne Gronemeyer “todo lo que ayudaba a un ser a realizar su esencia” (citada en Robert 2022), una suerte de “herramienta orgánica” sin existencia propia más allá del cuerpo. En el mundo clásico, por ejemplo, un martillo no era una “herramienta” sino una “prolongación de la mano”. Decir herramienta, en contraste con el órgano aristotélico, supone el concepto de *distalidad*, es decir, de una distancia física y sobre todo mental entre el sujeto usuario de la herramienta y la herramienta misma: entre la mano y el martillo. No fue sino hasta el siglo XII cuando nació la herramienta como idea a través de los diagramas de concibieron las “cajas de herramientas” como conjuntos de dispositivos con una existencia independiente de la mano que los empuñaba, es decir, dotados de distalidad. Este salto conceptual representó el nacimiento de la idea de la *técnica* que priva entre nosotros hasta el presente: la tecnología como el “medio” neutro y eficaz para la realización de un “fin”.

Pero, de acuerdo con Robert, si el concepto de herramienta tuvo un principio identificable, entonces debe tener también un final. Este es el otro gran descubrimiento en la obra del Illich tardío, consubstancial al hallazgo de la historicidad de las herramientas. Hacia finales del siglo XX, Illich advierte que los artefactos contemporáneos habían comenzado a dejar de cumplir el requisito de la distalidad. De una computadora, por ejemplo, sobre todo si está conectada a internet, no se puede ya decir que sea una mera herramienta. Una computadora no se puede simplemente “tomar y dejar”, como un clavo o un martillo, porque su funcionamiento es indisoluble de su pertenencia a una red de flujos de información. Illich conceptualizará esta situación sin precedentes haciendo uso de la noción de *sistema*. Utilizar una computadora no es equiparable a la utilización de una herramienta convencional, porque el uso de la computadora obliga a los usuarios a ser parte de un sistema que los integra. La diferencia entre la herramienta y el sistema reside en esta pérdida de distinción corporal: el sistema “engulle el cuerpo de su usuario, lo hace parte de sí mismo” (Robert 115). No se puede entonces dar el nombre de herramienta a un artefacto que, como los dispositivos digitales (computadores, teléfonos celulares, tabletas, etc.) implica a un conjunto mucho más grande de artefactos —el sistema— que, en cierto sentido, contiene a quienes los utilizan.

Ya no hay “distancia” entre el usuario y la herramienta: el sistema “absorbe a quien lo usa y no conoce límites: es potencialmente coextensivo al espacio social” (Robert 2022).

Al carecer de distalidad, los sistemas tampoco pueden cumplir con otra de las características de las herramientas: la *intencionalidad*. Artefactos como las computadoras ya no están exclusivamente al servicio de las intenciones personales y autónomas de sus usuarios. El recurso a los dispositivos digitales obliga a los usuarios —que probablemente ya tampoco son meritorios de tal designación— a someterse a un “mando sistémico” más grande, una lógica propia de los sistemas. Como sostiene Robert en su exégesis de Illich, los sistemas no tienen un “afuera”, una “exterioridad”. Los “usuarios” de estos sistemas están integrados ellos mismos al sistema: su “uso” de los dispositivos es más bien su operación como “subsistemas” integrados a la lógica sistémica superior (Robert 2022).

Por estas razones, nos explica Robert, lo que sucedió a finales del siglo xx de acuerdo con Illich fue el fin de la edad instrumental y el comienzo de una nueva era: la edad de los sistemas. La obra del primer Illich alrededor de los años 70 se situaría durante el declive de la era industrial, último avatar de la edad instrumental nacida en el siglo xii (Robert 103). Es importante notar que el diagnóstico de Illich coincide con lo que podríamos llamar el *giro histórico* en su obra. Es de manera contemporánea al fin de la edad instrumental que Illich comienza a interesarse en la historicidad de las herramientas y la tecnología, y en general en las certidumbres de la edad moderna como conceptos y perceptos historizables. En términos metodológicos, este giro se corresponde en la obra de Illich con el paso de la pregunta “¿qué hacen las herramientas?” (eje de su primera época) a la pregunta de “¿qué dicen las herramientas?”, es decir, ¿qué *simbolizan*? Podemos afirmar, entonces, que la circunstancia histórica de este “giro” es la ruptura histórica, el cambio de una era tecnológica a otra, el paso de las herramientas a los sistemas.

El corolario de este proyecto intelectual de exploración de la historicidad de las herramientas es, precisamente, la filosofía o teoría de la historia que se deriva de los planteamientos illichianos. De acuerdo con la lectura de Robert, la historia de occidente puede, dentro del esquema de Illich, entenderse como un tríptico de edades históricas definidas por la forma de concebir los artefactos y la tecnología: una primera edad *preinstrumental* en torno a la idea clásica del órgano, la edad de la instrumentalidad (que va del siglo xii hasta finales del xx), y una tercera edad, en la que nos

encontramos actualmente, que podríamos caracterizar como “post-instrumental”: la edad de los sistemas.

Como analiza minuciosamente Robert, para Illich este cambio histórico en la concepción que tenemos de nuestros artefactos no es algo aislado, sino que constituye un cambio verdaderamente epocal. Que los artefactos individuales hayan dejado de ser herramientas y se hayan convertido en integrantes de un entorno más grande que son los sistemas implica mutaciones profundas en la manera en que concebimos nuestra corporalidad material y nuestra identidad personal. Los sistemas digitales inducen un prolongado proceso de desencarnación de la vida y de las relaciones personales o, como lo llamó el propio Illich, una *pérdida de los sentidos*. Al convertirse la computadora en la imagen primordial de la era, los seres humanos comienzan a concebirse a sí mismos en términos numéricos. El cuerpo individual se percibe como un “subsistema autoinmune” y la salud como la regulación de ese subsistema en sus interacciones con el sistema global planetario. Es de hecho en la pantalla de la computadora donde se puede decir que culmina este proceso, pues la pantalla representa la desmaterialización del yo, del cuerpo y de los sentidos, porque la mirada, en vez de posarse en un objeto concreto del mundo o en los ojos de otros ser humano, se degrada en el consumo de esos simulacros virtuales que son las imágenes digitales.

El análisis de Robert sobre el pensamiento de Illich ofrece una de sus principales aportaciones cuando introduce el concepto de *histéresis* —la continuidad de algo más allá de su desaparición— para comprender la persistencia de la noción de herramienta, propio de la edad de la instrumentalidad, más allá del fin de esta era histórica. En plena edad de los sistemas se sigue pensando en una computadora como una herramienta, cuando, recuerda Robert, “una computadora no representa, no puede ser la imagen de una herramienta y no es tampoco una herramienta” (Robert 34). El fin de la edad instrumental representa una crisis particular porque “ninguna decisión pensable puede sobrepasarla y darle fin”; se trata de una “crisis ‘sin posibilidad de decisión’, que nos mantiene en un ‘aquí sin más allá’ (*Hüben ohne Drüben*)” (Robert 2022).

Bibliografía

Robert, Jean. *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*. Ítaca Editorial, 2022.

Semblanza

Humberto Beck. (Monterrey, México, 1980) es historiador, ensayista y editor. Estudió relaciones internacionales en El Colegio de México y un doctorado en historia intelectual europea en la Universidad de Princeton; fue investigador postdoctoral en el Kilachand Honors College de la Universidad de Boston. Ha trabajado como editor en línea de *Letras Libres* y fue fundador y codirector editorial de *Horizontal*. Es autor de *Otra modernidad es posible: el pensamiento de Iván Illich* y *The Moment of Rupture: Historical Consciousness in Interwar German Thought*, University of Pennsylvania Press.

Vivir la crítica a la Modernidad: leyendo a Iván Illich a través de Jean Robert

Márgara Millán

¿Cuál es esa ciencia que la quiromántica predice a Illich adolescente que inventará? Esa imagen nos propone Jean Robert en la introducción de este libro imprescindible: *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*, para adentrarnos al universo crítico de Iván Illich, que es en realidad el universo de un diálogo sostenido por décadas entre estos dos pensadores⁵. La respuesta a cuál es esa ciencia que ambos autores, y una serie más de personas que participan en la conversación, están inventando, Jean Robert nos dice: es la que investiga en “los axiomas subyacentes a los teoremas sociales, en la topología de la modernidad tardía, de la somática histórica, en la historia de la mirada, en la historia social de la cultura alfabética” (Robert 2022).

Quiero resaltar la metáfora que se desprende de la portada: dos miradas vivaces y agudas, que parecen encontrarse, dos manos entrelazadas. Nos acercamos en este libro a una peculiar forma de conversar. Nos dice Jean Robert que para Illich las conversaciones son el lugar de la emergencia del pensamiento. Nadie piensa solo. Lo hacemos siempre con y contra otras voces. Es así que en los siete capítulos que conforman este libro, aparecen distintas conversaciones que van nutriendo las preocupaciones sobre la mirada, el cuerpo, el género. Ambos pensadores estuvieron siempre en diálogo con otras voces críticas, compartiendo un terreno común,

⁵ Me parece que ambos, Jean Robert e Iván Illich, se identifican más con ser pensadores que autores. Encuentro en ello un gesto crítico también al devenir moderno del pensar.

llo de lo que hoy denominaríamos interdisciplina. Así, nos pregunta Jean Robert sobre Iván Illich: ¿sociólogo, economista, historiador, teólogo? Pero lo mismo preguntamos sobre Jean Robert ¿Arquitecto, filósofo, antropólogo, historiador, sociólogo? Y es que ambos cultivan un saber anterior a las especialidades, a la profesionalización del conocimiento. Su intervención rechaza la posición del experto, y se asemeja a la de un sabio. Sabiduría que nos trae el pasado para comprender el presente y desmontar lo que parece obvio, haciéndolo extraño, y solo una de las soluciones posibles de la modernidad presente.

La lectura que hago del libro se sostiene en mi propia formación, la crítica de la economía política, en tanto crítica a la modernidad capitalista; el feminismo crítico y descolonial. Encuentro diálogos y resonancias entre la teoría crítica de la escuela de Frankfurt, la llamada escuela de Budapest, y la escuela de Cuernavaca. Vasos comunicantes donde se desarrolla la crítica a la modernidad capitalista, se insiste en la politicidad de la sociedad “de abajo”, se critica la institucionalización de la política, y singularmente en la obra de Illich, se piensa el género.

Asumiendo la idea de dos épocas en el pensamiento de Illich, la primera de sus escritos de la década de los 60 y 70, y la segunda de los 80 y 90, Jean Robert nos propone entender ambas fases en su continuidad, una continuidad crítica que atestigua las transformaciones que le son contemporáneas. Transformaciones que podemos enunciar como de la época de las herramientas a la de los sistemas. Es pertinente subrayar como lo hace Jean Robert que en aquellos años Illich pensaba en la posibilidad de la herramienta convivencial, opuesta a la herramienta industrial, en el sentido en que la heteronomía (sumisión a la ley del otro) se opone a la autonomía.

A partir de los años 90, para Robert, Illich se dio cuenta del “...deslizamiento de esta mentalidad (moderna) hacia un pensamiento sistémico en el que, en medio de las devastaciones simbólicas que lo afectan, ya no hay lugar para ninguna visión “apocalíptica”, es decir, reveladora: todo es normal, terriblemente normal, hasta el horror” (28). Y ello pone en cuestión, de forma más aguda, la posibilidad de la autonomía, haciendo crecer el dominio heteronómico. Y justamente, cuando la condición heteronómica se asume como “normal”, es urgente el proyecto de visibilizar la topología mental de la modernidad, ese ejercicio sustantivo sin el cuál ninguna crítica que nos lleve a construir una otredad es posible. Y ello tiene que ver con cómo entendemos la historia, como historizamos el mundo y que esperamos, o dicho de otra forma, donde ponemos la esperanza.

El libro abre una serie de derivas. Como una madeja de múltiples hilos de colores diversos dispuestos a estirarse. Jalaré solo dos de ellos. La idea del “desencrustamiento” del mundo, y la del género vernáculo. Ambos hilos se tejen en conjunto.

Centrar la mirada en la sociedad industrial, en su *ethos* y lo que este hace en todos los ámbitos sociales me parece que es el horizonte crítico que impulsan Illich y Robert. El *ethos* industrial es “un andar en el que cada nuevo paso requiere de una nueva renuncia a (mi) la autonomía” (36). Comprender de esta forma a la sociedad industrial escapa a la mayoría del pensamiento de “izquierdas”, históricamente y hasta nuestros días. Y ello es así justamente porque la idea del desarrollo industrial, la conformación del mercado de masas, son axiomas de la modernidad muy difícilmente cuestionados. Desde la mirada crítica de las manos entrelazadas de Jean Robert e Iván Illich, la historia del desarrollo es una historia de las pérdidas. Pérdida de saberes, de haceres, de percepciones. Pérdida de autonomía.

Por otro lado, nos advierte Jean Robert, cómo Illich observa en el devenir de la Iglesia como institución un modelo del devenir de todas las instituciones modernas. Illich reprueba el gesto colonial desarrollista de las misiones eclesiales, frente a la riqueza no reconocida de las culturas locales. Esta crítica es sustantiva por supuesto no solo para la Iglesia, sino para toda misión desarrollista y sus instituciones, que bien pueden ser el estado, la escuela, pero también las izquierdas desarrollistas, los feminismos con esa misión.

Esta crítica a la sociedad industrial me parece, pasa por el momento donde la herramienta puede ser reconvertida en una herramienta convivencial. Y ese horizonte es el que se cierra con el paso de las décadas de los 70 a los 90. A los ojos de Jean Robert, “Illich entendió que la sociedad industrial y su destino pueden ser interpretados a través de la metamorfosis de la herramienta” (Robert 2022). De dato inamovible de la historia, de repente la herramienta tiene historicidad. Aparece un objeto técnico que no es una herramienta. Y esa es la computadora, el mundo cibernético, la era digital, el objeto digital. Aparecen las investigaciones sobre el cuerpo, la mirada, las percepciones y los perceptos (el objeto tal como lo percibe el sujeto). Acá podemos encontrar un diálogo constante con la historiadora social Barbara Duden ¿Qué procesos han sido necesarios para pensar que necesito una botella de agua, en lugar de que tengo sed? Cuerpo, percepción, subjetividad, necesidad, producto, consumo, todo está puesto ahí, en esa constitución industrial de la persona.

Pero, ¿cuál es el proceso que está sosteniendo esas transformaciones? ¿De dónde venimos, como especie, atrás de lo que hoy nos parece obvio? Considerando lo obvio aquello que una vez que se instala, hace extensiva su presencia al grado de que ya no podríamos imaginarnos el mundo sin ello.

Me parece que la respuesta a esto es lo que Jean Robert denomina, buscando una traducción al español, como el *desencrustamiento del mundo*. En su lectura de Illich, este repiensa a Karl Polanyi, otro pensador transdisciplinario, economista crítico, filósofo, antropólogo, el autor de *La gran transformación*, obra seminal donde podemos ir atrás de lo que hoy se denomina economía y encontrar en la actividad que da sustento a la vida concreta el principio de todo orden social, ¿qué es aquello que la modernidad trastoca? Y la respuesta se encuentra, de forma sorpresiva, en la categoría de género. La modernidad trastoca las esferas sociales que hasta el siglo xv se entrelazaban dándole sustento a un mundo intersubjetivo, donde la reciprocidad, la complementariedad disimétrica y la vivencia integral de las distintas esferas era posible. Esas esferas se desvinculan, se instrumentalizan, se separan, y la razón moderna opera a partir de la disección, la taxonomía y la dicotomía.

La modernización, o la occidentalización del mundo, trae al orden de la segregación científica y la vivencia unidimensional del ser humano (Marcuse) la plenitud de la vida. Y ello es particularmente visible, nos dice Illich, en la transformación del género en sexo. La dualidad masculino-femenino en tanto categoría heurística está en el basamento de la sociedad humana. El concepto vernáculo de género sufre el embate de la igualitarización moderna, y contribuye al desencantamiento del mundo (Weber) al establecer las relaciones equivalenciales, bajo el paradigma del intercambio que el mercado ya imponía a las relaciones sociales.

No se podría comprender la aparición del sexo económico sin la sociedad industrial. Esa clave heurística es explorada por el feminismo en clave descolonial, es decir, por un feminismo de los márgenes, crítico a la modernidad. El género como ordenador del mundo se derruye en tanto ese mundo se disecciona en partes, y se vuelve a ordenar o totalizar a partir de la razón económica que es la reificación del valor, es decir, del capital en tanto valor que se valoriza a sí mismo. El sexo abstracto es el sexo económico que corresponde a la escasez en la sociedad industrial. Una escasez artificial, fundada en la motivación que sostiene a la sociedad industrial: las necesidades ilimitadas. "...el sueño racional de una igualdad abstracta desencadenó formas inauditas de injusticia". Las feministas con

las que Illich discutió estas propuestas creían en la modernización, y en la sociedad industrial, como el camino de la liberación de la mujer en el patriarcado. No había diálogo posible frente a estas certidumbres.

Nos dice Jean Robert que el género como la complementariedad disimétrica (relación entre cosas totalmente diferentes, aunque casi iguales) fue el paradigma histórico del concepto de *proporcionalidad*. La proporcionalidad es la luz que ilumina la posibilidad histórica —ya ocurrida en el pasado— de lo que existe antes de la “desincrustación”, antes del “deshilachamiento” de un “mundo de actividades, percepciones e ideas incrustadas unas en otras” (Robert 2022). Jean Robert evoca aquí la palabra *kosmos* en tanto *un conjunto ordenado*:

Se podría hablar de un tejido “cósmico” porque en él todo recibe su ser de algo que se encuentra enfrente, como la orilla derecha de un río solo existe porque hay otra frente a ella... Visto bajo esa luz, el camino a la modernidad es un camino hacia el “monismo”: hacia un mundo en el que las cosas ya no son lo que son en relación con una correspondencia mutuamente constitutiva... sino que llevan una existencia seccionada, separada de todo tejido cósmico. (129)

Y es en el género donde esta historia puede trazarse de forma heurística, ¿cuál es esa historia? La que nos ha llevado de lo universal concreto: el terruño, la diversidad, como principio de la naturaleza social, al universal abstracto del valor que se valoriza a sí mismo. Bolívar Echeverría (1998) planteará esta misma deriva en la contradicción valor/valor de uso, entendiendo el último como la vida concreta y cualitativa, y al valor como el “sujeto automático” que sustituye al sujeto social, y que obstruye su politicidad, es decir, su capacidad de “darse forma”, en una relación de reciprocidad e intersubjetiva con lo otro. Así, nos dice Jean Robert:

Recapitulemos: según Illich, el camino hacia la modernidad desde el siglo xv, que Polanyi resumió en la palabra *disembedding...* y que Marx entendió como el ascenso del capitalismo, puede definirse históricamente como el paso del género vernáculo al sexo económico. El género vernáculo daba una coloración femenina o masculina a cada rincón del pueblo y a cada momento del día. El sexo económico engendra, en cambio, un espacio y un tiempo indiferenciados, iguales para todos. Esta universalidad espacio-temporal coincide con la modernidad misma y vuelve obsoleta la percepción local y concreta de la realidad. La universalidad de la

sociedad industrial no podría reproducirse sin el predominio del sexo económico. (Robert 2022)

El género, en tanto existencia relacional, nos dirá la historiadora Joan W. Scott, (1996) es de naturaleza recíproca a la sociedad que lo produce, y al mismo tiempo es productora de todas las dimensiones de esa sociedad. Antropólogas como Françoise Heritière y Mary Douglas, comprenderán en el tejido de estas diferencias la base del ordenamiento del mundo, e incluso documentarán como masculino/femenino existe antes en la propia naturaleza, sus ciclos, y el cosmos, y solo como espejo en la casa, las actividades humanas, los instrumentos y el espacio. Esa consciencia, percepción, sentido, de pertenencia a un todo, es lo que la modernidad desarticula. Lo que interesa a Jean Robert, hurgando en las reflexiones de Iván Illich sobre el género, es pensar a contracorriente, cómo el patriarcado se impone y articula a través del sexo económico, mientras que en el género como cosmos encontramos complementariedades disimétricas mutuamente constitutivas entre espacios y tiempos de hombres y mujeres, nos dice, y arriesgaré a decir, entre especies, y universos vivos y más allá de la vida como presencia.

¿Cuál es el sexo económico? ¿En qué consiste? Si es la impronta de la modernidad en el género, se trataría de la reducción del género al sexo, y la construcción compulsiva de la heteronormatividad sexual. Es decir, el género en la modernidad es la educación y el mandato cultural del sexo económico, entendido como heteronormativo, igualitario, universal y abstracto. Se trata, quizá de la producción del “sexo”, y de hombres y mujeres en relación a él, en la modernidad.

Parecería que las investigaciones descoloniales como las de María Lugones (2008, 2020) para Abya Yala y de Oyèronké Oyěwùmí (1997) en África sostendrían algo similar. Habría existido un orden otro, donde hombres y mujeres no existían de la forma en que la conquista y colonización les hizo existir. Mariana Favela desarrolla este punto (2022), en el entendido de que, si bien ambas autoras citadas estarían diciendo que el género es una imposición colonial, estarían justamente hablando del género en la modernidad, y señalando que las sociedades se articulaban con un tejido distinto que no tenía central referencia al género en tanto sexo.

Lo que permanece en el fondo del asunto, me parece, y que es recuperado en el concepto de género vernáculo, es el cómo las sociedades se tejían en forma relacional con el todo que las contiene. Y esto tiene que ver con la

idea de la proporción y de la complementariedad, en contra de la reificación antropomórfica que se entroniza en la modernidad. Y me parece que existe una relación entre este “tejido cósmico” y la idea de autonomía presente en Jean Robert. La autonomía se erige en el mundo antes de su desencrustamiento. La rotura del ensamblaje propicia la dependencia y la heteronomía.

Ahora bien, para Illich, a los ojos de Jean Robert, era posible “albergar la esperanza de una “regeneración” entendida como “la emergencia de una sensibilidad renovada de esa realidad reprimida, pero siempre subterráneamente activa que es el género vernáculo.” (138) se trata, nos dice Jean Robert, de una sensibilidad capaz de captar lo que subsiste de una relación que fue “recíprocamente constitutiva”.

Me parece que esa relación subsiste hoy de múltiples maneras, desde las prácticas de los pueblos, hasta los ejercicios críticos de la economía feminista al focalizar el conflicto actual entre capital y vida, hasta en las movilizaciones de un “cuerpo común” que anuda a las mujeres que luchan y las jóvenes feministas que refieren: si tocan a una nos tocan a todas. Ese “lodo”, capaz de generar vida en común, se opone al asfalto que lo quiere silenciar. Jean Robert menciona que Giorgio Agamben, en el prólogo a la edición italiana de una selección de obras de Iván Illich, plantea que una nueva legibilidad de Illich está por venir. Esa legibilidad inició hace tiempo, en la obra de Jean Robert.

Bibliografía

- Echeverría, Bolívar. *Valor de uso y utopía*. Siglo XXI Editores, 1998.
- Favela, Mariana. *La memoria florece. Miradas feministas a la obra de Jean Robert*. Pochote Press, 2022.
- Lugones, María. “Colonialidad y género”. *Tabula Rasa*, núm. 9, 2008, pp. 73-101.
- _____. “Gender and Universality in Colonial Methodology”. *Critical Philosophy of Race*, vol. 8, núm. 1-2, 2020, pp. 25-47.
- Oyèrónké Oyèwùmí. *The Invention of Women. Making an african sense of western gender discourses*. University of Minnesota, 1997.
- Robert, Jean. *La edad de los sistemas en el pensamiento de Illich tardío*. Editorial Itaca, 2022.
- Scott, Joan W. “El género: una categoría útil para el análisis”. *Op. Cit. Revista Del Centro De Investigaciones Históricas*, núm. 14, 2002, pp 9-45.

Semblanza

Márgara Millán. Socióloga y Antropóloga Social; profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío-Jean Robert. Una celebración de la amistad

René Santoveña Arredondo

Este es un libro que no tiene desperdicio, desde el prólogo escrito por Javier Sicilia, hasta el apéndice que es el discurso de apertura realizado por el propio Jean Robert en un coloquio organizado por él mismo, en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM), para conmemorar el décimo aniversario luctuoso de Iván Illich. En efecto, al inicio del prólogo, Javier Sicilia refiere que cuando Jean Robert acudió al Centro Intercultural de Documentación (CIDOC), interesado por las discusiones organizadas por Illich en torno a los grandes debates sobre los axiomas no cuestionados de la modernidad y de la sociedad industrial, quedó atrapado por las sorprendentes y profundas reflexiones que ahí tenían lugar. Dentro de ellas, lo que más le interesó fue el concepto de la contraproductividad, a través del cual, se formula la idea de que las instituciones productoras de servicios como la escuela, la medicina y el transporte motorizado, una vez que sobrepasan determinados umbrales, se tornan contrarias a los propósitos para los que fueron instaurados.

Uno de esos fenómenos contraproductivos, en particular, el de los vehículos motorizados, fue el que capturó su atención. “Veía en él —dice Javier Sicilia— el signo ominoso de la barbarie del industrialismo y la destrucción de las culturas vernáculas” (Robert 10). A ese respecto, Jean Robert señala que durante una estancia en Ámsterdam en 1962, vio nacer un proyecto de ciudad que proponía sustituir los automóviles por bicicletas

públicas. Ese movimiento iba más allá de una simple “bicicletización” de la ciudad. “Se trataba de poner a debate el imperativo automovilístico que empezaba a trastornar las ciudades europeas, trazando a través de su tejido histórico calles de circulación rápida, circunvalaciones y anillos periféricos, en el vano esfuerzo de realizar lo imposible, es decir, aumentar la velocidad media de la circulación en las ciudades industriales (Robert 2022). Desde antes de llegar a México, al urbanista Jean Robert le quedaba claro que la planificación de las ciudades se efectuaba dando prioridad a la circulación motorizada en desmedro de la del peatón, lo cual supone una transferencia neta de privilegios de los más pobres hacia los más ricos. De ahí que, cuando en 1973 asiste a los debates del CIDOC, entendió con claridad el planteamiento illichiano, contribuyendo en lo sucesivo a su enriquecimiento. Con una concisión notable, nos expone en qué consistió la propuesta formulada desde el CIDOC, señalando que:

Illich elaboró un proyecto de estudio de las instituciones de servicios a la luz de la razón, una ‘razón’ sostenida por conceptos científicos. Su examen acucioso de las instituciones de educación, de transporte y de salud que hacen (pero no siempre) lo contrario de lo que prometen y que, por tanto, son contraproductivas. (Robert 2022).

No obstante, con tal carácter contraproductivo, dichas instituciones se instauran y arraigan en las sociedades industriales a manera de un imperativo, haciendo a sus usuarios depender de ellas progresivamente. Para los efectos de esta presentación, leí el libro dos veces. En la segunda lectura me sucedió lo que invariablemente me ocurre cuando releo un texto de Iván Illich: encuentro nuevos detalles que no había notado previamente, incluso nuevas significaciones de distintos fragmentos, provocando que me sumerja en sucesivas elaboraciones conceptuales diversas.

Aunque el título del libro sitúa su interés en el trayecto del pensamiento de Illich después del CIDOC, en realidad el trabajo recorre el conjunto de su obra, lo cual le permite a nuestro autor contextualizar y contrastar los giros, los matices, los intereses de Illich entre una y otra época de su pensamiento. Así, por ejemplo, en los 60, Illich muestra lo que las herramientas y las instituciones hacen; en los 80 y 90 lo que dicen. De ese modo, en el transcurso de los dos primeros capítulos, se expone los planteamientos e hipótesis principales formulados en el CIDOC, quiénes eran las voces participantes, así como la agudeza en el examen crítico a la modernidad y la sociedad industrial, en general, así como a la escuela, al hospital y a la industria del transporte, en particular.

El lector podrá ir constatando que uno de los factores claves en la instauración de esa sociedad industrial y el imperativo de sus herramientas, es que los seres humanos vayan perdiendo crecientemente su autonomía, cediendo a los servicios y a las mercancías el control sobre sus actividades, es decir, un dominio heterónomo sobre la vida de las mujeres y de los hombres. En relación a ello, Jean Robert enuncia, en diferentes pasajes del libro la conformación de un *ethos* industrial, respecto del cual, transcribo dos ejemplos: “(...) nada por sí mismo, ningún esfuerzo muscular productivo, todo a motor. Un mundo de alfombras movedizas y escaleras mecánicas, de puertas que se abren solas y ascensores para subir al segundo piso” (Robert 33). En el segundo ejemplo nos dice “[...] es un andar en el que cada nuevo paso requiere de una nueva renuncia a mi autonomía” (Robert 2022).

Tanto en el caso de Iván Illich como en el de Jean Robert, uno de los ejes fundamentales a través del cual se despliega el pensamiento de uno y otro, es el de la Ética, la cual a su vez, está íntimamente asociada a la autonomía. Durante la época del CIDOC, Illich no solo reveló la enorme irracionalidad de la sociedad industrial, sino que, además, mostró que para poder existir, dicha sociedad requiere destruir ilimitadamente la autonomía de los individuos. Por ello es un deber ético impedir que mi autonomía vaya siendo erosionada hasta un punto en el que pueda desaparecer. Es imperativo ser conscientes de ello, oponer resistencia y renunciar al control heterónomo sobre mi ser en todo aquello que pueda hacer o resolver por mis propios medios. Esta diada *ética-autonomía* estará presente a lo largo de todo el libro.

Uno de los componentes del método expositivo de Jean Robert es preguntarse a sí mismo y al lector, cuestiones como la siguiente:

¿Cómo, en un tiempo en el que la fe en el desarrollo aún no había sido desmentida por los hechos, un autor profundamente creyente, porque además había ejercido el ministerio, deviene filósofo crítico e historiador de las herramientas, es decir, de lo que generalmente se llaman las técnicas o la tecnología? (Robert 2022)

Responder a esta y a otras interrogantes le permite a Robert contextualizar la urdimbre de las ideas de Illich en determinada época y reconstruir los planteamientos formulados por el pensador austriaco.

En adición a lo señalado, Jean Robert nos muestra que el conjunto de la obra de Illich durante el CIDOC, es una crítica al modo de producción industrial

y a sus herramientas, que buscan un incremento productivo incesante y que no conocen límite ni medida, únicamente se guían por la lógica de la eficiencia, todo lo cual tiene efectos devastadores, porque “La herramienta fuera de escala deteriora la naturaleza, degrada las relaciones sociales e instaura una tiranía de los expertos que niega la autonomía de las personas” (Robert 2022).

Muy ligado a lo anterior, el autor señala que la economía produce en todo momento las formas de escasez requeridas para asegurar su operación. En cada ocasión en la que una actividad autónoma que satisface una necesidad es reemplazada por el consumo de una mercancía, la economía genera una nueva forma de escasez, fortaleciendo así la dependencia de las personas a los bienes y servicios industriales.

En el maravilloso recorrido que nos obsequia Jean Roberto sobre el pensamiento de Iván Illich y el suyo propio, argumenta que, tras el cierre del CIDOC, el autor de *La Convivencialidad* no dejó de indagar y reflexionar en torno a las herramientas, las instituciones y las certidumbres de la sociedad, sin embargo, hubo un giro en su perspectiva. Se dio cuenta de que la conceptualización que había sostenido sobre las herramientas las situaba como una constante universal. A inicios de los años 80 del siglo pasado, se percató de la historicidad de las herramientas, no en su forma o composición, si no en lo relativo a su noción, a su concepto. Ubicado a la luz de dicho enfoque, encuentra que en la antigua Grecia, la palabra *organon* designaba a las herramientas. En el siglo XII, en algunos escritos escolásticos, aparece un nuevo concepto de herramienta, a través del nombre de *instrumentum*. El modo de historizar de Illich distaba mucho del empleado por la mayoría de los profesionales de esta disciplina, quienes únicamente toman en cuenta los elementos del pasado que las conducen a las situaciones actuales:

En cambio Illich quiso impregnarse de los conceptos y de las percepciones de una época pasada hasta sentir que lograba —en la medida de lo posible— echar algunas raíces en ella (...) Quería ver este presente a la luz del pasado. Escogió arraigarse en la época en la que se formó el concepto de *instrumentum* ¿Qué encontró en las fuentes? Encontró los utensilios, encontró la noción de instrumentalidad [...], encontró el concepto de causa instrumental. No encontró la palabra ‘tecnología’ y raras veces la palabra *techné*. (Robert 2022)

Al definir el concepto *instrumentum* como una herramienta separada del cuerpo (a diferencia del *organon*, que se concebía como una prolongación del mismo), los filósofos escolásticos agregaron al modelo de causalidad aristotélico (material, formal, final y eficiente) un quinto tipo, la causa instrumental, que paulatinamente se convertiría en la preponderante. En esta visión escolástica, el *instrumentum* estuvo primero al servicio de intenciones divinas. En el siglo XII estas intenciones se humanizaron y a partir del siglo XIV el mundo europeo se tornó crecientemente instrumental, ideando y confeccionando herramientas para multitud de propósitos. Ya para el siglo XVI, con el colonialismo, las herramientas europeas fueron llevadas a todo el mundo, entrando en el siglo XIX a su fase industrial. En el transcurso del siglo XX, la instrumentalidad, perversamente incentivada por dos guerras mundiales y multitud de otras guerras a menor escala, corrió por una senda de invasión exorbitante del globo terráqueo, expandiéndose inconteniblemente hacia todos los ámbitos de la vida y de la sociedad, con efectos degradantes y destructivos. La mayor parte de los dispositivos o “soluciones” para remediar estropicios generados por la tecnología, resultaban más perjudiciales que los que habían originado el problema. Como una fuerza ciega irrefrenable, la instrumentalidad se fue apoderando de la lógica que gobierna a las actividades y entornos tanto de las personas como de las instituciones sociales. Bajo ese escenario, se fue generando una distorsión perturbadora, que es la de transformar los medios en fines y ubicar a la tecnología en contra del ser humano.

Iván Illich advirtió, entre finales de los setentas y principios de los ochentas del siglo pasado, la aparición de artefactos que seguían siendo denominados herramientas, pero que no correspondían a los rasgos fundamentales que las definían, no tenían un exterior, una distalidad (distancia), la cual es constitutiva de la relación entre la persona y la herramienta (razón por la que la posibilidad de ser tomada o no por el usuario que la emplea, quedaba anulada). Además de ello, no eran medios que tuvieran fines determinados con precisión. Asimismo, no siempre estaban al servicio de intenciones humanas o personales, sus intenciones parecían ser más bien *ahumanas*, es decir, caerían en el terreno de lo “sistémico”. A este tipo de artefactos a los que no podían seguirseles considerando como herramientas, Illich los denominó, precisamente, *sistemas*, los cuales, sin límites ni exterioridad, se habían transformado en un fin por sí mismos “Los sistemas dictan a quienes les sirven mandatos sin distinción entre lo real y lo simbólico, ordenan a los usuarios de los sistemas lo que son y lo que deben ser. Los sistemas ‘engullen’ a sus usuarios haciéndolos parte de sí mismos, los integran como subsistemas” (Robert 2022).

Lo que la inquisitiva mirada de un filósofo e historiador de las herramientas como la de Iván Illich estaba presenciando, era el resquebrajamiento de uno de los conceptos cardinales del occidente y del mundo occidentalizado, el de las herramientas. Los fundamentos epistemológicos del saber de esa tradición se hallaban a la deriva. A su juicio, ingresamos a una profunda crisis del paradigma instrumental, con el agravante de que, reitera Jean Robert, a diferencia del significado de la palabra griega *krisis*, que supone una decisión y un después de, la convulsión que nos envuelve no parece tener solución ni un horizonte al cual asirse. Una crisis que no encuentra una decisión es un sinsentido, es un oxímoron. A los ojos de Iván Illich, la disolución paulatina de las certidumbres en las que reposaba la cultura occidental denotaba el inicio del fin de la era instrumental. Debe suponerse que tal acontecimiento no es un episodio que ocurra de un día para otro, implica cierta duración que puede prolongarse por décadas. Nos encontramos insertos en esa transición de cuyo desenlace parecería que estamos ayunos de coordenadas de referencia.

Concomitante a lo señalado, las instituciones que proveen los servicios de educación, transporte y salud, dado su enorme tamaño, su poder ilimitado y debido a que ya no corresponden a los fines personales o comunitarios de sus usuarios, sino a una especie de dominio sistémico, comenzaron a perder las características que permitían catalogarlas como herramientas. Si algo caracterizó la obra de Iván Illich fue el espíritu autocrítico respecto a su propia obra. Durante los años ochenta y noventa del siglo pasado, advirtió que sus críticas a las instituciones estaban impregnadas de nociones *a priori*, de certidumbres no cuestionadas en su propio discurso, que requerirían reformular algunos de sus planteamientos, dotarlos de mayor precisión. Sin embargo, coincido con Jean Robert de que ello no le resta validez alguna a las elaboraciones conceptuales formuladas por Illich.

El desolador panorama trazado por el pensador austríaco, que el autor del libro que presentamos nos comparte, sobre todo en el cuarto capítulo, “Sistemas... en las cabezas”, encuentra en sus últimos tres apartados una serie de reflexiones y argumentaciones apasionantes de un Jean Robert que se resiste a darse por vencido ante la fatalidad de la era de los sistemas.

Su exposición, por otra parte, sobre *El género vernáculo* es igualmente imperdible. En dicho capítulo nos hace ver el modo de proceder de Illich al escribir un libro y nos ofrece una serie de detalles y tramas que estructuran su elaboración, las cuales desembocan en una obra que Jean Robert sintetiza así:

Iván Illich retomó de la gramática la idea de género en tanto dualidad masculino-femenino para volverla un concepto heurístico que permite capturar algo de la atmósfera de épocas en las que los momentos del día, los lugares, los modos de decir, los cantos y las danzas, las herramientas, las actitudes corporales tenían un carácter evidentemente femenino o masculino. (Robert 2022)

La espléndida narración de Robert da cuenta de las vicisitudes y contextos en los que se enmarca esta obra, uno de cuyos puntos de partida lo fue la intuición de Illich respecto a la existencia de un sólido nexo entre la escasez y la disolución de la percepción del género. Otro de los puntos de partida lo fue el libro *La gran transformación* del historiador Karl Polanyi, en el que traza el trayecto hacia la modernidad, a partir del siglo xv, como un proceso de paulatina desincrustación de esferas separadas de un tejido polimorfo. Esas esferas eran las de educación, política, ciencia pura, religión y especialmente, la economía.

Su labor fue fructífera, pero no pudo precisar la composición de ese tejido. El esfuerzo de Illich pudo determinar en qué consistía el tejido que relacionaba las cosas antes de la desvinculación progresiva descrita por Polanyi. Illich denominó como *género vernáculo* a ese multicitado tejido, entendido como una red disimétrica de correspondencias complementarias, las cuales se expresaban de manera particular en cada pueblo, tenían un arraigo territorial.

Dicha red formaba parte de las sociedades preindustriales. Con la irrupción de las sociedades industriales se da la disolución del género vernáculo, en su lugar aparecería el *sexo económico*, en el que, diferenciados únicamente por sus caracteres sexuales secundarios, hombres y mujeres son concebidos ontológicamente como iguales, es decir, el sexo económico es universal.

El libro *El género vernáculo* es, probablemente, la obra más controversial de Illich. Vale mucho la pena la manera minuciosa mediante la cual Jean Robert se encarga de explicarnos las razones de ello, las polémicas que suscitó, el cuasi juicio sumario que un sector del movimiento feminista de la Universidad de Berkeley emprendió contra Illich, durante ocho conferencias dictadas por éste, en el otoño de 1982, lo cual fue resultado de una lectura ideologizada del multicitado libro, cuyos planteamientos chocaban con los conceptos y certezas de las mentalidades progresistas de los años ochenta del siglo pasado.

El trabajo llevado a cabo por Jean Robert en torno a los últimos 20 años de vida y obra, aproximadamente, del singular intelectual que se esforzó en esclarecer los conceptos de la topología mental moderna, situado en el presente que escudriña en el espejo del pasado, termina de completarlo mediante los dos últimos capítulos y el epílogo. En ellos nos lleva, pertrechado con ese talante filológico que siempre lo caracterizó, a desmenuzar, entre otros temas, la instrumentalidad de la mirada, la somática histórica, la historia cultural del alfabeto, tanto lo que su irrupción sepultó como el peligro de su extinción y, además, las razones por las que prefirió hablar de las herramientas en lugar de técnicas o tecnología.

En cada uno de ellos, al igual que en conjunto del libro, nos muestra el sustrato epistemológico de sus planteamientos, las decisiones metodológicas involucradas en sus investigaciones, el alcance heurístico de sus conceptos, así como el giro ocurrido en torno a su profunda fe en la década de los ochenta, teniendo siempre como telón de fondo su postura ética sobre la perturbadora realidad que se precipita al vacío ante su mirada.

Es justo señalar que, en distintos pasajes de su narración, Jean Robert no se olvida de subrayar el valor que para Illich tuvo el pueblo de Ocotepéc. “Si hubiera vivido en otra parte su obra habría sido diferente” (Robert 2022). Dos de sus libros, *La Convivencialidad* y *El género vernáculo*, nutren algunos de los planteamientos que ahí se formularon.

Illich estaba firmemente convencido de que el pensamiento surge de la conversación entre amigos. El libro que ahora presentamos es resultado de tal precepto. De la amistosa interlocución real sostenida durante 30 años y de la amigable conversación imaginaria que por casi 20 años efectuó Jean Robert con Iván Illich.

La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío es un testimonio y una celebración de la amistad que uno y otro cultivaron, por cuyo intermedio Jean Robert nos ofrece un vívido retrato de un pensador excepcional, creyente profundo de la encarnación del verbo, con una sólida formación de filósofo e historiador, capaz de poner en duda y criticar no solo los axiomas que subyacen a la modernidad, sino, incluso, a algunos de sus planteamientos del CIDOC; dotado de una curiosidad extraordinaria que lo lleva a indagar, con su voracidad lectora, en una decena de idiomas y que vive con desolación, porque lo observa en su derredor, la presencia del mal, señalando como San Jerónimo, la corrupción de lo mejor es lo peor.

Bibliografía

Robert, Jean. *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*, Itaca, 2022.

Semblanza

René Santoveña Arredondo. Psicólogo jubilado de la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, en Cuernavaca, Morelos; se interesó en la Historia y en la Epistemología de la Psicología, profundizó en los planteamientos de la Psicología Genética, así como en la Psicología Social y en la educación popular. Fue docente y director de la Facultad de Psicología, secretario general, secretario académico y rector de la UAEM. Fue secretario de educación en el estado de Morelos. Ha escrito 11 capítulos para igual número de libros, así como 12 artículos en revistas científicas y de divulgación. Publicó alrededor de 60 artículos de opinión en el diario *El Regional del Sur*. Conferencista y expositor en cerca de 100 eventos académicos.

De la ética y otros atributos de Jean Robert

Alicia Dorantes

Jean Robert fue un ser humano encarnado con muchos atributos y cualidades, lo que me plantea un reto, ¿cómo empezar a escribir sobre Jean? ¿Qué atributo escoger? ¿Debo hablar del urbanista, del arquitecto, del filósofo, del filólogo, del zapatista, del activista, o del caminante? Decidí escribir estas líneas evocando y trayendo a mi memoria a un Jean Robert ético, generoso, pedagogo, conocedor practicante de la mayéutica, y enamorado de su compañera, Sylvia Marcos. A continuación, leerán las propias palabras de Jean Robert entretrejidas con la percepción de mi mirada que ,fiel a mi vocación de pintora, tratare de plasmar a modo de pinceladas impresionistas.⁶

Encuentro y mnemotécnica

El primer esbozo lo formo a partir del recuerdo de una memoria-símbolo-eco, compuesta por la memoria y el eco de las palabras de Jean en los pasillos de la facultad de arquitectura de la UAEM, memoria-eco que me acompaña y me permite tomar, como entonces, *la decisión de no sucumbir a la publicidad y comprar un automóvil negándome la posibilidad de contemplar el mundo desde la perspectiva de un peatón reacio a perder los ámbitos de comunidad* (Robert 2002).

⁶ En la pintura impresionista al acercarnos al lienzo vemos manchones, tenemos que tomar distancia para lograr la percepción de la mirada y poder ver con claridad y entender la pintura. Esto ocurre con el pensamiento de Jean, se comprende con el tiempo.

La siguiente anécdota ejemplifica mi toma consciente de esta decisión: cierto día estaba en la fila de uno de los *elefantes blancos de la economía*, como los llamaba Jean, cobrando mi cheque de profesora, cuando la voz de Jean Robert se escuchó en todo el banco, explicando a la cajera que no podía regresar, a cada rato, para que le pagaran el cheque que mostraba entre sus manos “Vengo desde Chamilpa y no tengo auto”. Le comenté a la señora que estaba a mi lado, yo tampoco tengo auto gracias a ese arquitecto que escuchamos. Tuve que explicar ampliamente mi comentario a la señora que nos miraba asombrada, tal vez ella también tomó la decisión, a partir de ese encuentro, de no comprar un auto.

La generosidad y ética de Jean Robert

Al cabo de los años el esbozo de la memoria-símbolo-eco de Jean Robert, cobra forma de recuerdo a palabra-convivencial. Durante la defensa que, como ciudadanos, decidimos emprender por los patrimonios que conformaban El Casino de la Selva. Era junio del 2001, cuando Jean y yo nos reunimos en la universidad La Salle, para platicar sobre lo que sería conveniente enunciar, como mesa de arquitectura y urbanismo, en la presentación ante la sociedad de Cuernavaca, de la Asociación Civil Promotora de las Artes. Como parte del Consejo para la Cultura y las Artes en Morelos, (CCCAM); en esa reunión, planeamos nuestra proposición. Jean me interpeló con voz de trueno, que acompañaba su carácter ethikos, su forma de vivir o encarnar humano: “¿Cuál es el beneficio que pretendes encontrar al colaborar con el CCCAM?, ¿un puesto político? ¿trabajo en el gobierno? De ser así no cuentas conmigo”. Una vez que pase, esta especie de prueba, exitosamente. Explicándole a Jean que creía en la utilización de la cultura y en la defensa del patrimonio como parte de un servicio ciudadano; Jean planteó lo que deseaba presentar en la mesa de urbanismo y arquitectura del CCCAM, en el centro cultural “La Batuta”. Describió con sapiencia su idea *como cada ciudadano debe hacerse responsable de su propia mugre*. Como urbanista de la diversidad planteaba esto en pequeña escala, en ámbitos de comunidad, por cuadra, fomentando la recolección de basura y reciclaje: baños secos, captación de agua de lluvia, enramados. Después de exponer su propuesta me preguntó: *¿Qué deseas aportar tú?*, contesté mostrándole un artículo en una revista de Morelos: *Defender el Casino de la Selva*. Preguntó: *¿Qué ocurre con el Casino de la Selva?* Atropelladamente le comenté lo que sabía: *Una tienda enorme llamada Costco ha comprado el predio*, y narré que había investigado sobre la tienda que vendían de todo, hasta llantas para autos,

Jean Robert dijo: *Vamos a ver el predio del Casino de la Selva*. Apresurados subimos a un camión para observar desde un restaurante cercano. Una hora después, José de Villa dueño del restaurante, nos invitó a sentarnos y nos ofreció una taza de café, para decirnos que no podía dejarnos entrar por la puerta que conducía del restaurante, al predio del Casino de la Selva, por *-Ser propiedad privada-*, Jean tranquilamente se sentó y con su sapientia y forma pedagógica de enseñar nos introdujo, a Pepe y a mí, en el mundo del urbanismo. Nos ilustró sobre los impactos urbanos y económicos que ocurrirían con la destrucción del ex hotel Casino de la Selva, definiendo el barrio de Gualupita como topocosmos, el verdadero centro de Cuernavaca, y un lugar que representaba los ámbitos de comunidad de Cuernavaca. Debo decir que, platicando con el dueño, amigo personal del restaurante, y escuchando a Jean aprendí más de urbanismo, que en todo el año que cursé esa materia, como estudiante de arquitectura de la UAEM.

Jean en forma socrática me preguntó, qué podía añadir a un posible texto de denuncia, contesté:

Hablar de salvar de la arquitectura de Candela, que en la facultad de arquitectura de la UAEM, nos habían enseñado como sagrada, y quiero, dar clases presenciales de arte: arquitectura, hablar a mis alumnos sobre la iconografía e iconología de los murales de: Joseph de Renau y José Reyes Meza (que describen la historia de España y México), de la zona arqueológica de Gualupita, lugar en dónde empezaba el semestre de mis clases de historia de Morelos”. Sobre todo, sonaba en mi mente la petición de una exalumna de La Salle quien me había planteado: “Maestra qué va a hacer ante la posible destrucción de los Murales descritos en su clase” (pregunta que no podía obviar por mi juramento de historiadora de arte).

Jean redactó un texto y lo tituló *S.O.S. por el Casino de la Selva*, lo firmó: Juan Robert y Alicia Dorantes. Me sorprendió gratamente que me diera crédito. Jean siempre mencionó que los dos propusimos la defensa del Casino de la Selva. Muestra de su generosidad, de capacidad de reconocer al otro, de la otredad de Levinas. Años después leyendo la propuesta “Convivencial” en la obra de Iván Illich (2019), entendí en toda su dimensión el respeto al otro y la amistad convivencial de Jean.

El fruto de la reunión fue proponer la defensa del Casino de la Selva, lo que emprendimos, a sugerencia de Jean, después que visitamos el lugar desde espacios anexos. Se escribió un manifiesto, Jean me sugirió llevar una

bitácora de los hechos y me instruyó en el entrenamiento, en la mnemotecnia (Illich 43). Como arquitecta e historiadora de arte, mi principal preocupación era evitar la pérdida de la memoria artística que da sentido de pertenencia y arraigo a los mexicanos, al impedir la destrucción del patrimonio artístico conformado por los murales de: Josep Renau, Reyes Meza, Jorge Flores, Icaza y Meseguer, entre otras obras pictóricas; también la arquitectónica obra de Candela y Jesús Martí y el tesoro arqueológico en Gualupita.

Al escuchar a Jean empecé a vislumbrar los demás patrimonios que formaban parte del Casino de la Selva: tanto económico, ecológico y urbano. Entendí, como más tarde comprendieron los ciudadanos, que formaron parte de la lucha del Casino, la visión urbana de Jean Robert:

La destrucción del Casino de la Selva impactaría toda la ciudad de Cuernavaca:

Los lugareños de Morelos debemos levantar nuestras voces para evitar que se cambien los usos del suelo en forma arbitraria, atropellando nuestra memoria colectiva.

Un lugar es lo que es, es decir único, por las huellas de tiempos pasados, por la convivencia de los vivos con la memoria de los muertos. Los ciudadanos de Cuernavaca deseamos que nuestros hijos tengan arraigo en su ciudad, en su valle, en su estado; que ellos tengan también el derecho a reconocer las huellas que nosotros mismos dejamos; que puedan acceder a la historia para enriquecer su futuro. Un lugar es lo que es, es decir único, por las huellas de tiempos pasados, por la convivencia de los vivos con la memoria de los muertos. Los ciudadanos de Cuernavaca deseamos que nuestros hijos tengan arraigo en su ciudad, en su valle, en su estado; que ellos tengan también el derecho a reconocer las huellas que nosotros mismos dejamos; que puedan acceder a la historia para enriquecer su futuro. (Robert 2002)

VISIO INTELLECTUALIS

La generosidad y ética de Jean se reveló a la comunidad de Cuernavaca, cuando sus palabras *visio intellectualis*, que ven más allá de las realidades humanas, nos recordó:

Que como ciudadanos tenemos la facultad legal y política y la obligación moral y cívica de cuidar nuestros patrimonios naturales y culturales, particularmente cuando las autoridades directamente responsables no son capaces de protegerlos de la barbarie mercantil. La transición política solo nos conducirá a una auténtica democracia bajo dos condiciones.

1. Los ciudadanos debemos ocupar los espacios de incidencia en lo político.
2. Debemos regenerar en nuestros gobernantes las virtudes públicas de una auténtica acción política: la que se ocupa del bien común. (Robert 2002)

Palabras, que en el 2001 fueron apropiadas por *El Consejo Ciudadano para la Cultura y las Artes en Morelos*, y con ellas como bandera se inició la campaña a favor de la preservación de los Patrimonios que conformaban El Casino de la Selva. Campaña que en escasos quince días derivó en la conformación del Frente Cívico pro Defensa del Casino de la Selva, como respuesta al “legal” argumento de las autoridades competentes, de no poder hacer nada, para preservar El Casino de la Selva, por tratarse de una propiedad privada.

El “Frente Cívico pro Defensa del Casino de la Selva” estaba compuesto por organizaciones y ciudadanos dispuestos a levantar la voz y defender con argumentos legales los patrimonios conformados por el Casino de La Selva; atrás estaban las ideas de Jean:

La proliferación de las llamadas “grandes superficies de venta”, es un signo más de una profunda derrota cultural y de una entrega sin retorno de nuestras aspiraciones y derechos a los poderes económicos. Más que un signo de “modernidad”, la invasión de nuestra ciudad por supermercados y gasolineras es un atropello al derecho de la gente. (Robert 2002)

Las palabras de Jean Robert permitieron la defensa de El Casino de la Selva con el nacimiento de una *Coalición Ciudadana por la Defensa de los Patrimonios Artísticos, Culturales, Ecológicos, Económicos y Arqueológicos*, en Cuernavaca y el estado de Morelos, reuniéndonos en Cuernavaca, los días 21 y 22 de septiembre 2001 en el Primer Foro contra el Despotismo Mercantil y por la Iniciativa Ciudadana, emitiendo como resultado un comunicado conjunto:

Pensamos que debemos oponernos a la hegemonía de la dualidad privado-público, y que debe importarnos luchar para recobrar el sentido de los “ámbitos de comunidad” que, estrictamente hablando, no son ni públicos ni privados, sino de uso comunitario (“*usi civici*” dirían los italianos). Consideramos que la reivindicación de los “usos y costumbres” debe llegar a influir en el espíritu de nuestras leyes. Bajo la vigilancia del soberano (es decir de la ciudadanía), los ediles deben elaborar reglamentos que impongan gravámenes, es decir guías prescriptivas de uso del suelo a los propietarios de predios privados. La limitación legal de la libre disposición de las propiedades urbanas es la esencia del urbanismo. En este sentido, es legítimo imaginar que podemos encargar a nuestros ediles la elaboración de reglamentos que regulen el uso futuro de las propiedades del Cuernavaca. Desde luego, esta reglamentación debe ser sostenida por la reflexión ciudadana respecto al estilo, forma, calidad de las obras por edificar, densidad de la ocupación del suelo, proporción de áreas verdes, uso de las futuras construcciones y planeación de la diversidad. Urge atraer la atención de nuestros ediles sobre el peligro que entraña el “monocultivo urbano”, es decir, la destrucción de la diversidad y de las relaciones de soporte mutuo. Recordemos que “el monocultivo urbano” o “urbanismo mono funcional” es tan destructor de la ecología de las ciudades, como el monocultivo practicado por los “agrobusiness” lo es para el entorno natural. Pensamos que debemos oponernos a la hegemonía de la dualidad privado-público, y que debe importarnos luchar para recobrar el sentido de los “ámbitos de comunidad” que, estrictamente hablando, no son ni públicos ni privados, sino de uso comunitario (*usi civici* dirían los italianos). Consideramos que la reivindicación de los “usos y costumbres” debe llegar a influir el espíritu de nuestras leyes. Debemos rescatar el derecho imprescindible del pueblo a vivir en sus propias huellas y cultivar su memoria para que ésta sea transmitida a las nuevas generaciones. Esta transmisión es el meollo de la tradición. (Robert 2002)

Mi memoria-palabra-convivencial, quedaría incompleta si no evoco a Jean Robert, en sus propias palabras, y jugando con el tiempo-espacio las cito:

El Casino de la Selva era un patrimonio de los cuernavacenses en estos dos sentidos de la palabra “patrimonio” Por patrimonios entendemos:

I. Bienes tangibles, frecuentemente dotados de un valor comercial (valor predial o catastral, valor de colección, etc.) que por razones históricas o naturales han llegado a hacer parte íntima de nuestro espacio vital y de nuestras memorias colectivas como bosques, manantiales, monumentos, colecciones de obras de arte, mercados, bienes comunales.

II. Las relaciones que tenemos con ellos y que, por ser parte de nuestra identidad, consideramos in-enajenables, no negociables y no sustituibles por ningún simulacro en caso de ser destruidas. A este sentido irreductible a toda lógica de equivalencia, sustitución o compensación responden los ámbitos de comunidad, las calles y los barrios, los usos y costumbres, maneras de vestir, de hablar o de comer. La gastronomía local es eminentemente un patrimonio insustituible por las imitaciones enlatadas que ofrecen las megatiendas. En este sentido, defender a nuestros patrimonios es reivindicar una manera de vivir y una forma de ser o de sus patrimonios y es tiempo de proclamar que la Constitución lo reconoce y lo instituye como tal. (Robert 2002)

Casas ciudadanas

Quedaría incompleta mi memoria-palabra-convivencial de Jean Robert, en cuanto a la protección del patrimonio de Cuernavaca, si no mencionara las palabras que le escuché al empezar la defensa de nuestra ciudad de Cuernavaca, y a las que me uno, como entonces:

Hay que exigir que se publicite cualquier proyecto de obra que tenga impacto sobre nuestro ámbito urbano. La destrucción de las memorias, de nuestras huellas, es un atentado contra las tradiciones, y una colonización del porvenir.

Urge crear casas ciudadanas y, en ellas, exposiciones sobre las ciudades en todas aquellas que los Grandes Negadores de la Historia de la Ciudad amenazan. (Robert 2020)

Al concretarse la devastación del predio del Casino de la Selva, desapareció una de las últimas raíces de Morelos con su patrimonio artístico, arquitectónico, ecológico, arqueológico y urbano, en conclusión, estos

patrimonios conformaban un todo entrelazado, que Jean Robert señalaba como un topocosmos. Al destruirlo nos destruimos, esta sentencia es maravillosamente ejemplificada por Jean Robert:

Cabe preguntarse cuál sería el efecto de una crítica del sincretismo sobre las fantasías de los urbanistas que pretenden construir “ciudades nuevas” yuxtaponiendo funciones, negando relaciones de soporte mutuo que paulatinamente tejen los comerciantes populares, la autonomía creativa de los barrios, la generosidad de las fiestas populares, el derecho al pueblo a su propia mugre y el hecho de que Cuernavaca— por dar un ejemplo- fue una federación de pueblos y barrios dotados de la autonomía cultural que les brindaba su naturaleza topocósmica o lugares en un cosmos, antes de su destrucción por Costko y Megakom. (Robert 2020)

Pretendo llamar la atención de los ciudadanos para que sepan lo importante que es proteger su patrimonio, conocer los proyectos que tienen impacto en la ciudad y en Morelos, como plantea Jean Robert, crear una “casa ciudadana” en Cuernavaca.

Mayéutica y Ética de la Mirada

Otra evocación de la gran generosidad y forma de enseñar de Jean Robert lo situó en el 2012, cuando organizamos un evento para recordar a Iván Illich a los 10 años de su muerte. Jean me preparó, un año antes, para que pudiera presentar, como parte del programa, una plática sobre la historia de la Mirada. Me proporcionó los documentos publicados de Iván Illich de Barbara Duden, y de él. Con capacidad de pedagogo me hizo reflexionar sobre la ética de la mirada mientras recorríamos, cada semana, a pie el trayecto para llegar al Círculo de lectores de Iván Illich, y con su mayéutica, me llevaba hacia la introversión del tema, partiendo de preguntar: ¿Qué pensaba de la historia de la mirada? De los regímenes *escópicos* griegos, el *régimen clásico* o edad de la mirada radiante, medievales el *régimen escolástico* o época del objeto radiante, hasta devenir en la función de la mirada en el arte renacentista tercer régimen *escópico: la unión de la imagen y de la mirada* (Robert 2004).

Las estimulaciones visuales de la época digital” ya no son imágenes” sino estímulos visuales “casi idénticos” a las imágenes que el

Renacimiento nos enseña a construir y el siglo XIX a multiplicar fotográficamente. Pero son también “interfaces” que imponen a las percepciones visuales que permiten integrarse a ellos sin fricción (Illich, Robert, Duden 2012). Para terminar con el cuestionamiento de la ética de la mirada en la actualidad.

Jean posee muchas cualidades, no me atrevería a llamarlo un hombre del Renacimiento, término que se le da a hombres como Da Vinci con muchas capacidades. Por no ser Jean un hombre de imágenes, lo percibo como quien situaba el tiempo de su mirada en la época del régimen escolástico o época del objeto radiante. Recuerdo a Jean Robert, en San Denis la catedral donde, de acuerdo a un relato de Jean, el santo Dionisio o Denis después de ser torturado y decapitado en Montmartre, caminó seis kilómetros con su cabeza bajo el brazo, y al final de su trayecto la entregó a una piadosa mujer y se desplomó en el lugar donde se edificó. En su honor, la basílica y después la catedral de Saint Denis. Después de ese relato, con sapiencia nos emociona con una explicación sobre la *anagogía*⁷ en la *longitud, latitud y altura* la catedral Gótica, y termina, haciendo referencia a sus pláticas con Illich sobre esta época escópica:

En esta época, el ojo aún no es pintor, es decir que no forma imágenes, sino que capta *species*, palabra que, en este contexto, podemos entender como universales. El régimen del objeto radiante es la época de los vitrales góticos y de las miniaturas iluminadas, que parecen irradiar su propia luz. Es la época de la mirada trascendente. (Illich, Robert, Duden 2012)⁸

Finalmente, la enseñanza del amor

Un día, a la hora en que el sol cae en ángulo recto sobre Cuauhnáhuac, cuatro chicas estudiantes de la facultad de arquitectura de la UAEM, llegamos

⁷ La jerarquía celestial complementa la jerarquía terrenal en el más allá. Dionisio llama analogía (“re(con)ducción”, “reducción” en el sentido original) al doble movimiento mediante el cual se sube grado tras grado del suelo de las jerarquías terrenales al punto de su articulación con las jerarquías celestiales y luego se vuelven a recorrer los grados de la jerarquía en sentido contrario. Jesús, que participa de ambas, es el punto más alto del mundo visible y la entrada a las jerarquías celestiales de las cuales el interior de la basílica es símbolo. Cristo es el portal (Robert 2003).

⁸ Esta muy sofisticada concepción de la imagen como un portal que no sirve para informar sino para alcanzar el más allá corporalmente (Illich 2005).

a la calle de Leyva con el objetivo de conocer a la Dra. Sylvia Marcos, siguiendo las instrucciones de nuestro director de servicio social el Arq. Ernesto De Alva, quien nos consiguió una entrevista con Sylvia para que nos introdujera con las mujeres de la Colonia Barona; para hacer nuestro servicio social en esta colonia de Cuernavaca. El arquitecto De Alva planteó ante los compañeros estudiantes hombres:

Van solo las chicas estudiantes de arquitectura con la esposa de Jean Robert, la psicóloga feminista Sylvia Marcos, ella tiene relación con las mujeres de La Barona y les puede abrir el camino para que les permitan trabajar con sus esposos.

El arquitecto pensaba y nos hizo saber lo que Jean Robert definía *como un atentado contra los saberes de soporte mutuo* de los maestros de obra, albañiles, a quienes no podíamos enseñarles nada como estudiantes. Finalmente se decidió que, dibujaríamos los planos de las casas para que los llevaran al Catastro. Dicho proyecto no prosperó, porque los pobladores de la Barona concluyeron que no necesitaban legalizar sus propiedades y decidieron no anexarse al sistema.

Esperamos por Sylvia ya que estaba recibiendo a Jean quien acababa de regresar de un largo viaje. Más tarde ya en la Barona, conocí la calidad humana de Sylvia y me sorprendí gratamente cuando escuché como platicaba con una de las señoras que amablemente nos recibieron. Sylvia comentaba a la señora, que le dijo que “*ya estaba preocupada por mi esposo. La entiendo, le dijo a la señora, cuando no sabe de su marido. Yo no supe de mi Juanito por días*”. Me formé una imagen de Sylvia cálida, capaz de entender al ser humano que tenía enfrente, una Sylvia que amaba a Jean.

Mi relación de amistad fue más cercana a mi maestro Jean que a Sylvia, por la defensa del Casino de la Selva, pero debo destacar que Sylvia siempre me invitó a sus tertulias feministas y a sus celebraciones, como cuando veinte años atrás, cumplieron 30 años de casados, reuniones en las que se escuchaba la voz de trueno de Jean recitando poesías en español antiguo, y en otros idiomas a Sylvia. Se podía respirar el amor entre ellos, aún sus discusiones intelectuales terminaban con un beso y tomándose las manos.

Termino con esta anécdota: Hace unos años revisando con Jean Robert las fotos de la defensa del Casino de la Selva le mostré una foto de Sylvia y él en la plaza de armas de Cuernavaca, tomada en una de las marchas

después de la represión, y le comenté “¡qué guapa Sylvia ...debió ser una belleza cuando la conociste de joven” ¡Jean me contestó con su voz de trueno “¡Cada día es más bella, cada día que pasa es más bella!”

Agradezco a Sylvia y a Jean su enseñanza de vida.

Bibliografía

- Illich, Iván. *En viñedo del texto*, FCE, 2004.
- ____ *Los ríos al norte del Futuro, conversaciones con David Cayley*. Ediciones Alios Ventos México, 2019.
- Robert, Jean. *Los Patrimonios del Casino de la Selva “Elefantes blancos”*, ponencia del 21 de septiembre 2001 en el Primer Foro contra el Despotismo Mercantil y por la Iniciativa Ciudadana.
- ____ “Nuevas preguntas sobre arte y arquitectura 2003”. *Revista Ictus. Espíritu y Cultura*, núm. 37, 2003.
- ____ *La guarda del ojo en la época del show*, <http://habitat.aq.upm.es/boletín/n35/ajrob3.html>, Cuernavaca, Morelos, 2004.
- ____ *La destrucción de la “capacidad de hacer ciudad” (hacia una “sintaxis” del urbanismo popular)*, 2004.
- ____ “El retorno de Caín, Reflexiones sobre los orígenes y la muerte de las ciudades”. *UNIdiversidad Revista de pensamiento y Cultura de la BUAP* vol. 9, núm. 36, 2020.
- ____ *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*. Ediciones Itaca, 2022.
- Robert, Jean y Alicia Dorantes. “S.O.S. por el Casino de la Selva, para salvaguardar lo que debe ser salvaguardado, coordinadores de la mesa de Arquitectura Consejo Ciudadano para la Cultura Y las Artes en Morelos, A.C. (CCCAM)”. *La jornada Morelos*, 1 de julio 2001.

Semblanza

María Alicia Dorantes Camacho. Licenciada en Historia del Arte (ICS), con maestría y doctorado en Historia del Arte en el Colegio de Morelos (COLMOR). Estudió en la Facultad de Arquitectura de la UAEM, en Cuernavaca, Morelos. Coordinadora con la Dra. Sylvia Marcos del Seminario de Lectores de Jean Robert. Miembro del Círculo de lectura de

Iván Illich en Cuernavaca. Organizó con Jean Robert el Coloquio “Iván Illich *La Convivencialidad en la Época de los Sistemas*”, en diciembre de 2007 en la Universidad La Salle y la UAEM; organizadora y ponente en el III Encuentro Intercultural Humanismo Radical. *Iván Illich a diez años de su muerte* el 15 de diciembre de 2012, entre la Universidad La Salle, UAEM y el CIDHEM. Presidenta de la Sociedad de Amigos del Museo Cuauhnáhuac, 2015-2017. Miembro de la Cátedra Intercultural *Carlos Montemayor*, CIDHEM-COLMOR. Miembro fundadora del Consejo Ciudadano para la Cultura y las Artes en Morelos CCCAM 2000 y de El Frente Cívico Prodefensa del Casino de la Selva A.C., 2001. Ha impartido clases en la Facultad de Arquitectura de la UAEM, Universidad La Salle Cuernavaca, Universidad del Sol, Colegio Americano e Instituto Botticelli. Ha escrito en el libro *En el umbral del urbanismo*, UAEM-Universidad La Salle Cuernavaca en junio del 2007; en la Jornada Morelos; periódico Opción y el la revista Guía Cuernavaca.

Se sumó al Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad desde el primer día de ofrenda a las víctimas de la violencia frente al Palacio de Gobierno de Morelos.

Para Jean Robert. Prolífico intérprete de palabras

Armando Villegas Contreras

*...pero ahora nombrará los que más ama, / ahora, ahora
por ello las palabras brotarán como flores*

Hölderlin. *Pan y vino*

I

No sé por qué en algún momento relacioné este verso de Hölderlin con el pensamiento de Jean Robert. Lo visitamos en la universidad La Salle, para entrevistarle y preguntarle su opinión sobre el cambio de uso de suelo en Cuernavaca. Preparábamos, en ese momento, Pablo Gleason, Víctor Hugo Sánchez y yo mismo un documental sobre la mancha urbana en Cuernavaca.⁹ Nos recibió de manera extraordinaria y nos compartió sus ideas sobre el comportamiento del crecimiento de la ciudad.

Se apoderó de las clases dirigentes, la idea de que cruzar mediante puentes las barrancas accidentadas de Cuernavaca, podría sobrevalorar los terrenos de la periferia. Lo cito de memoria “El precio de un predio se mide por el tiempo que uno tarda en recorrer el lugar en que se encuentra hasta

⁹ El documental fue publicado con el título *Ejidotes Urbanizados de Cuernavaca*. Se puede consultar en Youtube. Está dedicado a Jean Robert y sus ideas nos ayudaron de manera determinante a construir el guion.

los centros de mayor actividad económica”. Los puentes, decía, facilitan disminuir el recorrido de los fraccionamientos de la periferia hacia el centro de la ciudad que era el lugar de más concentración económica, todavía en 2005. Sin embargo, meditando, como era, pensaba que eso estaba cambiando, las planchas comerciales, los supermercados estaban creciendo y la periferia ya no tenía tanto interés respecto al viejo centro. El consumo se había extendido a los lugares en los que se hacían los fraccionamientos. El proceso de fraccionar ejidos para vivienda en Cuernavaca data de muchos años antes. Quizá desde el momento en que se empezó a fraccionar el pueblo de Ahuatepec, según narra Elena Garro en su historia de Ahuatepec. Los años 50 del siglo pasado.¹⁰

Y entonces habló Jean Robert de Sir Patrick Geddes, un urbanista que concibió el crecimiento de las ciudades como un cáncer, un tejido que crece homogéneo y que destruye las diferencias entre las comunidades. “Eso está pasando, pensó”. En palabras de Geddes, Cuernavaca vivía un proceso de conurbación. La actividad económica de esos centros de consumo destruye las relaciones de soporte mutuo que todavía, antes de la llegada de esas planchas, solventaban las comunidades de Cuernavaca, compuesta por ejidos y tierras comunales. Esa destrucción, modernidad la llaman, fue el desvelo de Jean Robert. ¿Cómo es posible que un campesino de Chamilpa u Ocoatepec se vea tan apremiado por la mancha urbana que consume su historia? Un momento de peligro, decía Walter Benjamin ¿Es eso algo bueno? ¿Tiene algún criterio ético? ¿Es una opción? ¿Es mejor esto, que aquello?

Jean Robert nunca dudó que las valoraciones debían ser dejadas de lado, analizar el fenómeno y sus consecuencias eran más importantes. Otra vez, lo encontré en la calle de Humboldt, caminando como siempre. Muy cercano al movimiento que él bautizó como 21 de agosto, en 2001, cuando la marcha multitudinaria de miles de personas en Morelos, nos pronunciábamos en contra de la destrucción del Casino de la Selva y luego de que el gobierno de Estrada Cajigal había desalojado el plantón que sostenía el Frente Cívico en defensa del Casino de la Selva. Le pregunté, “Jean, ¿qué haremos?”. Y me dijo. “No sé, las palabras de un intelectual desprofesionalizado tienen sus límites”. Claro, no solo las palabras de un intelectual desprofesionalizado sino de todos los intelectuales en general. Ese reconocimiento, para alguien que en ese momento estudiaba filosofía y que creía que el pensamiento no tenía límites, me hizo pensar en lo que Jean

¹⁰ Como narra la autora, estos fraccionamientos no se construyeron sin sangre. El despojo de los terrenos de Ahuatepec implicó el asesinato de comuneros.

Robert más amaba: las palabras. Innumerables veces coincidimos todas y todos con él y nos enseñó a quererlo y por él, al menos en mi caso, a querer a Iván Illich. A laicos, a ilustrados, a jóvenes, a profesores, incluso a los universitarios que renuentes a la *desescolarización* no supimos dialogar con él. Debo decirlo. Ni con Jean Robert ni con Iván Illich, al menos aquí, en donde se incorpora, se encarna dirían ellos, nuestra vida. Pero tengo la esperanza de que Jean, esté nombrando lo que más ama.

II

Así interpretó Jean Robert el pensamiento de Iván Illich. Ello que se refleja en el libro *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*. Documento inteligente, ameno, dialógico.

A través de tres palabras: órgano, herramienta y sistema, Jean Robert no solo lee a Iván Illich, sino que le hace preguntas y convive con él. La tesis de Illich es que estamos en la era de los sistemas porque hemos dejado la era de la sociedad industrial. Dice Jean Robert:

Resumamos: este libro trata de presentar las ideas de Iván Illich sobre aquellos objetos que el lenguaje común aún llama “herramientas”, pero para los cuales los estudiosos académicos han inventado categorías más prestigiosas: la Técnica y (bajo las influencias de un término americano) la tecnología. (Robert 2022)

Siempre es cuestión de palabras. Tal como Foucault hablaba de episteme, un tema de época, Jean Robert encuentra en Illich a un autor que introduce el tema de la tecnología como algo que determina el “estilo de pensamiento” (Fleck) de nuestra época. Así las cosas, la palabra “tecnología” solo refiere un logos, un discurso sobre la técnica, sobre los procedimientos, sobre el arte o los artificios para realizar algo. Pero estamos seducidos por la tecnología como instrumentos que nos ayudan a realizar actividades y no como la teoría sobre los procedimientos. Por eso es importante clarificar la confusión e introducir la distinción entre órgano, herramienta y sistema. Y es que definitivamente si aislamos en términos históricos el concepto de *organon* nos daremos cuenta que:

La palabra griega *organon*, designaba la herramienta. El martillo era un organon como también lo era la mano que sostenía el martillo, mientras que a ella se le calificaba como órgano de todos los órganos. Se definía como organon todo lo que ayudaba a un ser a

definir su esencia (Gronemeyer: 2012102-111) Llamamos herramienta orgánica al artefacto definido de esa manera. Cualquier herramienta orgánica era apropiada para una mano particular, el hacha a la mano campesina, la espada a la mano de un hombre libre. (Robert 2022)

La coimplicación del órgano y el cuerpo humano asume la particularidad de ambos, el órgano como extensión del cuerpo, el acoplamiento, el ensamblaje entre una parte y otra da cierta continuidad en el uso. Incluso si sostenemos que la mano es órgano de órganos estamos dando continuidad entre el cuerpo y el objeto. Esta particularidad, como veremos, nada tiene que ver con lo que modernamente llamamos tecnología. Suelen decir los historiadores de la tecnología que hay grados de desarrollo de la técnica y que el martillo es una tecnología que luego se irá perfeccionando con el paso del tiempo. Nada más extraño a estas reflexiones.

Illich no quiso contar la mutación por la que actualmente pasa la civilización que ha llenado el mundo de herramientas como lo hacen generalmente los historiadores de la tecnología [...] su perspectiva histórica es generalmente retroactiva: tienden a tomar en consideración solamente los elementos del pasado que han desembocado en situaciones presentes [...] En cambio Illich quería ver este presente a la luz del pasado. (Robert 2022)

En esta sencilla explicación Jean Robert ilustra el método de Illich, no tratar de ver las similitudes entre lo que hoy suponemos es una herramienta y lo que en el pasado se pensó como tal. Antes bien, ver las referencias sobre las cuales descansa el uso de una palabra en una época determinada. Y cómo ha cambiado. Algo que en otra jerga podría llamarse genealogía. Este énfasis implica que el análisis de las palabras y sus usos históricos es fructífero para analizar las singularidades epocales y sus consecuencias pragmáticas. Por ejemplo, el hecho de que Illich en su análisis de las épocas occidentales conocidas como clásica y medieval, jamás encontró la palabra tecnología. Un fetiche de nuestro tiempo para explicar el uso de las cosas. Lo que sí se encontraba era por un lado, en los textos de Aristóteles, la palabra *organon*. Y más tarde en la medievalidad, la palabra *instrumentum*.

En tanto *filósofo de las herramientas*, quería tomar distancia del consenso sobre lo que es verdadero en materia de tecnología, que fue fundamental hasta los años setenta. Para él la combinación de las dos palabras griegas *technè* y *logos* (tecnología) debería entenderse

en un sentido literal: un discurso (*logos*) sobre lo que los griegos llamaban *technè*, la habilidad, el arte, el artificio. (Robert 44)

En efecto, si uno lee los textos clásicos de los filósofos de Grecia como Platón o Aristóteles, hay una *technè* generalizada: técnica para la guerra, técnica para labrar, para escribir, técnica para cocinar, arte de conducir un barco, una ciudad, arte para pintar, para construir, etcétera. La técnica sería una serie de procedimientos de realización en general de las actividades humanas y no necesariamente el uso de instrumentos que se aplican a determinada área de lo sensible. Si esto es así la tecnología debería particularizarse. Un discurso sobre la tecnología de la guerra (polemología) un discurso sobre la capacidad de pintar (grafología) un discurso sobre la ciudad (polislogía) o en fin, uno sobre la escritura (gramatología). Pero para todo eso, los griegos tenían otra palabra: filosofía.

Ahora bien, derivado de estas reflexiones Jean Robert puntea algunas precauciones para analizar lo que hoy conocemos como tecnología, que no es transhistórica, sino ligada a la modernidad. Los siguientes son algunos hechos históricos:

1. Que *instrumentum*, el hecho de que el instrumento es algo que está separado del cuerpo, no es lo mismo que órgano cuya articulación con el cuerpo humano es determinante.
2. El instrumento se presenta como algo que es usado para realizar “intenciones” ya sea divinas o humanas. Instrumento de Dios, por ejemplo, o de la fe.
3. Aristóteles atribuía cuatro causas a los objetos: Formal, la idea de que está hecha una cosa; material, aquello de lo cual está hecha una cosa; eficiente, la forma en que se realiza una cosa; y final, aquello para lo que sirve un objeto. A estas cuatro causas, se agrega la causa instrumental que coincide con lo que más tarde se llamará “fuerza productiva”, esto es los objetos mismos en su capacidad de transformar el mundo. Y que incluso puede ser equiparado a “racionalidad instrumental” de la que hablaron Adorno y Horkheimer y que implica una separación entre moral, ciencia y política.
4. El instrumento se encuentra separado del cuerpo, no es más órgano. Sino que está en una relación distal. Separado del cuerpo de quien lo utiliza.

5. La herramienta o instrumento, permite analizar la relación entre la mano y el objeto mismo, teniendo la característica primordial que quien usa una herramienta, aún es capaz, libre, de decidir si lo toma o lo deja.

6. La relación instrumental aún guarda intenciones humanas, la tecnología moderna que se supone es un instrumento ya no obedece a intenciones humanas

El aspecto revelador consiste en que este análisis aparentemente sobre los objetos conduce a la ética. A las nociones de autonomía y heteronomía. Si la autonomía es una capacidad de actuar con medios propios en un contexto de límites aceptados, su contrario, la heteronomía, es una renuncia hobbesiana a ejercitar la propia libertad a favor de una supresión progresiva a todos los límites, he ahí el meollo del asunto del órgano al instrumento y luego a la era de los sistemas, en realidad hay una pérdida de autonomía paulatina. El sistema, en efecto, ya se plantea como una imposibilidad del abandono de la tecnología:

Primero celebra el declinar de la era instrumental como la posibilidad de una nueva libertad. Luego habla de la amenaza de un orden más desolado. La esperanza en la nueva posibilidad abierta por el declinar de la instrumentalidad converge con la esperanza de Jacques Ellul en un sobresalto de la libertad. La segunda cita expresa el temor de Illich de que nos encontramos en el umbral de otra historia de desarrollos, una historia en la que cualquier invención y cualquier desarrollo contribuirán a reforzar la integración de todos los dispositivos, materiales, institucionales, e intelectuales en un sistema bien lubricado, un encierro sin ventanas, sin exterioridad, sin más allá. (Robert 2022)

En este sentido, el análisis de Illich fue un pronóstico de lo que ya, en efecto, vivimos. Un mundo en el que los sistemas están en la cabeza y hay poca libertad para ver la diferencia, la alteridad, la heterogeneidad y la diversidad. Pérdida de diferencias, ingreso a una época en la que lo humano mismo está ya en cuestión. Lo interesante es el hecho de que esta explicación ingresa a la crítica de una manera histórica y describe aún hoy, la obsolescencia de lo humano, también descrita por Gunter Anders. No se trata de una nostalgia, en el caso de Jean Robert, sobre lo que se ha perdido, sino sobre lo difícil que puede ser en términos políticos la gestión de las comunidades.

Conocemos ahora, entonces, el asunto. Resumiendo, el órgano era parte del cuerpo humano, la espada estaba hecha para el guerrero, el martillo para el carpintero etc. La era instrumental, industrial, habría separado, en un movimiento de larga duración, a la mano del órgano, para dar paso a la producción del capitalismo, o como quiera que se le llame. Pero la era de los sistemas implica, a partir de hace por lo menos cuarenta años, la imposibilidad de la ética, puesto que el sistema convierte a las sociedades occidentales y occidentalizadas no en usuarios de una herramienta cualquiera, sino en parte de ellas. La autonomía cede así ante la heteronomía. Y aquí es en donde Jean Robert interviene en el apartado en el que dice que “una hipótesis debe tomarse con guante”. Frenesí por la construcción de fábricas, termoeléctricas, termonucleares, segundos pisos, unidades habitacionales, trenes mayas, etc. ¿No es eso, una producción instrumental, serial, incluso fordista, de herramienta para el progreso o el desarrollo? ¿Cómo que estamos llegando al fin de una era? Y Jean Robert, lo mismo que decía para el cambio de la mancha urbana y la proliferación de centros de consumo se pregunta: “¿Cómo decir, entonces, que la era industrial dejó de ser instrumental, que la industria se volvió postinstrumental? Yo personalmente tomo esta idea y pregunto ¿Cómo podía hablarse de una prolongación no instrumental de la era industrial, es decir, de una prolongación no fundada sobre los instrumentos en el sentido clásico?” (Robert 104). Y luego dice: “Si tuviera que argumentar con el lector podría proponerle una palabra de origen griego, la *histéresis*, retraso, que podemos definir como la persistencia de una cosa más allá de la desaparición de su causa” (Robert 2022). es decir, un eco, del cual los físicos nos pueden dar cuenta con los epifenómenos que pueden ayudar a comprender el comportamiento de las sociedades. Como sea, todo esto es para explicar las intuiciones de Jean Robert, marcas de preguntas que están situadas en este libro y que tienen resonancias en distintas problemáticas sobre el Illich que Jean Robert llama tardío y en el que el concepto de contraproductividad es un eco de sus trabajos primeros.

En otras palabras en un análisis de las temporalidades, podríamos decir que a las razones de los historiadores de pensar en procesos de larga duración, Jean Robert piensa que hay que agregar el asunto de la *histéresis*, un tipo de anacronismo en el que dos temporalidades se empalman o en otra jerga se piensa como una relación compleja por un lado, pero haciendo hacer aparecer el tiempo en temporalidades que tienen huellas y que arrasran a otras en donde algunas cosas permanecen y otras cambian. Por eso se completa el asunto de la contraproductividad con el de la era de los sistemas. Una época, un contexto, no es siempre claro ni igual a sí mismo.

III

Revisemos ahora otra cuestión que a Jean Robert le interesó en sus últimos años a cuenta del Iván Illich tardío. La cuestión de la elaboración de una heterosomática que Illich elaboró junto a Barbara Duden, la historiadora del cuerpo de las mujeres. Refiere Barbara Duden que a principios de los años ochenta, la bibliografía sobre el cuerpo era casi inexistente y que hacia finales de los años 90, del siglo pasado, era ya casi abrumadora las referencias a los textos que tratan el cuerpo. Aún hoy esa bibliografía se acrecienta cada vez más.

En los años ochenta trabajé con Iván Illich en una bibliografía anotada del tamaño de un libro, reunimos lo que se había escrito sobre la “historia del cuerpo”. Revisamos todo tipo de guías y catálogos bibliográficos e históricos, pero en ninguno de sus índices aparecía la palabra “cuerpo” como tema. Esto cambió: dos decenios después abundan los títulos registrados con el encabezado “cuerpo”. Ahora, los estudios históricos tratan sobre la configuración del cuerpo por la acción humana, por el poder, la moda, la moral, la medicina o los muebles; la literatura dirige su atención a la representación “del cuerpo” en la escultura, la pintura, la danza, el vestido y los tatuajes. (Duden 23)

Ahora bien, según mi hipótesis, el cuerpo había sido problematizado por los filósofos del siglo XIX pero en el nacimiento del pensamiento europeo moderno era un problema dejado al final. En efecto en los sistemas filosóficos la costumbre era elaborar primero una epistemología, luego una teoría práctica, moral o política, y al final, completando el sistema se elaboraba una estética. Sin embargo, el racionalismo se encontraba sin salida al pensar el problema de las sensibilidades y la mayoría de las veces se dejaba de lado o el problema de los sentidos, del cuerpo y de sus experiencias carecían de sustento teórico suficiente que se acomodara a las elaboraciones de los sistemas filosóficos. Por ello, de un problema de lo sensorial, de los sentidos, la estética derivó en una filosofía del arte. Pero el cuerpo, como tema de estudio regresó en la forma de crítica del racionalismo con el pensamiento de Nietzsche, y de los románticos. El corazón por encima de la razón, sentenciaron. Parece que Duden e Iván Illich volvieron sobre el tema luego de su desaparición, al menos en las filosofías más importantes del siglo XX. Lo importante de la lectura de Jean Robert es que nuevamente trasladó el asunto a un problema de palabras. Podríamos resumir la intervención de Jean Robert en la siguiente pregunta ¿La palabra latina *corpus* refiere lo mismo

que la palabra griega *soma*? Definitivamente no. Y las consideraciones filosóficas, que deberían ser filológicas también, encuentran aquí una salida para pensar el problema de los sentidos. *Corpus* indica un tipo de organización que está más allá de lo que puede ligarse a la carne. Cuerpo como lo definía la mecánica del siglo XVII arrastró la idea que cuerpo es todo aquello que ocupa un lugar en el espacio y en ese sentido, el cuerpo humano es un corpus, pero no más ni menos que los cuerpos celestes, o los cuerpos de los animales o los cuerpos de agua. Pero el embrollo no acaba ahí, corpus o cuerpo refiere también una organización ligada a fines, por ejemplo, el cuerpo humano con sus jerarquías de miembros, las manos, la cabeza, los pies, etc. Y aún más, cuerpo refiere también entidades abstractas como los cuerpos colegiados, los cuerpos sociales. Por ello, cuerpo se aplica lo mismo al cuerpo humano que al cuerpo del Estado elaborado como una teología en la que el Estado es un cuerpo abstracto y eterno y el cuerpo humano que lo habita un cuerpo ligado a la decrepitud. De ahí frases como “El estado soy yo” del rey francés o “Muere el rey, viva el rey” refiriendo que hay una continuidad funcional de lo político aún si un individuo muere. Pero, siguiendo con las confusiones, la carne de la que habla San Agustín en sus *Confesiones*, refiere no solo la sexualidad y el uso del placer, sino el gusto, la vista e incluso el disfrutar del aroma de las flores.

Soma, en cambio, en ello repara Jean Robert, designa algo muy específico la posibilidad encarnada, la directa referencia a la parte del abdomen en donde, según Hipócrates, luchan humores contrarios neutralizándose y dando estabilidad al cuerpo. Y ello, según García Gual, ayudaba al diagnóstico en el que la medicina encuentra en la sensación del cuerpo, *aisthèsis thou sómatos*, el criterio fundamental para la verificación de la teoría” (Robert 2022). Es decir, las sensaciones están en la base del diagnóstico. Pero si entendemos la historia del cuerpo como historia de los sentidos encontraremos que la instrumentalidad ha permitido que los seres humanos dejemos de percibirnos a nosotros mismos, otra vez, el problema de la autonomía sale a relucir.

Las capas sucesivas del cuerpo construido por los médicos enmudecieron el cuerpo autopercebido. Para hablar de este cuerpo autopercebido, Illich y Duden prefirieron la palabra griega *soma* a los derivados de la palabra latina *corpus*, que presupone un gran conjunto visto desde el exterior, en cambio el *soma*, que hace referencia al tronco y al vientre, es más adecuado para hablar del cuerpo interior que Barbara Duden define como “esta oscuridad bajo mi piel. (Robert 2022)

Y más adelante concluye Robert:

La vista no es el sentido apropiado para percibir el *soma*. Pero la medicina moderna pretende “ver” la carne interior “visualizándola” a través de ondas sonoras. Esta disección visual mediante ondas fónicas hace del cuerpo el equivalente a un cadáver aún vivo. El ojo no es el órgano adecuado para ver lo que palpita bajo mi piel. Iván Illich y Barbara Duden abrieron un campo de investigación que podemos llamar somática histórica. Es la historia del cuerpo auto percibido de épocas del pasado que intenta entender cómo los que ahora están muertos sentían su carne bajo su piel. (Robert 2022)

Ahora bien, esa instrumentalidad de la mirada se realiza bajo la forma de un tropo, bajo la égida de una sinestesia, es decir, el transporte de un sentido a otro. El tropo, la figura de la sinestesia permite confundir las sensaciones dando lugar a confusiones en la interpretación de las enfermedades y, por lo tanto, a efectos prácticos en su tratamiento. También es cierto que la medicina moderna instrumentaliza las interpretaciones del cuerpo para impedir la percepción de uno mismo, así, aún cuando uno tenga buenas razones de lo que le sucede, por ejemplo, con algún dolor, es sabido que debe esperar la conclusión del médico.

Por otra vía, la distancia producida por el instrumento médico, también transforma la figura del médico porque él mismo se aleja del cuerpo del paciente. Por ejemplo, en el caso del estetoscopio, que intenta, “a través del oído, ver” lo que hay debajo del *soma*, intenta escuchar y ver lo que late en el corazón. Se sabe que la medicina moderna crea esta distancia y al crearla, interpreta lo que está en el cuerpo dejando sin posibilidad de autopercepción (sin autonomía) a los seres humanos. Pero lo mismo con la ecografía, más directa en la mirada que penetra e interpreta los sentidos del otro. Y peor aún, la interpretación médica según la cual el cuerpo está desencarnado y se compone de un sin número de datos y estadísticas. Los estudios de sangre, de orina, de células que son devueltos al sujeto de manera estadística. Eso implica la pérdida de los sentidos, la poca eficacia que tenemos ya a la hora de saber qué pasa en nosotros. Aquí la figura del especialista actúa de manera autoritaria y por lo mismo ciega pues, en definitiva también esa figura interpretará datos sin necesariamente “palpar” al otro. Citaré a Jean Robert de manera extensa:

Desde la segunda mitad del siglo XVIII los médicos impusieron a la sociedad un cuerpo entitativo. Un cuerpo construido a partir de

descripciones de enfermedades y de los órganos internos y de los miembros que afectan. Las enfermedades se volvieron así entidades conceptualmente autónomas, potencialmente capaces de afectar a todos los cuerpos por encima de las barreras culturales. El interés de los médicos se desplazó de los pacientes concretos a entidades patológicas. Establecieron mapas precisos del cuerpo y descripciones de sus funciones. Construyeron así un cuerpo iatrogénico hecho de visualizaciones gráficas y de descripciones textuales, de mapas anatómicos y de flujos fisiológicos. (Robert 2022)

Ahora bien, me sorprende el parecido de este análisis con el de la biopolítica de Foucault que supone que los cuerpos son tratados como especie y no como singularidades portadoras de diferencias y alteridades que, al ser tratados “por encima de las diferencias culturales” son fácilmente cuerpos hechos dóciles y encarcelados en el imperio de los datos y de una organización mundial homogénea.

Conclusión

Aún está por venir la delimitación de pensamiento de Jean Robert, debemos ser generosos con lo que nos enseñó, y debemos estudiar sus textos con el mismo ánimo con el que caminaba por la ciudad de Cuernavaca. Cuestiones como la heterosomática, los regímenes escópicos, la pérdida de los sentidos relacionada con el crecimiento de las ciudades marca a un pensamiento vagabundo que ama las palabras y que quizá algún día brotarán como flores.

Bibliografía

- Duden, Barbara, “Heterosomática. Apuntes de una historiadora del cuerpo de las mujeres”. *Voz de la tribu*, núm. 10, pp. 23-28, 2016.
- Foucault, Michel. *El nacimiento de la clínica*. Siglo XXI, 2008.
- García, Carlos. *Tratados hipocráticos. Introducción general*. Gredos, 2003.
- Garro, Elena. “Breve historia de Ahuatepec”. *El Universal*, web, 2006.
- Gleason, Sánchez y Villegas. “Ejidos urbanizados de Cuernavaca”. *Youtube*, subido por Sánchez Gleason, 23 de noviembre del 2022, <https://www.youtube.com/watch?v=YIEuVevovpw>

Robert, Jean. *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*. Itaca, 2022.

Semblanza

Armando Villegas Contreras. Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México y Profesor Investigador de Tiempo Completo del Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades (CIIHu) de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos del que también fue director. Ha coordinado el seminario de investigación *Figuras del discurso* del mismo centro de estudios. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Ha coordinado, junto a Roberto Monroy, Laksmi de Mora y Natalia Talavera los libros *Figuras del discurso I, II y III* editados por Bonilla Artigas (2014, 2015 y 2017). Ha escrito más de 50 artículos en revistas especializadas y capítulos de libros en México y el extranjero. También de su autoría destaca *La propiedad de las palabras. Ensayos de retórica, filosofía y política*, Editorial Juan Pablos, 2014. Su línea de trabajo es el discurso político y estético contemporáneo. Su más reciente libro se titula *Sobre la animalidad. Seguido de textos sobre política contemporánea*, 2020, Bonilla-UAEM.

Desde 2002 imparte distintas materias en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos tanto en licenciatura como en posgrado, entre ellas Filosofía en México, Filosofía política, Estructuralismo y Postestructuralismo y, actualmente, en la Maestría en Estudios de Arte y Literatura.

El Illich de Jean Robert. Un sendero posible hacia la historia cultural del alfabeto¹¹

Rosa Margarita Sánchez Pacheco

Si como dice Jean Robert: “Illich era uno de sus historiadores capaces de intuir los grandes movimientos tectónicos debajo de los paisajes de la historia: los *movimientos de larga duración*”(Robert 2022). Jean era capaz de reconocer la densidad y las texturas de esos grandes movimientos, a partir de una mirada muy suya que nos permite visitar el pensamiento illichiano con una nueva sensibilidad.

La colaboración estrecha entre Jean Robert e Iván Illich se tejió hacia los últimos años del Centro Intercultural de Documentación (CIDOC), hacia 1972, apenas tres años antes del cierre del centro ubicado en la ciudad de Cuernavaca. Tras el cierre del CIDOC, la figura de Iván Illich parece ir desdibujándose de la vida pública, al menos en México. Aunque, siguiendo a Barbara Duden, este segundo periodo de Iván, se nos presenta como una tierra incógnita (*Iván Illich. Seconde période,*), lo cierto es que se mantuvo sumamente activo, discutiendo, escribiendo, publicando. Después de 1976 orientó una buena parte de sus esfuerzos investigativos y de formación hacia el trabajo en universidades de Europa, especialmente en Alemania y Estados Unidos. De ahí, quizá, que la mayor parte de las recuperaciones que tenemos en México sobre Iván Illich refieren casi exclusivamente a sus trabajos de aquella etapa entre 1961 y 1976, vinculadas al CIF-CIDOC.

¹¹ Agradezco enormemente el lugar de conspiración que Sylvia Marcos abrió para cocinar las ideas de este texto en la compañía cálida e iluminadora de Alicia Dorantes, Elías González, Héctor Peña y, por supuesto, la entrañable Sylvia avivando el calor del hogar pese a esa contradicción propia de la era de los sistemas, que son los encuentros virtuales.

En medio del posible naufragio que supondría aventurarnos a seguir las huellas del segundo Illich, el libro *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*, nos permite, al lado de Jean Robert, zarpar hacia la mar, augurando un buen encuentro con un Iván poco explorado, quizá el más vigente en nuestros días. Si el pensamiento del Illich tardío ha sido aún poco explorado, quizá el de Jean Robert lo sea aún más y, con ello, igualmente urgente de recuperar. No obstante, en medio de los pocos trabajos que recuperan la obra de Jean, podemos encontrar esfuerzos valiosos como los que han realizado la Red de Feminismos descoloniales, que publicaron el libro *La memoria Florece. Miradas feministas a la obra de Jean Robert*; Elías González quien dedicó un capítulo entero a Jean Robert en su libro *Convivencialidad y resistencia política desde abajo. La herencia de Iván Illich en México*, y el trabajo de Humberto Beck “Una poética del lugar”.

Una pregunta que me hago a menudo cuando leo los textos de Jean Robert en los que dialoga más de cerca con Illich es ¿Dónde termina Iván y dónde comienza Jean? Supongo que la pregunta es insulsa, pero en algunos pasajes sí me parece reconocer la sensibilidad de Jean Robert; una sensibilidad aguda y muy particular que va más allá de los temas específicos que le apasionaban o de los gestos de su escritura, y que se alcanza a percibir en ciertos acentos, en las modulaciones y las texturas de sus argumentos. En la obra de Jean Robert es claramente reconocible su preocupación por los transportes, el arte, la arquitectura, el habitar, el lugar, el tiempo; pero también por el lugar del lenguaje y la poética, la afirmación por una elección alegre de límites autoimpuestos y esa forma de condensar en tres líneas un pensamiento muy complejo y compartirlo con la mayor transparencia posible.

Con estas coordenadas, Jean Robert nos acompaña en el recorrido por esas reflexiones que Illich despliega hacia los años 1980 y que podemos reconocer como su pensamiento tardío, pero no solo eso; Jean Robert nos presenta a su Iván Illich, nos comparte sus conversaciones y propone una lectura personal, íntima, pero también luminosa, profunda, poblada de texturas en la voz, en los pasajes, en los recovecos epistemológicos e históricos.

Del análisis de la escolarización a la *Historia cultural del alfabeto*

La aproximación al trabajo de Jean Robert invita a explorar una constelación de nuevas interrogantes que inquietaron al Illich tardío. Una de las primeras preguntas que a mí me sacudió al leer estas páginas fue ¿De qué

manera este trabajo de Jean Robert nos permite acercarnos a las reflexiones del Illich tardío en torno a la escuela y la educación, pero desde otro ángulo? Un ángulo poco explorado aún por la sociología de la educación y la pedagogía, incluso por parte de aquellas y aquellos que dialogan con Iván Illich.

En contraste con la crítica de los años setenta de las tres principales instituciones de servicios de la sociedad industrial (la escuela, los transportes y la medicina) [Illich] no insiste sobre la contra-productividad de la escuela. Examina más bien su historia en el marco, más amplio, de la del alfabeto. Al concluir su recorrido histórico de más de 2600 años, Illich considera simultáneamente los daños provocados por el alfabeto y los gozos que no [¿sic?] proporcionó. (Robert 2022)

Así, Robert nos convoca a un diálogo con el Illich historiador que, hacía lo que podríamos reconocer como la segunda etapa de su trabajo intelectual, se desplaza a la comprensión de la génesis y la transformación de las instituciones que configuran la modernidad contemporánea. Este Illich tardío, como Jean Robert lo llama, alarga la mirada hacia los procesos de larga duración para hallar las pautas que dieron origen y forma a la escritura, el alfabeto, la lectura y el texto. En este recorrido por el pensamiento illichiano, Jean Robert reconocer tres momentos que definen la relación entre Europa y el alfabeto antes del tercer milenio:

1. La relación de la ‘tecnología con la escritura’,
2. La revolución de la etología de la lectura en el siglo XII;
3. La emergencia del *texto libresco* y la difusión de la lectura silenciosa a partir del siglo XIII. (Robert 2022)

La recuperación de estos tres momentos nos permite recolocar la pregunta por cuál fue el proceso por medio del cual quedó conjurada la relación entre alfabeto y, más específicamente, alfabetización y escuela. En el capítulo “Los valores vernáculos”, publicado dentro del libro *El trabajo fantasma*, Iván Illich, desarrolla la manera en que la gramática de Nebrija (1492) contribuyó a la consolidación del control estatal de la lengua en Castilla, a partir del establecimiento de una única lengua “oficial” que se antepuso por sobre todas las demás lenguas vernáculos que cohabitan en el reino de Castilla. A partir de entonces, se consolidó la idea de que había una única

lengua materna (la lengua de la monarquía, del estado) y, más aún, que había una única forma de hablar correctamente esta lengua. La emergencia —casi paralela— de la pedagogía como disciplina y la propagación de los textos librescos, reconfiguró los espacios de enseñanza, prefigurando lo que hoy conocemos como escuelas.

Así, el proceso por medio del cual la escuela adquirió su forma actual está atravesado por el control estatal de la lengua y, como Jean Robert recupera con particular atención, por la historia del alfabeto. ¿Acaso no se nos presenta hoy la escuela como el espacio exclusivo del aprendizaje de la lectoescritura? ¿Se atrevería alguien a cuestionar el papel de la alfabetización inicial en los espacios escolares? No, y, sin embargo, el cuestionamiento ya no basta, para el Illich tardío y para Jean Robert, es indispensable volver sobre las huellas de la historia, sobre el *espejo del pasado* para comprender.

Texto significa tejido

En la medida en que la lectura libresca fue el objetivo de la iniciación para católicos, protestantes y judíos asimilados, del clero y anticlericales iluminados, tanto de humanistas como de científicos, las formalidades envueltas en este tipo de lectura definieron, y no simplemente reflejaron, las dimensiones de una topología mental. (Robert 2022)

Ahí Illich da un giro de tuerca al anotar que la impronta de la lectura libresca no solo reflejó las transformaciones sociales que se operaban en la época en la Europa central, sino que orientó estas transformaciones configurando una mentalidad que hoy podemos reconocer como propia de la modernidad.

Desde que yo me encontré con esa segunda etapa del pensamiento sobre educación de Iván Illich, me descolocó y maravilló la manera en que Iván va rastreando los procesos sociohistóricos que sentarán las bases para la aparición de la forma escolar. Para mí, el lugar de la gramática de Nebrija, como signo de una “guerra contra la subsistencia” que no ha cesado y la emergencia del texto como elemento central en la conformación de una topología mental moderna, serían dos coordenadas centrales en el pensamiento del Illich tardío. Sin embargo, el abordaje que Jean nos presenta

pone la mirada en otro lugar: el alfabeto. O mejor dicho, la historia cultural del alfabeto.

El alfabeto no es, como sucede con cualquier otra herramienta, un artefacto en el que podamos analizar lo mismo la distalidad (distancia que existe entre ella y su usuario) que su carácter material. Frente a una herramienta material, uno decide tomarla o dejarla. Quien, en cambio, ha interiorizado el alfabeto, no puede dejarlo, porque se volvió el molde que conforma su pensamiento y su horizonte. (Robert 2022)

En uno de sus últimos trabajos —*En el viñedo del texto*— Illich había dado cuenta de cómo el pensamiento moderno, la manera en que leemos el mundo, se había fraguado al calor de la imagen del texto escrito en su materialidad libresca; al mismo tiempo, observar en el espejo de este objeto, el libro (con su estructura material, libresca, su particular forma de dar habitación al alfabeto y de imponer formas de lectura), Iván reconocía el reflejo de las “transformaciones significativas en la estructura mental de las sociedades occidentales”. (Illich 2002)

Jean Robert hila un poco más fino con la misma madeja y escribe:

Con su presencia referencial en varios lugares, el texto libresco anunció el carácter ubicuo del texto impreso. *Su difusión corresponde a la de una mentalidad —forma de consciencia y de sensibilidad— que reduce lo real a lo textual y embota el sentido de lo concreto.*¹² (Robert 2022)

El texto libresco no solo domesticó paulatinamente a las lenguas orales, imponiéndoles su propio ritmo y ordenación, sino que suscitó un ordenamiento mental basado en esta forma libresca de organización de la página y el mundo, a saber, como una red de relaciones y referencias a otros textos interconectados, entretejidos. Me parece importante poner atención en lo que Jean Robert pone de relieve al caracterizar esta mentalidad como una *forma de consciencia y de sensibilidad*; es decir, la manera en que nos ubicamos en el mundo y con las y los demás. El despliegue de la mentalidad libresca, con su particular forma de ordenar el mundo —y, no obstante todas las posibilidades resultado de los intercambios de la propia cultura alfabética—, entrañaba un proceso paulatino de “desencarnación” de la

¹² Las cursivas son mías.

palabra, pero también de las formas de decir y estar en el mundo. De ahí que antes haya advertido ese embotamiento del sentido de lo concreto.

El fin de la era de la cultura alfabética

Una de las razones por las que este trabajo de Jean Robert se hacía urgente y ahora es indispensable, tiene que ver con la exploración que hace el autor sobre el cierre de una era y la emergencia de un nuevo periodo histórico. En sus últimos trabajos Iván Illich advirtió la posibilidad de que la humanidad se encontrará en el momento de decantación de un cambio de era que se abriría camino con la irrupción de la era de los sistemas. Sin embargo, tengo la impresión de que a estas reflexiones illichianas les faltó un último empujoncito que abriera la posibilidad de encarnar una reflexión en medio del desierto de desencarnamiento sistemático actual. Siguiendo las huellas de estas indagaciones, Jean Robert hila las investigaciones del Illich tardío para tejer un análisis ya maduro sobre la configuración y las implicaciones de la instauración de una era de los sistemas que ya deja sentir su particular léxico, configurando una específica sensibilidad y una manera inédita entablar relaciones en el mundo; ahora en el mundo de los sistemas.

En 1987, Illich había advertido:

Empecé a reflexionar sobre la aparición de un nuevo espacio mental cuyos axiomas generadores ya no estuvieran basados en la representación de sonidos hablados por medio de un sistema de notación alfabético, sino en el poder para almacenar y manipular «información» en bits binarios. (Illich, 1989)

A partir de estas indagaciones y desplegando esa particular sensibilidad que le es tan propia, Robert reconoce que es posible que esta línea de reflexión illichiana derive en una “historia de las pérdidas de agudeza de las percepciones y de la densidad de lo real” (Robert 179). Ya imbuido en un mundo trastocado redes sociales-digitales, aulas y charlas virtuales y formas de vida *on* y *off* line, Jean Robert sospecha de la densidad de estos espacios de interacción y los reconoce más bien como desiertos en los que la comunicación queda cifrada códigos binarios que solo pueden conectar a las máquinas.

En otro sentido, la historia cultural del alfabeto nos proporciona esta doble mirada: la del espejo de la configuración de la mentalidad occidental

y la del dato histórico de su emergencia en un periodo más o menos definido. Pero al mismo tiempo, este dato histórico que nos sitúa en su génesis, nos habilita a sospechar sobre su derrumbe. Tanto Iván como Jean, advierten que el derrumbe de la mentalidad alfabética se encuentra en pleno apogeo. En tanto, la impronta de una era de los sistemas nos arrastra hacia su lógica de datos y bits. Frente a esta vorágine de fin de una era ¿qué horizontes nos quedan por sembrar? En 1988, Iván Illich pronuncia un discurso en Bremen, Alemania. El eje de compartición de estas palabras gira en torno a la necesidad de cultivar la hospitalidad (*El cultivo de la conspiración*); tengo la impresión de que este libro de Jean Robert es una forma (escrita) de cultivar esa hospitalidad que posibilita el encuentro. Las letras de Jean nos permiten encontrar en un lugar (no un espacio), en el que esa cultura alfabética —que ya entrañaba sus propios riesgos— se despliegue en su mejor versión, la del tejido, para procurarnos un rincón de papel y tinta para el encuentro.

Bibliografía

- Duden, Barbara, y Jean Robert. “Illich, Seconde Période”. *Esprit*, núm. 367, 2010, pp. 136–57.
- Illich, Iván. *En el viñedo del texto. Etología de la lectura: un comentario al “Didascalicon” de Hugo de San Víctor*. FCE, 2002.
- Illich, Iván. “Alegato en favor de la investigación sobre el alfabetismo laico”. *Interchange*. vol. 18, núm. 1-2, 1987.
- González, Alberto Elías. *Convivencialidad y resistencia política desde abajo. La herencia de Iván Illich en México*. Culagos, 2021.
- Robert, Jean, *La edad de los sistemas en el pensamiento tardío del Illich tardío*. Ítaca, 2021.

Semblanza

Rosa Margarita Sánchez Pacheco. Doctora en Ciencias Sociales, profesora en el Colegio de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras (FFYL) de la UNAM. Docente e investigadora dentro del seminario *Otras Pedagogías*, en la FFYL de la UNAM. Interesada en la sociología y la educación en América latina y las experiencias de educación popular.

Suspender la certeza: apuntes sobre el pensamiento de Jean Robert

Mariana Favela

La filosofía política de Jean Robert tiene la cadencia de un pensamiento que no se somete a la premura, que trasciende la vorágine intempestiva que impone la producción y no cede ante la presión de las modas epistémicas. Parafraseando la idea sobre lo contemporáneo y un mundo sin pasado que desarrolla en *La edad de los sistemas*, a partir de aquella novela que Iván Illich nunca escribió pero que le escuchó esbozar, diría que Jean logró escapar a la academia subordinada al capital, que hace de esta, un lugar donde todo aspira a ser, insoportablemente nuevo.

Las interpretaciones de Jean Robert e Iván Illich respecto al carácter situado de la tecnología, es decir, la idea de que el uso de este concepto fuera de la historia occidental antes de 1215 constituye un anacronismo, se entienden en el contexto del giro histórico de la filosofía de la ciencia que se inició a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta en la obra de autores como Wittgenstein, Kuhn y Feyerabend. El giro histórico poco después permitió la conformación de los estudios culturales del conocimiento científico, un heterogéneo conjunto de investigaciones que abrevan de la antropología, los feminismos, la filosofía, la sociología, la historia y la crítica literaria; gracias a los cuales tenemos investigaciones que han ayudado a desmontar el supuesto carácter ahistórico de los problemas filosóficos.

La primera vez que platicué con Jean yo terminaba una reunión con Sylvia Marcos, quien me invitó a quedarme a comer en la casa que construyeron en Chamilpa. Guardo con especial aprecio el recuerdo de esa conversación

al aire libre, el gusto de la comida y la demoledora crítica que Jean tejió contra Feyerabend, a quien entonces yo leía con intensidad. Aquella tarde salí con una copia de *El género vernáculo* bajo el brazo y un montón de certezas desechas. Me cautivaron el ritmo del diálogo y la generosidad de la palabra, yo apenas pasaba los veinte años, pero Jean y Sylvia me trataban como una par, compartían el alimento y la duda. El entusiasmo desbordado por el pensamiento illicheano solo fue interrumpido por la crítica de Sylvia desde rincones feministas que no caben en el feminismo igualitario con el que Iván Illich tiende a dialogar. La conversación y el gozo. La teoría se come, es alimento para hacer. Cuando Jean Robert escribe que no podía haber teoría sin festival, lo escribe desde la experiencia.

La edad de los sistemas en el pensamiento de Illich tardío, refleja uno de los rasgos que me resultan más atractivos de la filosofía política de Robert, la generosidad. La capacidad de navegar entre el pensamiento crítico más filoso sin ceder a la aspiración moderna de apropiación de las ideas: Autoría. Jean *está* siempre en conversación, al punto de casi mezclarse. Cohabitación. En el pasaje dedicado a los encuentros -en el que reconstruye el contexto afectivo que permitió el desarrollo de la crítica del modo industrial de producción y la topología mental de la modernidad capitalista en la obra de Illich en los años setenta en Cuernavaca-, escribe, “¿tenía Illich una casa, un suelo bajo los pies? Sí, una casa de adobe en un pueblo cercano a la ciudad de provincia. Y, quien dice suelo dice trazas, dice almocárabes sorprendentes entre el presente y el pasado. Defender el derecho de dejar sus trazas en el suelo implica denunciar una civilización que quiere recubrirlo con una capa de cemento.” Arquitecto de saberes es quien trabaja el pensamiento con las manos, ¿acaso no habla de aquella casa que él mismo construyó para nacerse un terruño? También.

Más que vigencia, el pensamiento de Jean es urgente en los tiempos que vivimos. En el tránsito que Illich identificó entre el fin de la era de la herramienta y la era de los sistemas, cuando los medios se vuelven fines y los artefactos no están más al servicio de las intenciones humanas; cuando la instrumentalidad se vuelve coextensiva de la sociedad y del espacio social, ¿cómo hacer para mantener el hilo que todavía y a pesar de todo teje la vida y la sostiene? La apuesta de Illich, y con más claridad la de Jean, es la de aprender de los mundos existentes que sobreviven y se contraponen a la desincrustación.

Termino con tres breves intuiciones sobre por qué, a pesar de la pertinencia, su obra todavía es poco trabajada en las academias dedicadas a

la historia de la tecnología y de la ciencia, particularmente en México. Primero, porque sin ceder a la desincrustación, el pensamiento de Jean reconoce el potencial filosófico y subversivo de la espiritualidad, pero sobre todo, su complejidad. No cede frente a la aspiración de la racionalidad cercenante que expulsa a todo aquello que el racionalismo ha condenado a los márgenes de lo aceptable. Domesticación. En segundo lugar, porque su crítica a la educación en tanto sistema, obligaría a desmontar las instituciones y sus efectos contraproducidos, obligaría a acuerpar una filosofía más allá del papel; una educación sin paredes, jerarquías, evaluaciones y privilegios. Finalmente, el pensamiento de Jean Robert permanece poco estudiado en las academias de filosofía de la ciencia porque, si bien buena parte de los estudios culturales han historiado el carácter eurocéntrico y colonial de las filosofías dominantes, la de Jean desborda esa corriente en tanto acto revolucionario. Como Robert escribe recordando al Illich de los setenta, “un acto es revolucionario cuando revela la posibilidad de una cosa o una situación que puede haberse esperado, pero de la que, hasta ese momento, nunca se había establecido que era realizable.” El horizonte que prefigura la filosofía política de Jean es uno anticapitalista, que no se limita al diagnóstico, sino que arenga a la transformación, más no a una transformación utópica, del *no lugar*, como explicó en sus conversaciones en tierras zapatistas, sino *eutópica*, es decir, una transformación a partir de nuestro propio lugar, para romper con lo que él llama el entumecimiento de los sentidos, la internalización de los sistemas. Para empezar a desmontar los axiomas subyacentes de la modernidad no basta, pero es indispensable, suspender nuestras certezas.

La cesura y la continuidad en la obra de Iván Illich según Jean Robert

Elías González Gómez

No tuve la oportunidad de compartir con Jean Robert en vida. El escaso tiempo compartido se redujo a algunos saludos e intercambios de pasillo después de alguna de sus charlas sobre Iván Illich. De hecho, ahora que lo recuerdo, fue en el año 2018, cuando seguramente se encontraba trabajando en *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*, porque esa fue la temática de su ponencia.

Yo sabía quién era Jean. Mi inmersión al ambiente Illich fue a través de Gustavo Esteva, con quien sí conviví a profundidad. Gustavo me había hablado mucho de Jean. También Javier Sicilia, a quien pude conocer gracias a la *Comunidad del Arca: noviolencia y espiritualidad*. Poco tiempo he pasado en Cuernavaca o en la Ciudad de México (aunque estudié ahí por dos años) como para haber conocido más a fondo a Jean. Curiosa y paradójicamente, fueron las desencarnadas tecnologías digitales las que me permitieron sentirme interpelado por su pensamiento a través de las lecturas colectivas que hemos realizado.

Mis lecturas de Iván Illich y Gustavo Esteva no solo me abrieron a nuevos paradigmas, sino que también lograron dar forma a una serie de intuiciones vitales que sentía en mi cuerpo y experiencia. Me propuse indagar más a fondo respecto a estas ideas encarnadas (González Gómez 2021). A medida en que conocía más el pensamiento de Jean, más tenía la sensación de haber encontrado una voz profundamente sensible, intelectualmente sagaz, críticamente radical y espiritualmente fontal.

Como preparación a la presentación de *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío* del 3 de septiembre del 2022 en Cuernavaca, Sylvia Marcos, Alicia Dorantes, Héctor Peña, Rosa Margarita Sánchez Pacheco y yo nos reunimos para discutir el prólogo de Jean Robert a la edición mexicana de *Los ríos al norte del futuro* de Iván Illich. Me parece que uno de los argumentos centrales de Jean en ambos textos, así como en otros que dedica al pensamiento de su amigo y maestro, consiste en afirmar que en la vida y en la obra de Iván Illich existe una continuidad, por más de que ciertamente puedan identificarse distintos momentos de pensamiento. Lo que me dispongo a hacer a continuación es compartir mi lectura respecto a dos ámbitos en los que, según me parece, Jean quiere mostrar la continuidad en el pensamiento de Illich. Estos dos ámbitos son, primero, la crítica a la modernidad y, segundo, la teología y la espiritualidad. Abordaré cada una de ellas por separado.

Más acá o más allá de la modernidad

Existen discusiones encarnizadas respecto al estatuto de aquello que llamamos “moderno”. En otras palabras, ¿qué es la modernidad? Jean Robert, en uno de sus clásicos gestos de lenguaje accesible, pero al mismo tiempo profundo, lo dice sin tantos tapujos ni terminología complicada: “La modernidad es la época actual, como se vive en las ciudades: hay carros en las calles, todo está iluminado de noche, hay aviones en el cielo, hay edificios altos, de concreto, de acero o de vidrio.” (Robert, *En el espejo* 343). Así de sencillo, así de claro. Es cierto que páginas más arriba, en el mismo texto, había definido a la modernidad en los siguientes términos:

La época moderna o modernidad es una guerra contra la subsistencia. Esta guerra es contra los pueblos, contra “la gente de abajo”, para que ya no pueda subsistir sin seguir las instrucciones del Estado y sin comprar mercancías en el Mercado. (339).

Para Jean la modernización es el proceso mediante el cual se desposeía a los pueblos de lo que eran para convertirlos en otra cosa, siendo esta cosa una condición de total dependencia a instituciones heterónomas y enajenantes. Así también lo expresó desde los años 80 en *Los cronófagos*:

Defiendo la tesis de que el hacer depender la esperanza en una sociedad justa del crecimiento industrial no es más que uno de los cimientos ideológicos de la acumulación de capital y del poder burocrático. Rechazo la doctrina según la cual existirían valores

de uso absolutos que satisfacen necesidades naturales determinables científicamente. Afirmo el poder de la gente de definir sus necesidades en formas novedosas por los actos que las satisfacen. La doctrina que impugno abre el camino a la imposición de la “ley del otro” por medio de la imputación a todas las personas de las mismas necesidades normalizadas definidas por peritos. Eso es el fundamento del colonialismo económico. Opongo a esa doctrina la visión siguiente: la gente necesita comer, pero no necesita leche Nestlé o cereales estadounidenses. La gente come bien cuando encuentra sabor en los recursos de su medio vital y sabe cuidarlos. Sólo se logra tragar la leche Nestlé o el pan Bimbo después de haber permitido que los intereses de otros conformen los gustos y destruyan la capacidad de producción vernácula. El rol de la política no es alimentar a las personas, sino proteger su capacidad de producción vernácula. (Robert 170)

Esta extensa pero elocuente cita, además de ejemplificar lo que argumento, también manifiesta la alternativa que da esperanza a Jean: la vida propia vivida en nuestros lugares concretos (no en espacios abstractos). Queda claro que para Jean la modernidad y su lógica es la destructora que termina con las culturas y los pueblos. La pregunta respecto a la relación con la obra de Illich es: ¿compartía Illich esta crítica radical a la modernidad?

Como señalé anteriormente, todo depende de qué entendemos por “modernidad”. Hay quien considera que en realidad nunca hemos sido modernos, que hay modernidades alternativas, que existen rescatables de la modernidad como el pensamiento crítico, etcétera. Es verdad que en los textos de los 70, en los famosos panfletos de Cuernavaca, el propio Iván Illich parece ambiguo respecto a si lo que está proponiendo es una reestructuración de las aspiraciones modernas o, en cambio, una salida radical a la misma. Surge entonces la cuestión por una posible disyuntiva: ¿Existe un Illich, el de los 70, que quiere “mejorar” la modernidad y otro, el último, que decepcionado de su activismo previo se vuelve antimoderno? Esta incógnita va en paralelo al segundo ámbito que reflexionaré más adelante respecto a la teología, en donde algunos creen que el último Illich se volvió escatológico y teológico debido a su decepción previa.

¿Es realmente así? Me parece que por lo menos la respuesta de Jean es la siguiente: existe una continuidad, incluso a pesar de los cambios de lenguaje y de método, entre el Iván planfetista y el “último”. En su texto *Un*

filósofo y pensador radical en Cuernavaca, Jean cuenta la anécdota de Illich hablando de las culturas como un tapete oriental: de frente son diversos y multicolores, pero al reverso se homogenizan en un gris pálido. Así, cuenta Jean que decía Illich, sucede con la modernidad como la contracultura destructora de los modos vernáculos de vida (180). Esta crítica a la destrucción de los modos propios y conviviales de existencia está presente tanto en los panfletos como en las últimas obras de Iván, mostrando una constante y no una ruptura en su crítica a la modernidad.

Si algo hicieron tanto Iván como Jean fue poner la lupa y desvelar la obviedad de lo obvio, particularmente dar cuenta de la extrañeza que significa la modernidad, una extrañeza que hemos normalizado pero que no tiene parangón alguno. Quizá el mejor ejemplo sea el estudio del paso de la era de las herramientas a la de los sistemas, tema principal del último libro de Jean. Ahí se deja en claro la continuidad entre las críticas de los 70 y las posteriores, siendo la diferencia una nueva constatación con la que Illich no contaba pero que no invalidó sus análisis anteriores, sino que, por el contrario, los radicalizó todavía más. Los análisis en torno a la contraproduktividad de las instituciones industriales posibilitaron la constatación de la era de los sistemas como un nuevo umbral que hemos cruzado, y del cual no sabemos si saldremos.

Ciertamente Illich se pronunció en muchas ocasiones autocrítico respecto a sus análisis de los tiempos del CIDOC. Por ejemplo, pensaba que al seguir utilizando términos económicos como el ya mencionado de *contraproduktividad*, continuaba repitiendo la primacía económica de la modernidad. Otro ejemplo lo encontramos en el texto *Doce años después de Némesis médica*, cuyo título habla por sí solo: se trata de un intento de ir más allá de *Némesis médica* publicada una década antes, principalmente a la luz de las nuevas circunstancias. Y esto es esencial, pues la autocrítica de Illich nunca fue la de un “lo que dije está mal”, sino, “dadas las nuevas circunstancias y lo nuevo que he descubierto, tengo que matizar e incluso decir mejor lo dicho en aquel entonces.”.

Cuando Illich inició su empresa de contención ante el proyecto misionero de la Iglesia norteamericana para el sur del continente, parte de su argumento respondía al análisis del Club de Roma. El comunicado de la investigación que mandaron a hacer respecto a las condiciones mundiales fue desalentador. Sin embargo, en lugar de apostar por un viraje radical, el Club de Roma propuso disminuir la producción de mercancías y aumentar la de servicios. Illich predijo que dicha política terminaría

siendo igual o hasta más dañina para las culturas de lo que la producción de mercancías había sido para el medio ambiente. Desde aquellos años, e incluso mucho antes como nos propone Gustavo Esteva al entender el *dictum* illicheano en la interculturalidad (Illich 2019), la preocupación de Illich fue por la destrucción de los saberes vernáculos y de subsistencia, primero en manos de las instituciones contraproductivas como la escuela, el transporte o la salud, y posteriormente, pero como evolución de las primeras, en manos de los sistemas. Me parece que Jean tenía clara esta crítica radical de Illich a la modernidad, que, si bien podemos decir que se fue complejizando y radicalizando, no me parece que fue algo único del último Illich, sino de su pensamiento crítico en general.

Teología y espiritualidad

Este es quizás un debate todavía más encarnizado que el anterior. Considero que las y los lectores de Illich pueden reconocerse en algún punto entre dos extremos. El primero rechaza por completo cualquier atisbo religioso de Illich, exaltando su conflicto con el Vaticano y su alejamiento de la Iglesia para convertirlo meramente en un pensador crítico, un historiador o científico social. En este extremo se encuentran varias lecturas latinoamericanas, mexicanas e incluso europeas. El otro extremo, sostenido principalmente por personajes como David Cayley y Giorgio Agamben, defiende la religiosidad de Illich convirtiéndolo en un teólogo cuya obra fue pura teología encriptada en un discurso histórico o filosófico.

Personalmente me parece que ambos extremos se equivocan. Convertir en teólogo a Illich va en contra de sus propios pronunciamientos al respecto, pero quitarle la fe religiosa a quien también expresó en muchas ocasiones que la tenía me parece una omisión convenenciera. Pero la discusión va más allá del mero esfuerzo partidista de jalar a un autor al propio marco de interés. La misma obra de Illich da pie para que esta polémica cobre fuerza.

La edición mexicana de *Los ríos al norte del futuro* nos regala una muestra maravillosa de dicha discusión. Podemos decir que este fue el libro que sembró el problema, un libro que por cierto nunca fue planeado ni deseado por Illich, sino que comenzó como una conversación radiofónica con David Cayley quien, a la muerte de Iván, decidió publicar un libro. Illich era de esas personas cuya valoración de la amistad y su erudición le

posibilitaban hablar contigo de lo que para ti era importante. Siempre he dicho que, si Gustavo Esteva hubiera sido el interlocutor de *Los ríos al norte del futuro* en lugar de Cayley, el libro reflejaría a un Illich autónomo, gran conocedor de Marx y aliado de las luchas indígenas. Pero no se dio el caso, sino que fue Cayley, el amigo cristiano de Illich (el propio Illich menciona que solo podía tener esa conversación con él), quien entrevistó a Iván y publicó el libro. Es por eso que los estudios introductorios que nos ofrece la edición mexicana representan un enorme valor. No únicamente se escucha la voz de Cayley y Taylor, sino también la de Jean y la de Gustavo. Quiero centrarme en lo que Jean tiene que decirnos al respecto: la continuidad de Illich, con una cesura en particular.

Prestemos atención al siguiente párrafo de Jean (el subrayado es del original):

El cordón umbilical de tal continuidad, si la hay, solo puede ser la fe, que se expresa abiertamente en el joven sacerdote y mediante silencios, “apofáticamente”, en el pensador maduro. Esto puede significar que, más allá de cualesquiera consideraciones personales, entre el pensamiento teológico y el pensamiento político *necesariamente* hay una cesura, una ruptura de continuidad. En la década de 1930, tanto las derechas como las izquierdas fueron ciegas a esta necesidad. En mi opinión, esa segura a *la necesidad de definir una cesura* se repitió en la década de 1960 con la teología de la liberación, pero esta necesidad está presente en la trayectoria de Illich. (Illich 10)

Desmenucemos el párrafo. Jean se encuentra discutiendo la hipótesis de Agamben y de Cayley sobre la continuidad teológica entre el joven sacerdote Iván Illich que escribió los textos compilados en *La Iglesia sin poder*, pasando por el pensador del CIDOC, hasta *Los ríos al norte del futuro*. Según esta postura, repito, Illich mantuvo su teología de forma oculta o apofática, encriptada, en sus textos políticos. Jean está de acuerdo en que existe una continuidad, pero no considera que el vehículo de la misma sea la teología sino la fe.

La experiencia de la fe, entendida como la experiencia mística o espiritual —la experiencia profunda de la vida—, no puede ser la misma o idéntica a la teología. Ciertamente que el debate es polémico, pues en sus orígenes tanto teólogas como teólogos eran místicos, pero desde la Edad Media tardía teología y mística comenzaron a distinguirse. Puede ser que hoy se esté

recuperando una crítica de la teología que intenta volver a poner en el centro la experiencia profunda del Misterio en el quehacer teológico. Con todo, queda claro que los esfuerzos y clarificaciones que hacía Illich al no presentarse como teólogo y deshacerse de toda investidura eclesial, responden a una concepción de la teología como profesionalización de la religión. Illich criticó el sacerdocio católico en tanto antecedente de las profesiones modernas y huyó de ambas. Al decir que no hablaba como teólogo quería decir, o por lo menos así lo interpreto, que no era ningún profesional ni hablaba en representación de una jerarquía.

Illich decidió no solo abandonar el símbolo de teólogo sino también dejar de fungir como sacerdote. Esta decisión responde no únicamente a la ocasión que tuvo que viajar al Vaticano para responder a ciertas acusaciones. Años antes, cuando básicamente se le expulsó de Puerto Rico, Illich viajó en 1959 al norte de África para hacer un retiro personal de 40 días en el ambiente donde vivió Charles de Foucauld. Había conocido a los *Hermanitos de Jesús* en Puerto Rico, congregación católica inspirada en la vida de Foucauld (Cayley 49-50). Existía la posibilidad de que Illich se uniera a la congregación. Esto emocionó mucho a los Hermanitos, pues la adhesión de Illich sería significativa para ellos. Sin embargo, al salir de su retiro, Illich no ingresó a la congregación, sino que se fue a Latinoamérica y caminó desde Chile hasta Caracas casi muriendo en los Andes. La decisión de no entrar con los Hermanitos iba más allá del “no” a cierto grupo religioso, sino que tenía tras de sí un alejamiento de la religión institucionalizada y una apuesta por encarnarse en el mundo concreto de aquellas gentes con las que había trabajado en la parroquia de la Encarnación de Nueva York y en la isla de Puerto Rico. Fue a partir de esta decisión vital que Illich cambió su lenguaje, fundó el CIF y luego el CIDOC y se mudó a Cuernavaca.

Sorprende que este episodio de la vida de Illich sea tan poco tomado en cuenta, no solo para contextualizar su viraje de los 70, sino en general para comprender sus ideas y compromisos. Illich abandonó la teología, pero no abandonó la fe. De hecho, se podría decir que esta incrementó y se hizo más profunda, pues en el silencio de esos 40 días pudo ordenar su vida y optar por un camino, el cual lo llevaría a Cuernavaca. Este camino es el de la cesura de la que habla Jean entre la teología y el pensamiento político.

Dicha cesura, como bien subraya Jean, va más allá de la mera opción personal. No se trata de un capricho, sino de una reflexión en torno a la relación entre política y teología. Con su apofatismo, es decir, con el cultivar

su fe en lo íntimo y en el silencio, sin “ponerse la camiseta”, pero al mismo tiempo comprometiéndose políticamente, Illich encarnaba la cesura que proponía entre teología y política, así como Jean, en el jamás poseer un automóvil, encarnaba su crítica a los transportes motorizados.

Hay que tener en cuenta la época. Repito, me parece que Illich abandonó la teología para dejar de representar a una Iglesia y no ser un profesional de la religión. Su crítica a la Iglesia institucional fue radical, pero siempre la distinguió de la Iglesia en sentido profundo, de la cual nunca se sintió fuera. En ese sentido la fe continúa en toda la obra de Illich, una experiencia honda del Misterio que le lleva a comprometerse, a reflexionar, a encarnar la vida concreta con sus amigas y amigos. Pero la teología la soltó después de aquel retiro en el norte de África; dejó para siempre de ser “teólogo”. Y su fe, además, la vivió de forma apofática, como Jean. Repito, esto tenía enorme sentido en su contexto. Quizás hoy, con el secularismo y la persecución de las distintas identidades religiosas y culturales no-hegemónicas (entre las que incluyo la cristiana, aunque la mayoría se incline por incluirla en las hegemónicas), los pueblos y comunidades tienden a abrazar su experiencia espiritual y a hacerla explícita.

En la *Iglesia sin poder* (191), Illich crítica por igual al cura que inventó arreglos del templo para pedir más limosnas que al guerrillero de alzacuello, refiriéndose a los teólogos de la liberación. Para Illich, ambos estaban utilizando la fe, ese Misterio del que él bebía, para cuestiones que le eran ajenas. Su crítica a la iglesia puertorriqueña iba más allá del uso o no uso de preservativos, sino del mero hecho de que la Iglesia se pusiera a opinar públicamente sobre esos temas cuando su misión no era la política, sino la fe.

Me parece que Jean comprendió bien esta apuesta de Illich. El propio Jean tenía una profunda experiencia espiritual, que incluía la oración, el silencio y hasta la eucaristía, pero en especial el enraizamiento en su pueblo, el trabajo con las manos, el caminar, el comer, etcétera. La siguiente cita expresa esa distinción tanto de Illich como de Jean entre su fe y su que-hacer político:

Más allá de lo anecdótico, se puede tematizar, en la decisión de Iván, la diferencia entre dos visiones posibles de los comentaristas y amigos suyos: una visión exterior, frecuentemente condescendiente, sobre la fe de Illich y una visión interior: *yo también tengo mis razones para ser apofático cuando hablo políticamente.* (Illich 2021)

Es esta “visión interior”, la de sus amigos y amigas, la que puede dar cuenta de la fe de Iván, una fe viva, cultivada y operando en los distintos ámbitos de su existencia, como ocurre en cualquier fe verdaderamente viva. En eso radica, según Jean Robert, la continuidad que va desde el joven sacerdote de *La Iglesia sin poder* hasta el viejo interlocutor de David Cayley en *Los ríos al norte del futuro*. Con la teología, en cambio, tuvo una cesura, no únicamente por motivos personales, como dijimos, sino como encarnación de un posicionamiento filosófico y político en torno a la relación entre teología y política.

Conclusiones

Gustavo Esteva tiene mucha razón al afirmar que, si consideramos que al final del día Illich estaba haciendo teología encriptada, lo condenamos a la irrelevancia. Esto porque se necesitaría saber de teología, conocer la clave, para descifrar el mensaje “verdadero” detrás de la obra de Illich. Pero como subraya también Jean: no había lenguaje teológico para expresar lo que Illich quería expresar, por ejemplo, el hecho de que el deseo o la necesidad de viajar a más de tal velocidad en las ciudades termina traducéndose en un desplazamiento de privilegios de los proletarios del transporte hacia los capitalistas de la velocidad. Illich no quería hacer teología con eso, sino que tenía una preocupación real por el hecho social en cuestión.

Con todo, esto no elimina la fecundación de lo que se podrían considerar reflexiones teológico-religiosas a partir de expresiones y análisis de Illich, una relectura de su pensamiento en parte propiciada por *Los ríos al norte del futuro* y en parte promovida por algunos lectores como Cayley. A quienes abiertamente practicamos caminos espirituales o reflexionamos utilizando dicho lenguaje y estudiamos el fenómeno religioso, los análisis de Illich respecto a la parábola del buen samaritano o la desencarnación del Verbo son invaluable, más no tienen que representar necesariamente una “continuidad” de la teología, pero sí de la fe del creyente Iván.

Bibliografía

Cayley, David. *Ivan Illich. An Intellectual Journey*. Pennsylvania State University Press, 2021.

González, Alberto Elías. *Convivencialidad y resistencia política desde abajo. La herencia de Iván Illich en México*. Culagos, 2021.

Illich, Iván. *Los ríos al norte del futuro. Conversaciones con David Cayley*. Aliosventos, 2019.

_____. *La Iglesia sin poder. Ensayos 1955-1985*. Trotta, 2021.

Robert, Jean. “Un filósofo y pensador radical en Cuernavaca”. *Repensar el mundo con Iván Illich*, coordinado por Esteva Gustavo, La casa del mago, 2012, pp. 171-199.

_____. “En el espejo de la escolita zapatista: por un sentido común controversial”. *Modernidades alternativas*, coordinado por Inclán Israel et al., Ediciones del Lirio, 2017, pp. 337-375.

_____. *Los cronófagos. La era de los transportes devoradores de tiempo*. Ítaca, 2021.

_____. *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*. Ítaca, 2022.

Semblanza

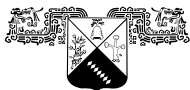
Elías González Gómez. Filósofo y escritor. Colaborador en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente ITESO. Su interés es el diálogo interreligioso y los puentes entre la mística y las luchas sociales. Acompañante espiritual y coordinador del blog *Amanecer*. Licenciado en Filosofía y Ciencias Sociales por el ITESO, Especialidad en Mística y Ciencias Humanas por la Universidad de la Mística en Ávila, España. Maestro en Filosofía por la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México. Autor de varios artículos y libros, entre ellos *Convivencialidad y resistencia política desde abajo. La herencia de Iván Illich en México*.

*Más allá de los sistemas. El pensamiento
de Jean Robert con la obra de Iván Illich,*
se editó en noviembre del 2023 en la
Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

A lo largo de la historia han existido amistades cuyos efectos trascienden la mera relación interpersonal, este es el caso de la amistad cultivada entre Iván Illich y Jean Robert. De esta amistad surgieron algunas de las críticas más lúcidas y radicales a la modernidad y sus excesos, así como los planteamientos para opciones creativas y conviviales vividas encarnadamente en el cuerpo y la comunidad. Este libro trata, en parte, sobre esta amistad.

Los escritos que se presentan provienen de la lectura del último libro de Jean Robert, *La edad de los sistemas en el pensamiento del Illich tardío*. A dos años de la muerte de su autor, distintas personas apasionadas por los caminos que abren las ideas de Jean se reunieron para dialogar en torno a su último libro, así como a su legado. De tal manera que los protagonistas de este libro no son sus autores y autoras, quienes desde distintas perspectivas se aproximan a diversas problemáticas planteadas en el texto, sino el propio Jean Robert en diálogo con Iván Illich.

En el libro se encontrarán reflexiones en torno a la era de los sistemas, la relación entre fe y crítica política, la pertinencia del género vernáculo, el problema de la tecnología, el derrumbe de las certezas modernas y otros temas más. Se trata de un libro necesario cuya aparición abrirá, en las mentes y corazones de quienes lo lean, senderos de pensamiento crítico e imaginación política importante.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS



HUMANIDADES
CENTRO INTERDISCIPLINARIO
DE INVESTIGACIÓN
CIHU